

18994

LUIS BOSSANO

PROFESOR DE SOCIOLOGIA Y DECANO DE LA FACULTAD
DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES

**LOS PROBLEMAS
DE LA
SOCIOLOGIA**

SEGUNDA EDICION

QUITO

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1946



BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR



El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** “(...) *Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones*” y literal vii “*La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad*”

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

1-1-646

13090

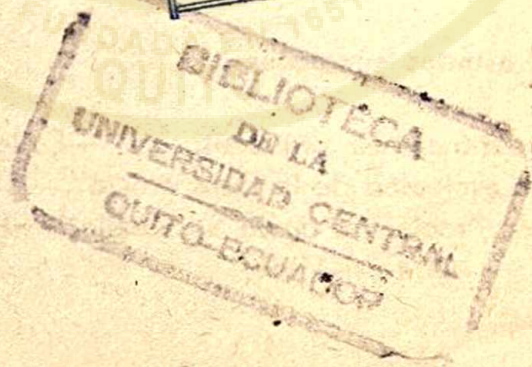






LOS PROBLEMAS DE LA SOCIOLOGIA

UNIVERSIDAD CENTRAL BIBLIOTECA GENERAL QUITO - ECUADOR	
COLECCIONES GENERAL	
Nº <u>13090</u>	AÑO
PRECIO <u>725</u>	DONACION



OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

De asuntos ecuatorianos:

"Apuntes acerca del Regionalismo en el Ecuador"
2ª Edición. Quito, 1930.

"El Campesino Ecuatoriano"
2ª Edición. Buenos Aires, 1937.

"La última etapa de las discusiones limítrofes", 1939
(Folleto).

De asuntos americanos:

"Síntesis biográfica de Bolívar".—1930.

"Por la Raza".—1933.

"Psicología indígena sudamericana".—Conferencia.
1938.

De asuntos generales:

"Orientaciones universitarias".—Folleto.—1929.

"La evolución de la Democracia".—1944.

"Los Problemas de la Sociología".—Primera edición.
—Quito.—1941.

301 (360)
B 745
1946
861

LUIS BOSSANO

Profesor de Sociología y Decano de la Facultad
de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

LOS PROBLEMAS DE LA SOCIOLOGIA



SEGUNDA EDICION

PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

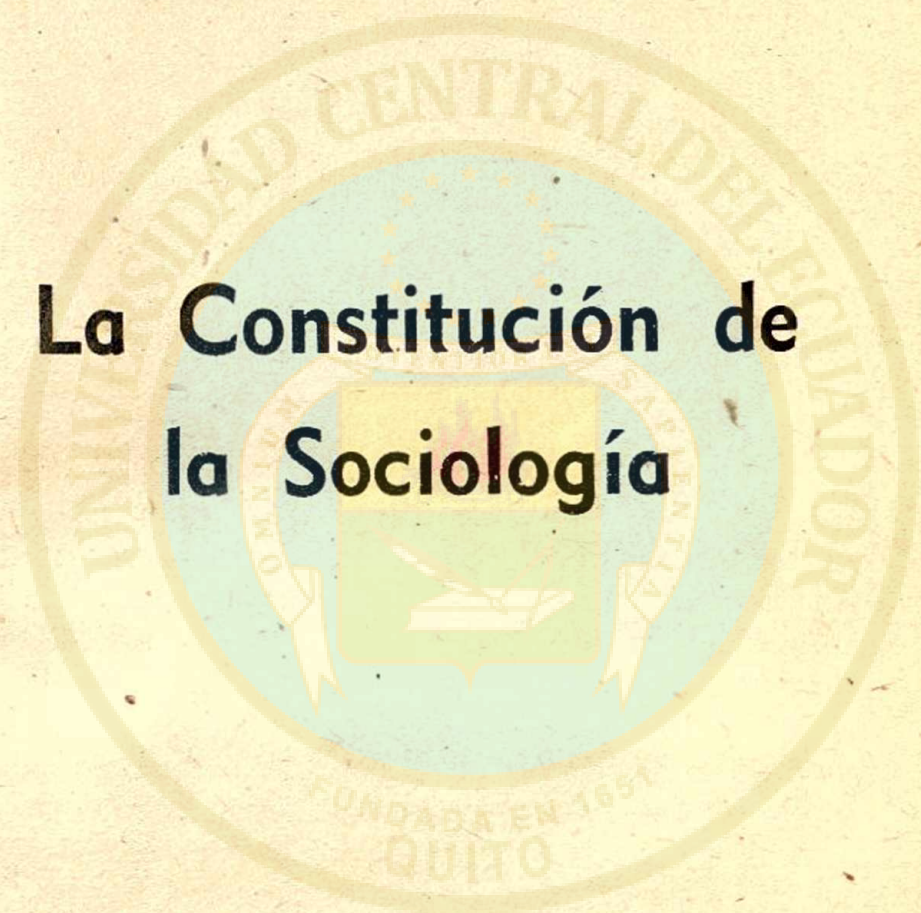
QUITO - ECUADOR

Imp. de la Universidad

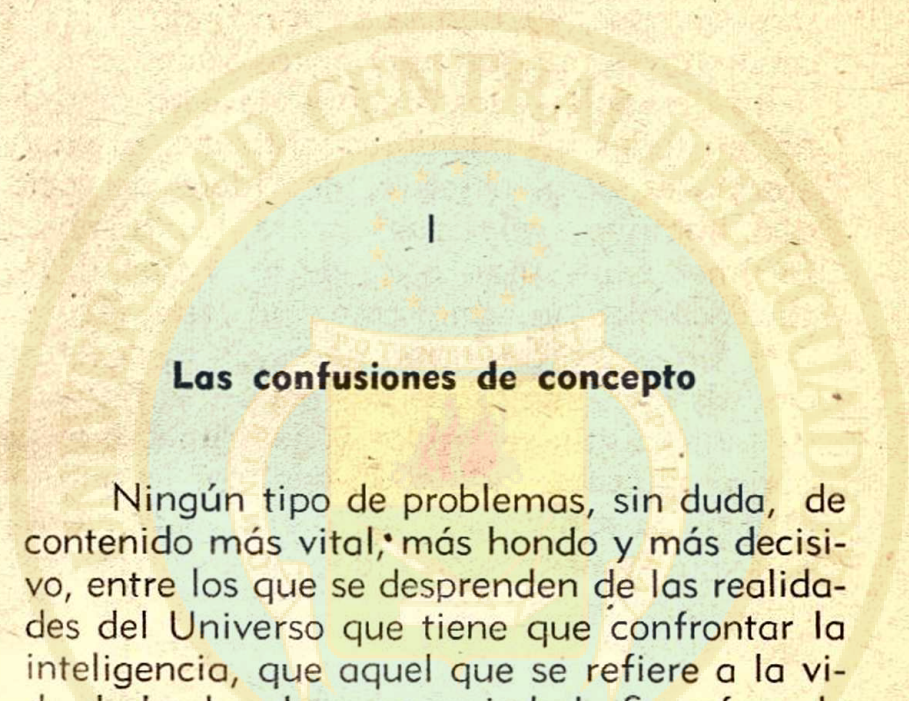
— — 1946 — —



La Constitución de la Sociología







Las confusiones de concepto

Ningún tipo de problemas, sin duda, de contenido más vital, más hondo y más decisivo, entre los que se desprenden de las realidades del Universo que tiene que confrontar la inteligencia, que aquel que se refiere a la vida de los hombres en sociedad. Su esfera de investigaciones reside, no únicamente en descubrir las leyes generales que rigen la esencia y evolución de las sociedades, sino, desde luego y, como una finalidad sustantiva, en la determinación consiguiente, adecuada y técnica de normas propicias de convivencia.

En modo casi general se ha concebido que cuanto concierne al estudio de las rela-

ciones y fenómenos sociales ha de constituir materia específica de la ciencia nueva denominada Sociología. Pues, a través de los múltiples tratadistas que, sobre todo en los últimos tiempos, se han preocupado de fijar y concretar —aunque muy pocas veces con el éxito deseable— los ámbitos de esta disciplina, en todos ha podido encontrarse, al enunciar su esencial objetivo, las ideas de sociedad humana, relaciones entre los hombres, fenómenos sociales, leyes de la sociedad, hechos sociales, lo social como un todo, etc.

Sin embargo, como bases de la constitución de la Ciencia que nos ocupa se han sustentado múltiples teorías y doctrinas que se han propuesto, cada cual, explicar la naturaleza de la realidad social a través de principios más o menos conocidos de las otras ciencias, identificándola con éstas. A menudo, se ha llegado a abandonar por entero todo espíritu crítico hasta circunscribir en determinado orden de causación la totalidad de la fenomenología colectiva, encasillando íntegramente toda su variada y multiforme complejidad en un sólo y exclusivo tipo de factores determinantes. Tampoco se ha vacilado en desdeñar una disciplina lógica y de simple observación objetiva para asignar la calidad de ejes preponderantes del proceso social a meras expresiones consecuenciales más o menos

importantes o de cierto grado de acción de reflujo en determinados momentos de la evolución de los grupos. Y no han faltado quienes han pretendido superponer su contenido y alcances con los de otras disciplinas, apenas con ligeros matices de distinción, llegando, finalmente, alguna vez, a negársele una sustantividad propia y distinta.

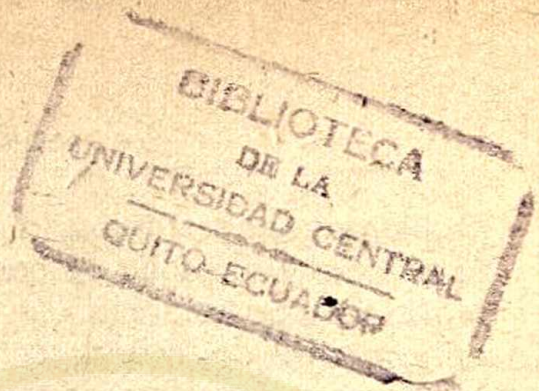
Junto a este cúmulo desordenado de direcciones interpretativas y conceptuales, cabe también mencionar el caso de ciertos autores que, desestimando la denominación establecida por Augusto Comte, han llegado a insinuar otras diversas, en consonancia, a veces, con la propia y peculiar posición doctrinaria.

Estas circunstancias, surgidas y creadas precisamente por obra de la mentalidad del mundo científico y docente, no han podido menos que producir en el concepto de la generalidad, personas cultas o no, una extraordinaria confusión de conceptos, juicios regularmente erróneos y, en términos generales, una positiva anarquía de apreciaciones y teorías, todas, sin embargo, amparadas siempre o invocando la autoridad científica de la Sociología.

Este hecho permite hallar, tan a menudo, el caso de que políticos, periodistas y todos quienes pretenden alcanzar algún ascendiente en la opinión colectiva, hagan las más



arbitrarias y antojadizas alusiones a tan respetable disciplina, contribuyendo de esta suerte no ya únicamente a acrecentar lo deleznable y caótico del juicio general respecto de ella, sino además a despertar en el gran público un espíritu de permanente desconfianza y a engendrar un ambiente de escepticismo sistemático, por lo menos, para cuanto a su nombre se estableciere, aun cuando fuese con calidades de estricta disciplina científica. Y, al tenor de tales antecedentes, no es raro hallar personas de reconocida solvencia intelectual que menosprecian por vacío, por arbitrario o por artificioso todo sistema de construcciones ideológicas surgidas a base de atisbos sociológicos.



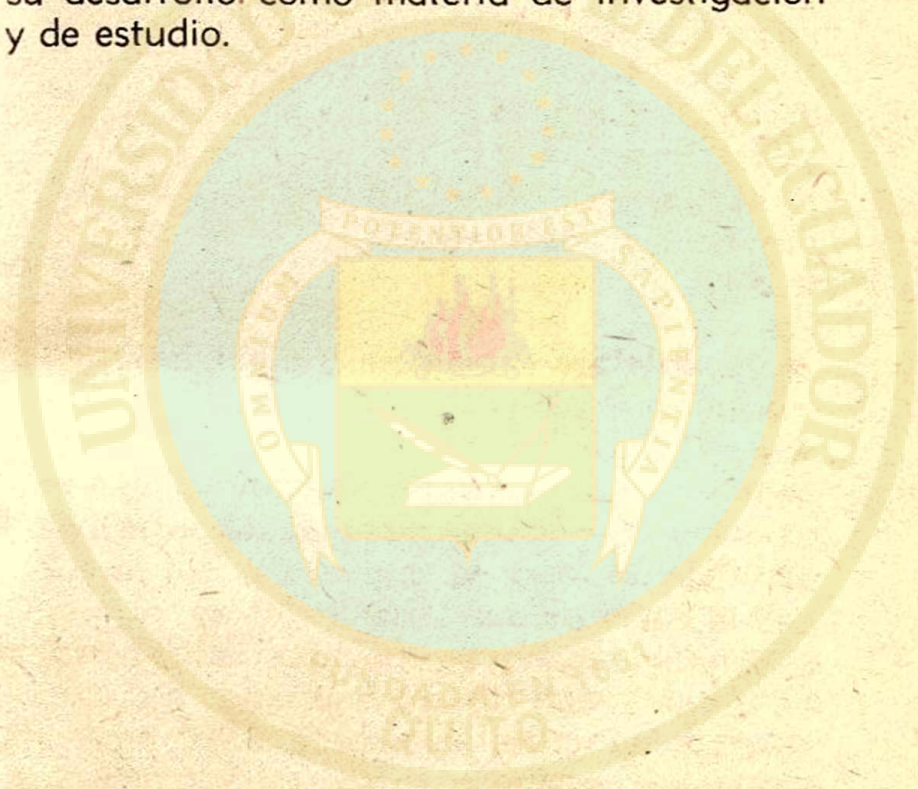
Hacia un esquema de sus contornos

Al tratar de examinar o acaso de determinar, aunque fuese en forma panorámica, aquellos aspectos básicos a que acabo de referirme, no me propongo discurrir alrededor de los problemas de esta disciplina en cuanto contenido de ella o sea las materias que abarca o puede abarcar o los capítulos diversos que comprenden su estudio según cualesquiera de los planos que han sido propuestos por los diferentes autores. Encuentro indispensable, de manera especial para contribuir quizá a la ilustración de nuestro medio universitario, esbozar un esquema demostrativo de los

problemas inherentes a la constitución de esta ciencia y al modo de comprenderla y plantearla en consonancia con la posición humana y mental del mundo contemporáneo y con la marcha científica general.

Se requiere, pues, deslindar los cauces medulares que abarcan la realidad que concierne confrontar a la Sociología a fin de fijar desde allí sus esenciales contornos, su alcance y sus límites dentro de la neta valoración científica y su papel orientador y aun transformador, con el concurso de la técnica, frente a las diversas modalidades de los imperativos y la convivencia humanos. Es posible, desde este punto de vista, trazar un planteamiento general de los interrogantes suscitados a lo largo del complejo proceso de elaboración de esta disciplina, así en lo que concierne a los antecedentes de su creación y constitución en el rol de una ciencia independiente y sustantiva, como también en cuanto a las posibilidades y elementos lógicos de que en la actualidad es dable disponer para consolidarla en la correspondiente categoría; y, finalmente, con vista a las expectativas que el espíritu humano encuentra o puede encontrar en ella como fuente de futuras rectificaciones sociales y realizaciones humanas en general.

De estos lineamientos básicos, mediante los cuales sea posible delimitar de modo más concreto el ámbito de la Sociología, es obvio que cabría también establecer los conceptos u órdenes que hayan de constituir la pauta de su desarrollo como materia de investigación y de estudio.





Sociología y problemas sociales

Al examinar los diversos autores, se puede advertir, ante todo, a muchos de ellos, en cuyos tratados, antes de precisar el significado propio de la materia, suelen empezar señalando el hecho de que no puede ni debe considerársele como una ciencia nueva, pues que ella ha existido desde que la humanidad apareció con sus formas de asociación, y, por lo tanto, con sus problemas específicos.

No es menester ahondar demasiado en este aspecto para dejarlo esclarecido en debida forma. No puede ponerse en duda el hecho de que en el instante en que los humanos

empezaron asociándose entre sí, ha debido también surgir, de manera coetánea, casi la totalidad de fenómenos derivados de tal asociación, todos los fenómenos sociales, aunque hayan sido en aquellos instantes en forma demasiado primitiva, confusa y rudimentaria. Y esa realidad social así creada, llevaba además en sí, de modo implícito, un conjunto de problemas y de incógnitas de todo género, al compás de la variada índole de hechos que iban derivándose de la vida de relación cada vez más compleja y multifácica.

Ya para llenar imperativos de significado específicamente animal, ya para mantener o impulsar formas de actividad de contenido humano y espiritual, ya también para ordenar indispensables modos de convivencia, debieron asomar, desde las primitivas edades del hombre, esbozos crecientemente distintos de un vivir económico, de un vivir genético, de un vivir político, etc. Y estos órdenes de fenómenos que se acentuaban con el incremento numérico de la población, con la complejidad creciente de sus formas de existencia, con el desenvolvimiento integral de los grupos, iban perfilando también, con rasgos mayormente agudos, los característicos contornos de diversos problemas sociales.

Y aunque la humanidad, en el curso de su crecimiento, ciegamente impulsado por só-

lo indomeñables fuerzas biológicas, se desbordaba en una multiplicación no contenida, aquellos problemas sociales que por instantes adquirirían intensidad y volumen insospechados, no pudieron llegar a salir de la esfera de simples proposiciones de incógnita solución, porque la disciplina científica que los confrontara y solucionara no hubo llegado aún a los dominios de la mente de los humanos.

Filósofos, pensadores y políticos geniales abundaron en los diversos períodos de florecimiento de los pueblos antiguos y en los que sucedieron al Renacimiento. Casi todos, a su manera, y en armonía con la mentalidad y los conocimientos de su medio y de su época, hubieron de descubrir, con sagacidad y sutileza, incontables modalidades de la realidad colectiva, planteando las soluciones y estableciendo los principios que sus solas observación e inquietud les sugería. No obstante, la Ciencia de las Sociedades, en todo su significado, su alcance y su papel, como fuente de conocimiento inductivo, y base de principios permanentes, no existió ni pudo haber existido, cuando ni el progreso de las ciencias que inevitablemente la anteceden, ni el desarrollo de los necesarios métodos, habían llegado a formar parte del patrimonio espiritual de la humanidad.





IV

Precursores científicos

¿En qué momento puede considerarse que la Sociología hubo de constituirse como ciencia?

He aquí uno de los más importantes aspectos que debe ser tratado con la mayor justicia si se quiere dilucidar en debida forma el problema de la determinación precisa y real de la esfera de competencia de esta disciplina.

Es una notoria realidad que el valioso aporte de sugerencias e inquietudes con que contribuyeron los llamados precursores, fué contorneando, en forma lenta pero segura, pre-

cisamente todo un cuerpo de problemas pertinentes, de interrogantes y necesidades creadas dentro de la gran esfera de la fenomenología social, que debían ser resueltos por la nueva ciencia. Si las soluciones y teorías, tan numerosas y diversas por ellos planteadas, ninguna relación guardan con el estricto rol científico que modernamente tratamos de construir, en cambio, la observación de los hechos suscitados en virtud de la vida en sociedad, el significado de todos ellos dentro de la prolongada sucesión histórica, el influjo más o menos directo de algunos factores así como la sensible interdependencia y correlación de los fenómenos, fueron expuestos o enunciados en forma evidentemente apreciable, por cuantos hubieron de anticiparse en estos estudios a Comte y a Spencer. A través de este acopio de esfuerzos empezó a edificarse el andamiaje en el cual finalmente tendría que apoyarse la estructura de la nueva Ciencia. Y así, adoptando como acertada la concepción que del calificativo de precursor nos ofrece el señor Squillace, aún reconociendo tal categoría a quienes en manera más o menos concreta intuyeron o contemplaron la nueva disciplina, bien cabría la denominación de iniciadores para aquellos que con su laboriosa tarea de observación consciente de los fenómenos de la sociedad, fueron puntualizando trascen-

dentales problemas y legándonos un material de significación con diversos juicios estimativos y atisbos felices, desde variados ángulos, de las realidades sociales.

Descartando las creaciones de teorías subjetivas y las construcciones de pretendidas leyes en materia de vida colectiva, y sin pretender desconocer el influjo evidente que comportaron en la obra de Comte ciertos rasgos trascendentales de la filosofía aristotélica, no puede desconocerse la preferencia que adquiere Ibn Kaldun, el pensador árabe que empezó anotando, con sentido de veras realista la acción de las fuerzas físicas en el hombre y en las sociedades. G. B. Vico, por su parte, se nos presenta con un mérito que estriba mayormente en esta materia, ante todo por haber esbozado ideas generales acerca del método propio que conviene a una verdadera investigación científica, esto es, partiendo del conocimiento de los hechos particulares. Además, este filósofo, en el enunciado de su *Scienza Nuova*, se nos revela presintiendo con extraordinaria intuición la necesidad de la formación de la Sociología. Sus discípulos Romagnosi y especialmente Cataldo Janelli, plantean con acentuación mayor las bases del nuevo orden de investigaciones que vendría a resolver los problemas del hombre en colectividad. No es posible olvidar en esta enun-

ciación a Montesquieu y a Saint Simón; el primero, porque se empeñó en examinar con precisión más esmerada, la acción de los factores geográficos en el hombre, y, el segundo, porque, sin lugar a duda, supo delinear los fundamentos primeros del análisis positivo de los fenómenos sociales, de lo que hubo de servirse eficazmente su fundador. Podría, desde luego, hacerse mención a otros pensadores que, como Condorcet y Hooker, determinaron una contribución positiva, de verdaderos mirajes objetivos, a la Sociología; y si se los examina escrupulosamente, arranques de poderosa visión es posible encontrar en no pocos escritores anteriores a Comte. Al llegar al genial Stuart Mill, es preciso recordar la precisión con que supo determinar los contornos de la ciencia sociológica estableciendo ya un bosquejo claro y distinto acerca de su contenido y sus objetivos y propugnando la necesidad correlativa de nominarla.

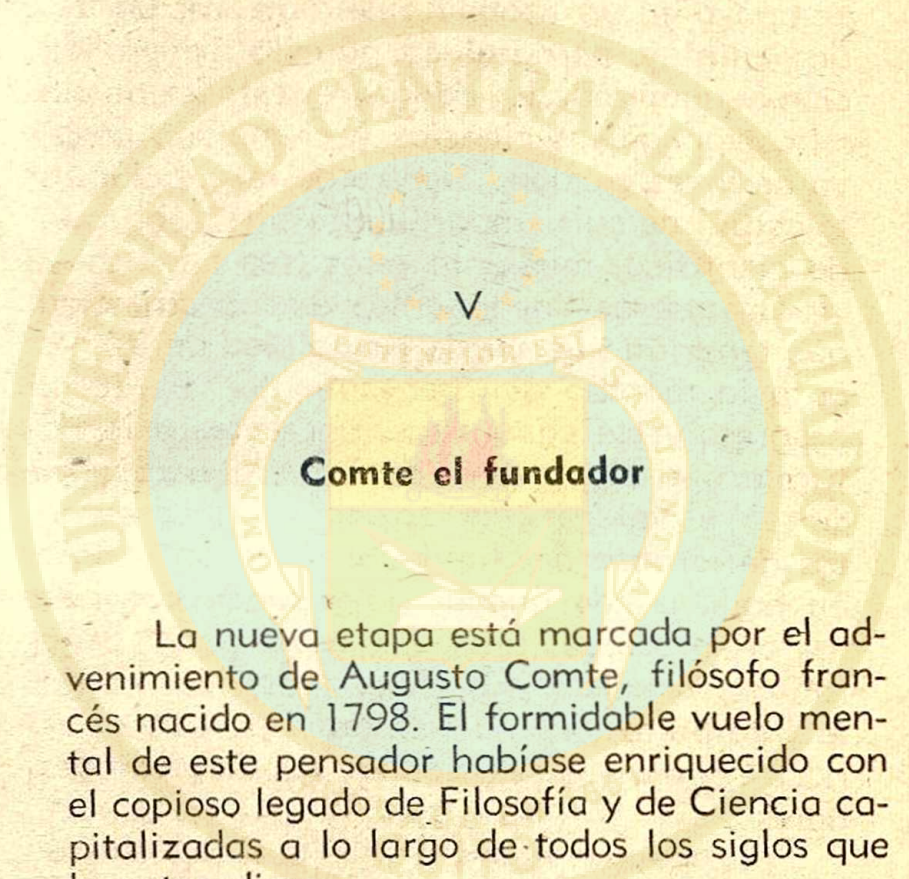
La Sociología, hasta aquí, se presenta apenas esbozada, impuesta y anunciada ya como una necesidad filosófica y científica, aunque todavía no específicamente denominada y menos aún determinada y constituida en sus cabales marcos.

Menester era, sin duda, que se llegase al planteamiento de una nueva y original elaboración doctrinaria que al realizar una síntesis

selectiva de todos aquellos sistemas, ideas y aportes de observación en torno a la realidad social como un todo, los estructurase debidamente enmarcándolos en un cuerpo ya orgánico de una teoría inspirada en rutas de verdadero contenido científico.







Comte el fundador

La nueva etapa está marcada por el advenimiento de Augusto Comte, filósofo francés nacido en 1798. El formidable vuelo mental de este pensador habíase enriquecido con el copioso legado de Filosofía y de Ciencia capitalizadas a lo largo de todos los siglos que le antecedieron.

Mediante una vigorosa elaboración ideológica comienza presentándonos el edificio de su Filosofía Positiva coronado por la creación y el planteamiento de la nueva Ciencia, para la cual había buscado la denominación más

precisa y conforme con su contenido trascendental.

La concepción comtiana de la Sociología se apoya en un triángulo de cimentación fundamental y perdurable: aquella generalización denominada ley de los tres estados, la clasificación de las ciencias y el método positivo de investigación. Dentro de la posición intelectual de su tiempo, Comte ofrece al mundo científico, mediante estos tres ángulos de visión, nuevos lineamientos de construcción, que tendrían que ser de virtualidad definitiva, para la marcha del pensamiento, frente al progreso y las conquistas inherentes a la naturaleza y al porvenir de la verdadera ciencia. Y el valor incontrastable de estos aspectos de la obra del fundador de la Sociología, en nada puede quedar amenguado por ciertas orientaciones ulteriores que acaso llegaron a contradecir sus ideas directrices, ni por la interpretación, no siempre fiel, que de su doctrina han hecho algunos de sus comentaristas.

Es necesario advertir que la sustancia que entraña el principio de los tres estados, sitúa la posición neta que incumbe al rol de investigaciones encuadradas en la nueva disciplina. El filósofo del positivismo, al delimitar los ciclos de evolución del pensamiento y asignar a períodos de evolución ya caducos, aquellos que

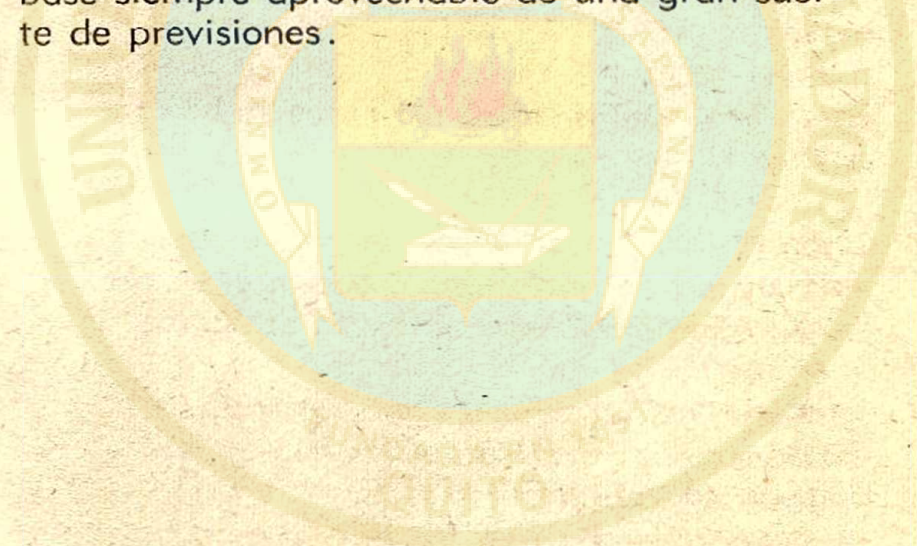
corresponden a la actividad enmarcada dentro del espíritu teológico y dentro del metafísico, está definiendo los caracteres permanentes y la naturaleza intrínseca de la Sociología. Allí se impugna ciertamente ya cuanta doctrina de alcance dogmático o de significado abstracto, subjetivo o apriorístico, se presente bajo el patrocinio de la nueva ciencia. El postulado de Comte se contrae a proclamar la calidad invariable de toda elaboración científica; esto es, que, sólo podrá considerarse de tal condición la obra del pensamiento que haya establecido sus conclusiones a base de la investigación objetiva y de la necesaria demostración. Toda otra expresión mental que careciere de este requisito se hallará forzosamente dentro cualesquiera de los otros planos, perfectamente diversos —y anteriores según Comte— del que corresponde a las comprobaciones positivas, o sea las demostraciones científicas.

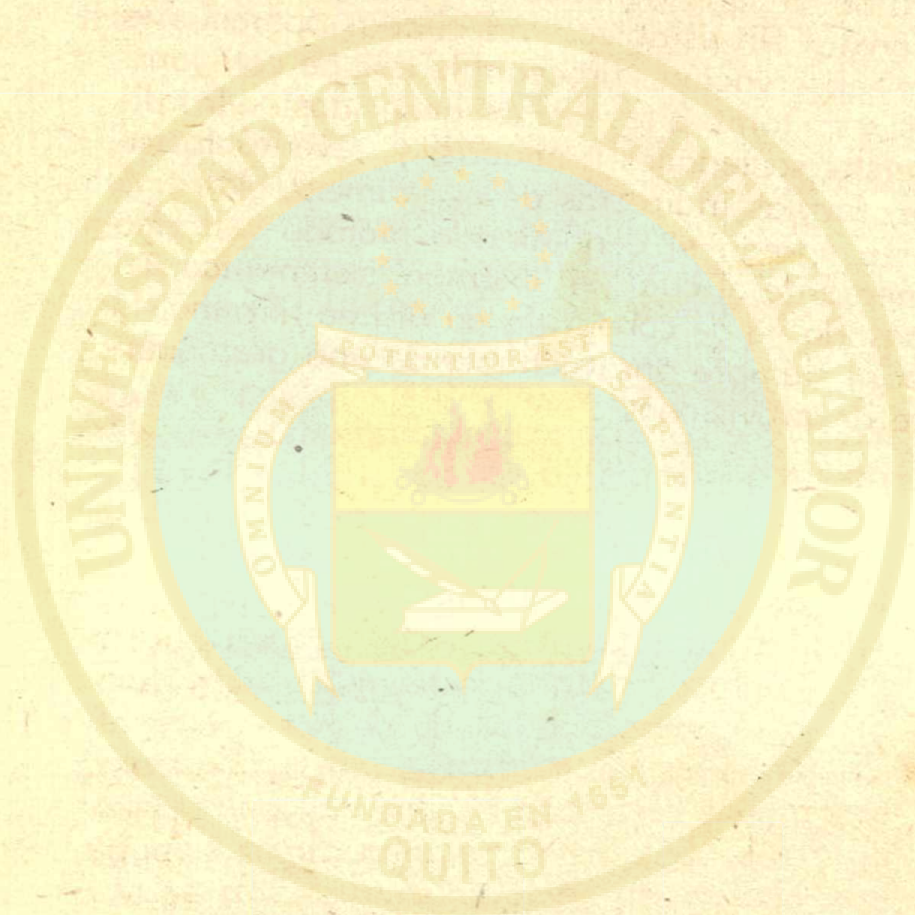
Y el pensamiento que entraña este principio de los tres estados, teológico, metafísico y positivo, se eslabona íntimamente en sus alcances con aquella secuencia ordenada que se establece en la clasificación de las Ciencias. Para sentar las bases de un indispensable dominio de todas las escalas científicas a fin de hallarse capacitado para penetrar en la entraña de las realidades sociales, el esque-

ma comtiano coloca y relaciona los diversos órdenes científicos superponiéndolos por la menor generalidad y un creciente grado de complejidad. Empezando por el número, extenso, simple y general, y a través de la Física, la Química, la Biología y la Psicología (Biología trascendental en Comte), se llega al multiforme campo de la Sociología, determinada clara y específicamente en su calidad de ciencia, de vasta y profunda complejidad, sometida, por lo mismo, a los imperativos que corresponden a su ciclo básicamente positivo, según el pensar comtiano, y ajustada, además, a la amplitud del conocimiento y leyes de la naturaleza que involucra su posición por encima de las demás ciencias.

En íntima relación, finalmente, se implica en las ideas enunciadas, la lógica del método positivo. Los postulados para la investigación y demostración de la verdad y del inmenso orden de causalidad, dentro de la gran concepción científica del pensador de Montepelcier, no pueden apartarse en manera alguna del procedimiento realizado en torno a la percepción y asimilación del mundo sensible. La determinación objetiva de los hechos y la inducción serena a través de la historia y del análisis, constituirán la única ruta del descubrimiento de las leyes de la sociedad. Para ello habrá de disponerse del cau-

daloso aporte suministrado por los principios de las ciencias anteriores a la Sociología dentro de la serie genética de la clasificación. Con tal fin establece adecuadas operaciones de observación, procedimientos de comparación en torno a los hechos acaecidos en las diversas sociedades humanas, y, eventualmente, formas indirectas de experimentación. A esto agrega el denominado método histórico mediante el cual el examen sistemático del pasado ha de constituir, en último término, la base siempre aprovechable de una gran suerte de previsiones.







VI

Las rutas fundamentales

Augusto Comte nos muestra pues, con las ideas enunciadas, una visión de perspectiva enteramente clara de una Sociología científica.

Y su construcción no se reduce a perfilar los contornos concernientes a la mera constitución de la ciencia. Confrontadas las realidades sociales con el estricto criterio y espíritu que impone la nueva disciplina, será procedente encontrar que los fenómenos sociales estarán produciéndose en razón de leyes naturales, las mismas que habrán de ser descubiertas y demostradas por obra del método

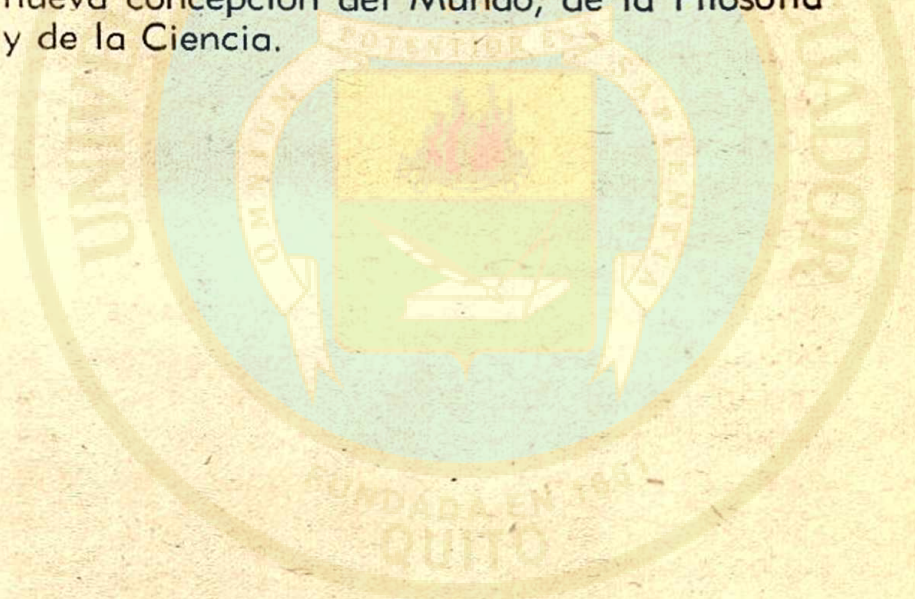
congruente de investigación, esto es, del es-
crupuloso y estricto examen de los hechos par-
ticulares desdeñando sistemáticamente quan-
to haya de asomar como simple producto de
especulaciones teóricas.

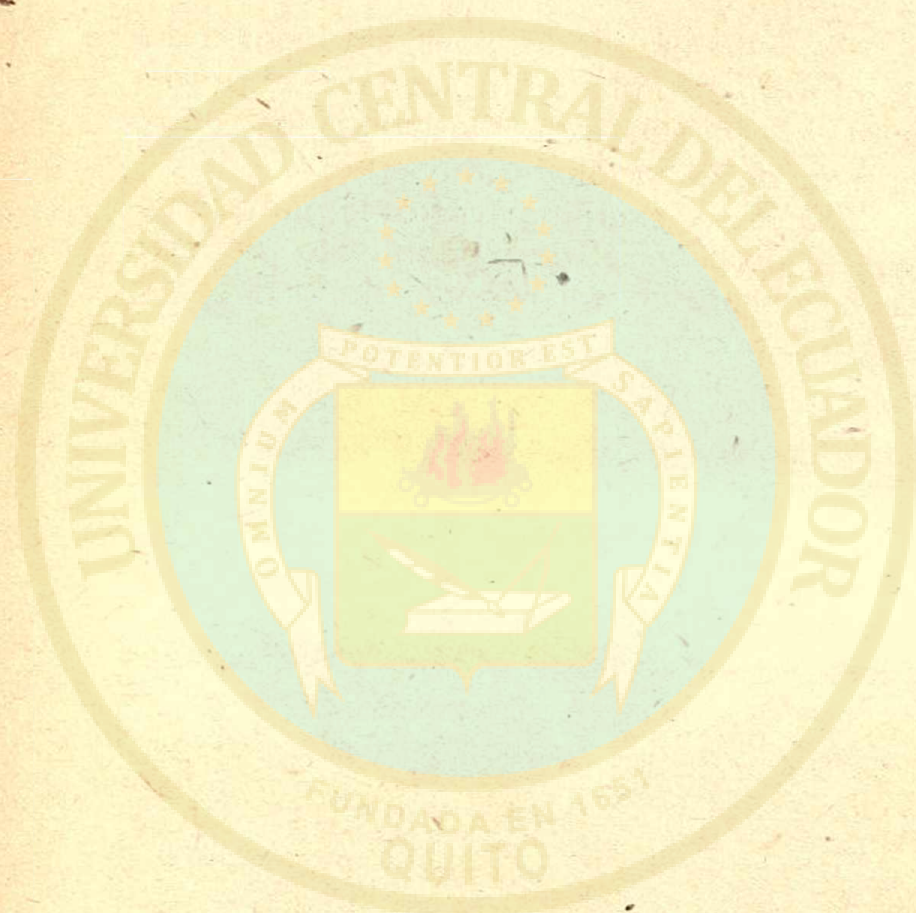
Al confrontar los diversos hechos de la
sociedad y sus modalidades correlacionadas
por una interdependencia profunda, si bien
regidas siempre por un marco de leyes deter-
minables. Comte encuentra, además, posible
y necesario aprovechar ventajosamente los
frutos de las investigaciones realizadas mer-
ced a la nueva disciplina, en beneficio de una
adecuada y científica previsión social. Desde
este punto de consideración, deviene, pues,
imprescindible el empleo del método positivo,
de los instrumentos forjados al cuidado de la
observación directa y la experiencia. Sólo de
esta suerte, los nuevos rumbos que hayan de
imprimirse en las condiciones de existencia
podrán hallarse ajustados a los moldes ver-
daderos de la naturaleza humana. En fun-
ción de estos postulados, el fundador de la So-
ciología aprecia claro y viable un esfuerzo
para reorganizar la sociedad, en todo el am-
plio panorama de la civilización, inclusive to-
dos los matices de la vida política, obra que,
a su juicio, no pudo ser realizada, en manera
alguna, por las orientaciones y postulados de
la filosofía metafísica y teológica, cuya fuen-

te de inspiraciones veníase apoyando, de manera exclusiva, en un marco de especulaciones a priori.

Estos linderos fijan, pues, sin lugar a dudas, el miraje fundamental, con que el primer sociólogo francés esquematizaba las bases primeras de la Sociología moderna.

Conviene examinar a través de qué esferas se produce el desplazamiento de esta nueva concepción del Mundo, de la Filosofía y de la Ciencia.





VII

El advenimiento de las teorías

Habíanse delineado los sustentáculos para la formación de la Sociología. Estaba trazado el camino a seguirse para la elaboración de las investigaciones y el descubrimiento de principios permanentes y se había señalado el eje de incondicionalidad del contenido científico de la nueva disciplina respecto a las leyes generales y constantes establecidas por las demás ciencias, en una ineludible trabazón sistemática.

Su marcha y desarrollo no podían entrar a desenvolverse sino en función del progreso completo de aquellas otras ciencias y luego,

del perfeccionamiento de métodos propugnados como idóneos, dentro de la concepción comtiana. Preciso era que la Biología, eficazmente impulsada y recién nominada por Lamarck, adquiriese su entera plenitud. Y era indispensable que la Psicología alcanzase todo el dominio de la intrincada psiquis del hombre. Y aún ni siquiera Wundt, Fechner, Weber ni James habían franqueado los umbrales de los ensayos experimentales con que modernamente se trata de arrancar los secretos de la vida concencial. Ni las formas de un procedimiento analítico, si bien indicado desde Bacon y Stuart Mill, para la mejor aprehensión de realidades y fenómenos, habían podido adquirir los necesarios y completos elementos técnicos para una adecuada y escrupulosa investigación de los hechos sociales.

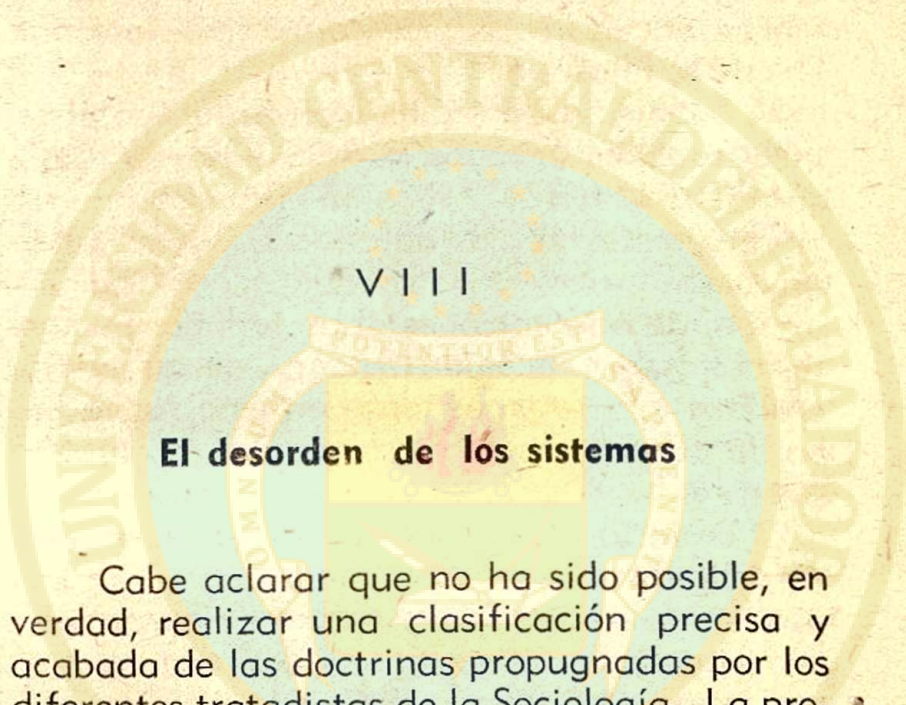
Sin embargo, haciendo punto de partida el simple enunciado de la fundación de Augusto Comte, de inmediato hubo de iniciarse una apresurada efervescencia de construcciones sociológicas al tenor de las particulares interpretaciones que cada vocación, inclinación científica, orientación ideológica o simpatía política, aconsejaron o inspiraron a los diversos tratadistas. Se prescindió por entero de utilizar el material indispensable con que el acopio científico de las otras disciplinas debía contribuir en modo necesario a

todas y cada una de las elaboraciones inherentes al estudio del hombre y los grupos colectivos. Se omitió desdeñosamente el recurso de los procesos inductivos y jamás casi se pensó aún en atenerse a las expectativas de ulteriores progresos en la técnica de los procedimientos para rastrear con probidad y escrúpulo toda la intrincada y ardua complejidad de los fenómenos sociales.

No sería sensato negar que en toda esta copiosísima producción correspondiente a los estudios propios de la nueva disciplina hubiesen faltado construcciones de verdadera visión realista. La literatura sociológica cuenta con creaciones y sistemas positivamente geniales, y más meritorios en razón de las escasas posibilidades de información, de los limitadísimos sistemas de investigación y del nugatorio aporte de cuanto se relacionaba con principios demostrados por las otras ciencias. Con frecuencia se recurrió a los datos de la observación directa, se intentó construcciones eminentemente objetivas y jamás se olvidaron los testimonios de la Historia. El más alto ejemplo puede anotarse que asoma en Herbert Spencer a cuya prodigiosa visión realista y al pleno dominio que poseyó de las disciplinas de su tiempo, sólo pudo deberse el magno esfuerzo de su teoría de la evolución.

Empero, todos estos factores no bastaron ni podían bastar para dar cumplida edificación de esta ciencia dentro de los estrictos moldes y la íntegra confrontación de los variados elementos que constituyen su materia. Y, en términos generales, la Sociología elaborada a base de criterios, planes y sistemas siempre heterogéneos y a veces contrapuestos, se encasillaba en un ciclo esencialmente metafísico, a lo cual contribuyó a su pesar el propio Augusto Comte.

Es interesante examinar algunas de las corrientes que han venido produciéndose para interpretar o explicar los fenómenos sociales, así como las raíces mismas de la existencia social. Para ello, no nos detendremos en aquellas tendencias que, si bien muchas veces hacen referencias expresas a su empeño de investigación en un plano sociológico y concretan, desde luego, su atención de modo real y señalado, en los hechos sociales; su punto de partida y su criterio central se basan en enunciados de carácter específicamente filosófico y corresponden, por tal razón, a otra esfera de investigaciones que no recaen precisamente en el ámbito de la Sociología.



VIII

El desorden de los sistemas

Cabe aclarar que no ha sido posible, en verdad, realizar una clasificación precisa y acabada de las doctrinas propugnadas por los diferentes tratadistas de la Sociología. La propia variedad y a veces oposición de las concepciones y la multiplicidad de planes de estudio y sistemas de análisis, de elaboración y de crítica, han ocasionado no pocas dificultades a esta tarea. Por otra parte, nunca o casi nunca los afiliados a determinada tendencia coinciden en sus apreciaciones acerca de la totalidad de aspectos o matices de ella. Y es muy frecuente el caso de autores que, aso-

mando incorporados a una escuela dada, pueden también estimarse, por otras consideraciones, como vinculados a otra corriente sociológica, o acaso, aún más, sosteniendo posiciones encuadradas preferentemente en marcos de la Filosofía.

En medio de aquella profusión de sistemas, muchos criterios se han ensayado para su distribución y ordenamiento, realizando verdaderos esfuerzos de exégesis y de interpretación. Pero a través de tan nutrido enjambre de orientaciones, toda la labor paciente, aunque a veces artificiosa, de los varios eruditos que se empeñaron en esta faena hubo de quedar, hasta cierto punto, incompleta siempre.

En la insalvable dificultad de determinar específica y sustantivamente cada rol de doctrinas a través de los respectivos representantes, estableciendo además el deslinde entre lo que comporta mera relación de una ciencia con la Sociología y lo que constituye verdadera interpretación de los fenómenos de la Sociedad mediante los principios de otra ciencia, acaso sea preferible, para los fines de una simple enunciación, señalar el contenido de algunas de las tendencias apoyándose en el hecho básico y común que establece cada una, como elemento trascendental de su construcción doctrinaria, prescindiendo de los múlti-

ples matices así como de las modalidades accidentales propias de cada afiliado y de los puntos de contacto o de discordancia entre las diversas corrientes como en sus tratadistas. Pues, no es posible dejar de advertir la circunstancia tan frecuente de muchos autores que, si bien en el análisis de aspectos capitales, se presentan como incorporados en determinado sistema, asoman también, y acaso no incidentalmente, en otra u otras de sus orientaciones, vinculados a una escuela diversa.





Las Teorías





I X

La concepción mecánica

Se ha buscado una explicación unitaria para el inmenso concierto de realidades universales; un eje fundamental de coordinación y semejanzas en torno al cual habría de desenvolverse con relaciones inexorables todo el complejo cúmulo de expresiones del Cosmos. Fué una construcción científica que cabría denominarla totalitaria y que, si bien preparada en forma dispersa o fragmentada, aún desde el vasto ciclo de precursores, sólo alcanzó un rol de sustantividad completa a través de la Sociología Mecánica construída en los principios de Heriberto Spencer y secun-

dada con algunas modalidades diferenciales, por otros tratadistas como Fiske, Winiarski, Carey, Pareto, estos últimos hallando especiales aplicaciones en el campo de lo económico.

La vastedad de la concepción, tan vigorosa como sugestiva, se contrae a concatenar en un amplio sistema de principios permanentes, toda la realidad de los mundos, incorporando en aquel inmenso marco de condiciona- lidades y relaciones a la sociedad humana, la que será, por tanto, el último término de la evolución del Universo.

El origen, el movimiento, el desarrollo y la propia vida de la sociedad humana, vendrán, de esta suerte, a encuadrarse dentro del gran sistema de leyes que rigen el mecanismo del Universo. Y será asimismo misión de los propugnadores de esta corriente, la determinación de aquellas leyes generales en cuanto se proyectan y alcanzan en su acción hacia las complejas y profundas expresiones del hombre en sociedad.

El filósofo inglés, Spencer, ha podido coordinar y sistematizar, en formidable visión de transmutaciones y equivalencias, el significado dinámico del Cosmos. Allí habrán de plantearse los principios físicos de los que partirán todas las realidades universales, inclusive, naturalmente, las humanas.

De su postulado fundamental, la persistencia de la fuerza, se deriva toda la trama de principios y redistribuciones. La fuerza indestructible es la causa primera de todas las manifestaciones circundantes que no constituyen sino innumerables mutaciones de forma de la energía. Del choque de las fuerzas emana el movimiento, el que no se produce en marcha uniforme sino siguiendo el ritmo de la menor resistencia, según imperen las fuerzas de atracción o de repulsión. La disipación de movimiento se resuelve a su vez, inevitablemente en una integración de materia. Y como la materia, en su esencia, no se destruye, la acción permanente de la fuerza, habrá de determinar una diferencia en la forma.

Pero para Spencer, al persistir los diversos modos de fuerza, desde la gravitación hasta las atracciones de los átomos, cualquier masa homogénea que sufre estos efectos en relaciones diversas, es objeto de necesarias transformaciones: lo homogéneo se torna heterogéneo. Y este proceso no se opera con caracteres amorfos y difusos, sino que cada agregado, al dispersarse por la acción correlativa de fuerzas concomitantes, se organizará, persiguiendo una heterogeneidad definida y coherente.

Tales principios se cifran y condensan, según Spencer, en la Ley fundamental de la

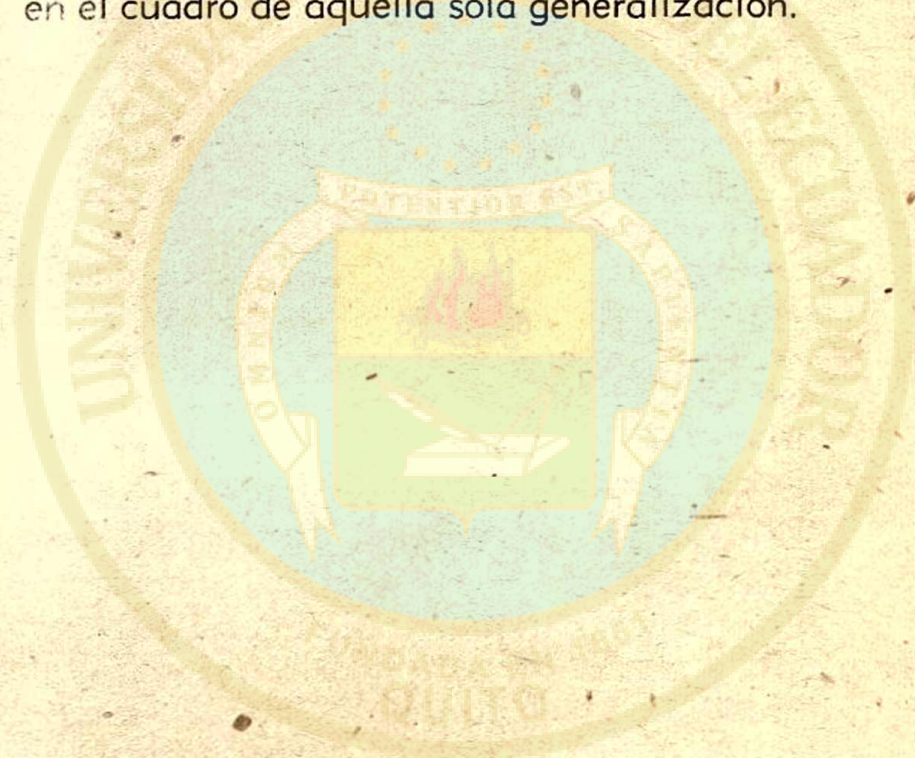
Evolución, clave permanente de todas las manifestaciones del Cosmos. A este principio subordina la totalidad de las expresiones universales, desde la formación y transformación de la primitiva nebulosa hasta las más complejas y sutiles modalidades de la vida social y de los procesos de la actividad espiritual. Allí estará moviéndose, por lo mismo, el curso de las transformaciones de la vida económica, el ritmo alterno de las integraciones estatales o los procesos de la actividad artística.

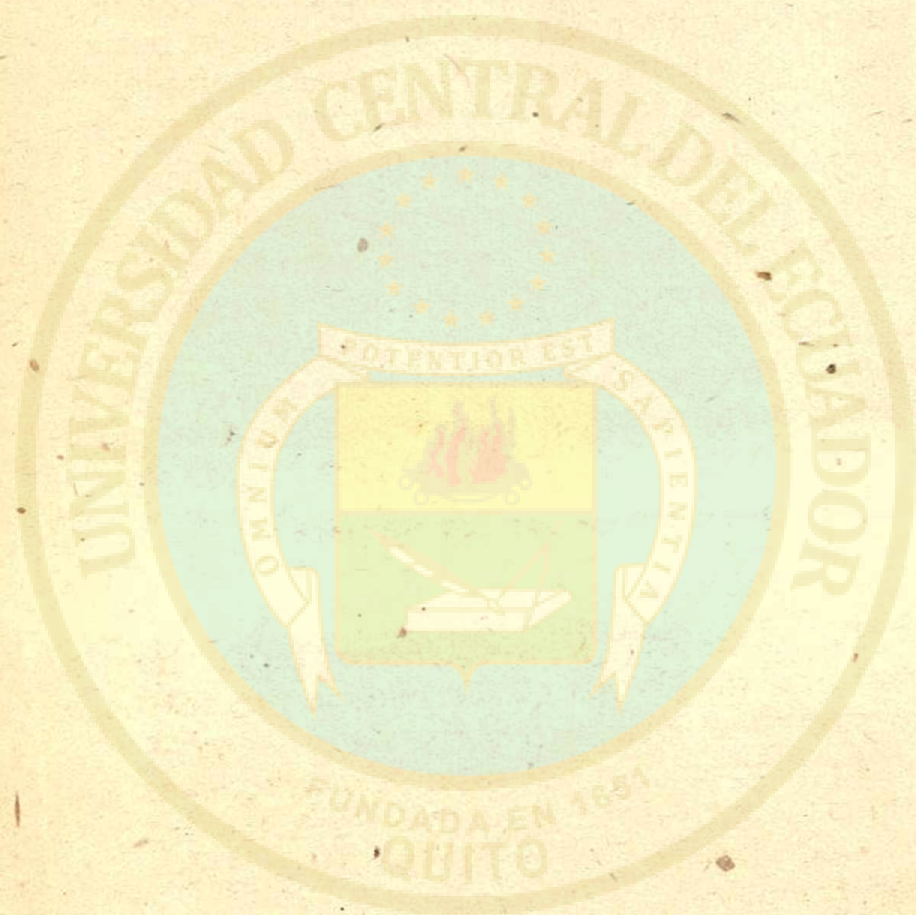
Esta corriente tiene su portavoz más genial y representativo en el filósofo de "Los primeros principios", y él es quien la ha dado su mayor y más sustantiva consistencia. En su construcción no faltan, es verdad, conexiones con alguna otra tendencia; mas, el concepto general busca hacer del estudio de la sociedad, la ciencia de la evolución superorgánica, investiga las leyes de los fenómenos sociales ateniéndose a las relaciones de causalidad y examina los caracteres específicos de cada sociedad, penetrando en la recíproca acción de los hombres y del ambiente.

Empero, este monismo mecanicista, no puede por sí solo descender en sus aplicaciones a descubrir el denso y complejo velo de la vida, de la conciencia y de la sociedad.

La extensión exageradamente vasta de su teoría ha llegado a asumir simple alcance

metafórico. La acción multiforme, intensa, de infinitos resortes de la naturaleza y de la vida, confiere sin cesar insospechadas virtualidades a las potencias del espíritu; y no es posible, ciertamente, enmarcar todo el complejo enjambre de sus transformaciones y procesos en el cuadro de aquella sola generalización.







Orientación sociogeográfica

La doctrina sociogeográfica hubo de construirse no por simple elaboración metafísica sino siguiendo el proceso de observaciones objetivas en que se inspiraron tratadistas antiguos y precursores en el estudio de los factores que operan en la evolución de las sociedades humanas.

Como casi todas las tendencias, ésta empezó con el enunciado simple y llano de hechos y circunstancias físicos que a primera vista asomaban ejerciendo su influjo en la naturaleza humana, en las inclinaciones de los

grupos y acaso en las posibilidades de evolución social.

Planteadas estas obvias relaciones de la Geografía y la naturaleza con el hombre cuando las disponibilidades científicas, en lo que a Biología y Psicología se refiere, se presentaban demasiado escasas, asomaba una tarea singularmente ímproba el dar una firme base de sustentación a esta corriente.

Si se pretendía despojarla de toda calidad de empirismo, menester era servirse de un completo equipo de conocimientos en torno a las leyes que regulan el nacimiento, conservación y desarrollo de la vida, las que determinan el rol y límites de las necesidades orgánicas del hombre, la conexión incontrastable de las funciones fisiológicas con las posibilidades y manifestaciones del sistema nervioso y la conciencia en general y los principios y fuerzas del mundo físico, en fin, que actúan, en forma directa o indirecta en toda la esfera de las realidades humanas.

Antes de detenerse, pues, en aquel orden de consideraciones indispensables, o mejor, sin esperar que el desarrollo de las conquistas científicas permitiera los debidos puntos de apoyo para establecer las conclusiones que la observación de algunas o muchas manifestaciones había hecho presentir, se empezó a dar cuerpo a esta corriente, propugnando todo un

sistema de edificaciones a base de una casi arbitraria causación en que se pretendía haber hallado y demostrado con bases históricas la preponderancia de los factores geográficos en el desarrollo y rumbo de las sociedades.

No hay duda que existen atisbos e intuiciones singularmente afortunados al establecer los nexos de estrecha relación entre la acción del suelo y la naturaleza del lugar; con todo el conjunto de posibilidades humanas, las circunstancias del trabajo y las condiciones y tendencias de la vida social. Toda la serie de observaciones que atribuyen predominante importancia a las razones de la climatología, a las capacidades de producción y propicias expectativas de desplazamiento humano, operando conjuntamente en la formación de razas, tipos sociales, formas de organización, etc., constituyen, ante todo, un valioso esfuerzo que tendía a encarrilar en moldes objetivos y analíticos el estudio de las sociedades humanas.

Y hay un representante de esta doctrina, el ilustre Ratzel, que, aparte de haber ahondado más de un aspecto relacionado con esta interpretación sociológica, se empeñó por iniciar un movimiento de positiva investigación científica, acerca de lo que él denominó la Antropogeografía, esto es, el descubrimiento

de las íntimas relaciones que ligan al hombre con las características del suelo de su nacimiento y desarrollo. Y es el primero que empieza planteando la necesidad de examinar en forma metódica y completa los efectos que el ambiente físico, clima, fauna, flora, determina en los individuos.

Inmenso beneficio aporta esta orientación para las iniciativas que concurren a la positiva formación de la ciencia. Y si bien los unos establecieron una red de construcciones que por apresuradas tuvieron que ser arbitrarias y si el propio Ratzel exterminó casi dogmáticamente sus conclusiones sin mirar la decisiva gravitación de otros factores, justo es que la moderna sociología, aprecie el fondo de verdad que encierra la inicial intención de esta doctrina, determine serenamente sus alcances y la remoce con beneficio de inventario.

FUNDADA EN 1651
QUITO

Las teorías raciales

Otra teoría que ha pretendido apropiarse de títulos científicos en Sociología y proclamar la preeminencia de un solo factor fundamental en el proceso evolutivo de las sociedades a través de la historia, es la conocida con el nombre de etno-antropológica.

El punto de partida radica, en esencia, en la obra del Conde de Gobineau, "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas". Max Muller, que empezó empleando la denominación "ario" para determinado grupo de lenguas, hubo de extenderla posteriormente para designar a la correspondiente raza que las hablaba. Gobineau utilizó el propio térmi-

no al desenvolver en su citado libro su teoría acerca de la raza, atribuyendo a este factor el significado que acabamos de enunciar. Dentro de estos alcances plantea el tratadista francés el principio básico de la desigualdad de las razas humanas, cuyas calidades, al ser examinadas, a través de la múltiple variedad de los componentes humanos, sólo acusan superioridad neta y definitiva en la raza blanca, que en condiciones de máxima pureza pueden asomar únicamente en los ejemplares rubios dotococéfalos, de ojos azules. Estas son, pues, las razas arias y todo otro agregado o mestizaje de componentes extraños, lleva implícitas condiciones de inferioridad y decadencia.

La doctrina aristocrática de Gobineau, que pretende fijar en la exaltación de atributos antropológicos toda una potencia de transformaciones históricas y sociales, trajo también consigo una secuela mística de continuadores apasionados. Ellos se encargaron de fabricar una prolija urdimbre de postulados en torno a los cuales irían a apoyar sus desdeñosas conclusiones.

Bien cabe suponer cómo en materia que se roza íntimamente con implicaciones de contenido tan particularista y con sentimientos vinculados a un orgullo de nación o de grupo, demasiado difícil debía ser que se hallase

toda la serena y ecuaníme probidad científica, indispensable en el investigador que persigue el solo descubrimiento de la verdad.

Y así fué que llegó a crearse todo un cuerpo de teorías sobre el que se trataba de erigir el monumento incorruptible del dios raza. Se estableció el principio de originarias e invariables diferencias antropológicas, fundado en el hecho esencial de una jerarquía étnica. Y en este orden de definitiva fijeza asentada en caracteres radicales de energía psíquica y en rasgos somáticos a cuya determinación se condicionó la antropometría, quedaba proclamada una irreductible oposición de esos diferentes componentes raciales humanos. Todo cruzamiento, que atentaba contra el dogma de la pureza de la raza privilegiada, había de resolverse inexorablemente en signo de degeneración. Consecuentemente, el principio darwiniano de la selección natural, con pequeñas variantes de concepto, aunque con vastas aplicaciones, quedó también incorporado al criterio general de la doctrina.

De nadie es ignorada la proyección que en nuestros días ha llegado a alcanzar todo el pesado empuje de esta elaboración de postulados que, a través de un credo de contenido múltiple, llegó a saturar de hiperestesia y vanidad la conciencia de un pueblo respetable, hasta volcarlo, implacable y frenético, en la

más dantesca orgía de exterminio que contemplaron los siglos.

Bien diversos son el contenido y el alcance de la condicionalidad biológica como índice de superioridad humana. Aquella radica por esencia en raíces firmes de potencia orgánica y de vigor funcional, permanentes y viables, donde la fuerza nerviosa y la marcha integral de las corrientes concienenciales estén en posibilidad de desenvolverse con ritmos intrínsecamente normales.

Nada representa ni garantiza, de esta suerte, la presencia de una raza denominada pura en el clásico concepto (razas puras, pueden acaso existir todavía en el Globo, mas no serán precisamente las llamadas arias y germánicas) ni sus cualidades de superioridad han de derivarse exclusivamente de su nombre y no de más profundas y complejas condiciones objetivas preparadas y elaboradas en consonancia con diversidad de factores.

Y si es verdad que el mestizaje ha resultado positivamente fatal cuando proviene de agregados distantes en su nivel de desenvolvimiento y de cultura, no es menos cierto que la fusión de grupos étnicos disímiles pero de equivalencia energética, suscitada, además, en adecuadas condiciones ambientales, constituye la más segura fuente de perfectibilidad integral humana.

Las tendencias del Organicismo

Descartando el concepto que atañe a las evidentes relaciones entre realidades y principios que rigen la ciencia biológica y aquella que se preocupa de estudiar la sociedad humana, cabe señalar, desde otro aspecto, la corriente desde la cual, uno de los más calificados e importantes núcleos de sociólogos ha marcado la interpretación de los fenómenos sociales y la vida y evolución general de la sociedad, fundándose en la premisa de la analogía de dicha sociedad con el organismo vivo.

Fué esta tendencia corporizándose en un largo proceso que se originó en el ciclo de precursores y que llegó a cobrar mayor vuelo y creciente entusiasmo al compás de los prime-

ros progresos y actualidad que adquirió la Biología en sus iniciales descubrimientos.

Toda su mayor respetabilidad surgió, sin duda, desde los primeros momentos, en razón de que, tanto Comte, como Spencer y Schäffle (a quien también se le ha llegado a señalar como a uno de los fundadores de la Sociología), hubieron de amparar esta interpretación. Spencer llegó a afirmar que a su juicio era dable percibir algo más que una analogía entre la sociedad y un organismo. En esta autoridad pudieron desde luego respaldarse cómodamente los numerosos continuadores en esta tendencia, entre los cuales, ya se ha dicho, no faltan lucidísimos exponentes del pensamiento.

A base del espíritu fundamental que inspiraba esta bio-analogía, se elaboraron varias direcciones en las que cada tratadista afiliado a esta orientación modelaba su propio matiz de interpretación organicista.

En el vehemente empeño de encuadrar toda la trama de fenómenos sociales en un definitivo marco de leyes naturales se construyeron varios grupos de singulares semejanzas a la luz de las cuales se pretendió hermanar sin escrúpulo elementos del organismo vivo, como tejidos, órganos y funciones con diversos y variados modos del vivir social, y, no únicamente aquellos que se relacionan con ac-

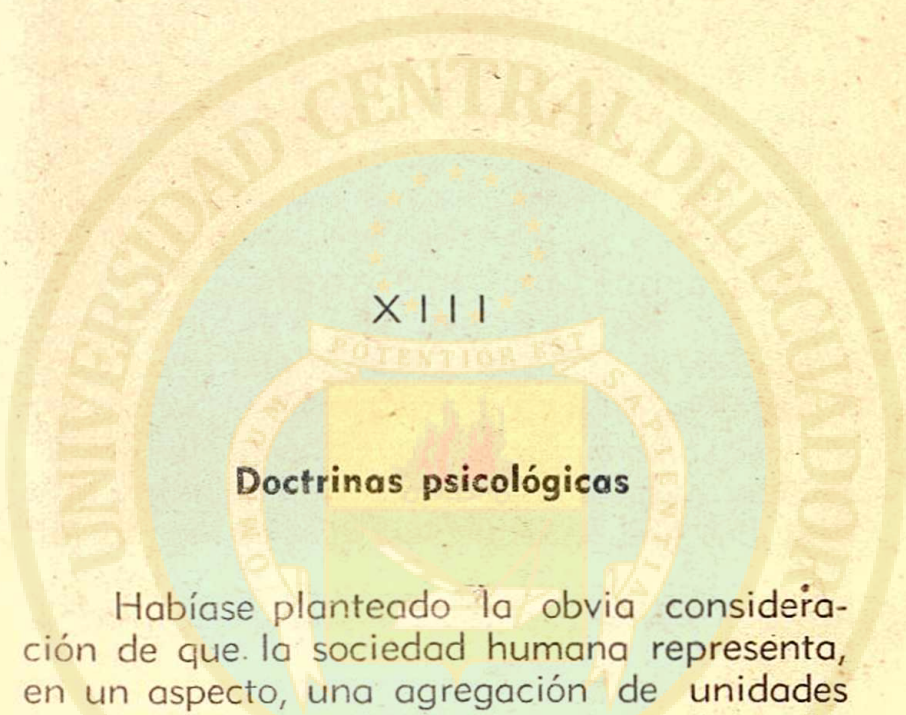
tividades propias e intrínsecas de la naturaleza humana y de la vida de asociación, sino aún con formas de procedimiento y adaptaciones mecánicas, de creación por entero artificial y de alcances transitorios.

Se ha ensayado, además, un conjunto de esfuerzos críticos que se los ha estimado indispensables para fundamentar un criterio de objeción o reparo a los postulados de los organicistas. Y esos esfuerzos se contraían no al contenido medular que entraña cada rol de investigaciones y cada esfera de realidades, sino al examen simplista de las analogías y diferencias casi siempre superficiales que se creía posible hallar entre el agregado físico de una sociedad en sus diversas manifestaciones y la existencia y transformaciones del organismo vivo, concreto o complejo.

Dentro de una concepción científica moderna, que fije y determine el ámbito específico que concierne a la Sociología con sus problemas propios y sus procedimientos idóneos de investigación, la teoría de los organismos sociales no debe tener otro alcance que el de un enunciado metafórico.

Otro y más hondo es el significado con que la realidad biológica actúa en las esferas de lo humano, así a través del solo individuo, como en los amplios planos de la integridad del desenvolvimiento social.





XIII

Doctrinas psicológicas

Habíase planteado la obvia consideración de que la sociedad humana representa, en un aspecto, una agregación de unidades espirituales y que éstas, al sumarse, han debido incorporar sus actividades obedeciendo a los propios moldes en que se desenvuelve y evoluciona la psiquis individual, si bien en un rol de más amplias proyecciones.

Y con un criterio de más directa relación, ya que la psicología es la ciencia que precede inmediatamente a la Sociología, surgió la tendencia que debía hallar más congruente un sistema de analogías que asimila-

se en aquella, todo el contenido de las manifestaciones sociales.

Esta escuela se asienta, en términos generales, sobre fundamentos de más notable solidez y vigor de creación. Abarca construcciones y teorías cuya huella se mantiene latente en los planos de esta disciplina —aunque mayormente debería ser en los de la Filosofía— y sus sostenedores representan aún una autoridad prestante y meritísima.

En dos subramas se ha encontrado, en general, dividida esta corriente, si nos atenemos a la prolija clasificación del Señor Squillace: la primera, si se considera a la sociedad como un hecho psicológico individual; y la segunda, que cataloga los fenómenos sociales como expresiones de psicología colectiva.

Dentro del concepto primeramente enunciado, se ha pretendido hallar a la sociedad como un ente individualizado que lleva en sí la totalidad de los atributos de la psiquis humana; que posee, de modo especial idénticas facultades concienenciales de pensamiento, voluntad y sentimiento y que su actividad y evolución están marcadas por iguales moldes que los que presiden el desarrollo y la personalidad de la conciencia individual con modificaciones de mayor o menor grado.

Es el segundo aspecto interpretativo el que representa la posición más firme de la

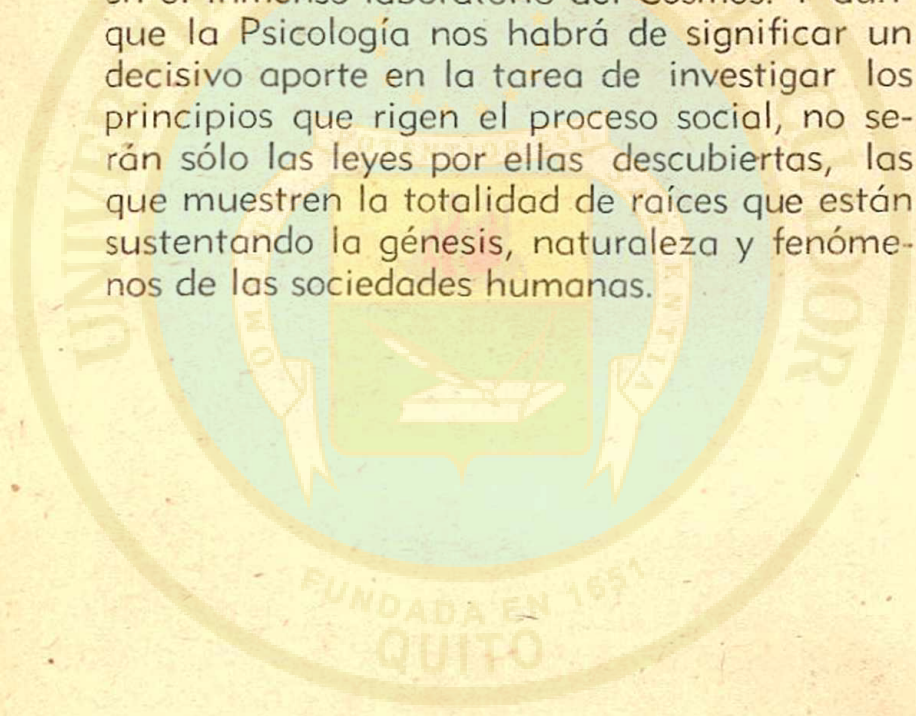
sociología psicológica, ya que al plantear el postulado de la esencia psíquica de la realidad social, hubo de abrirse paso en su seno a todo un conjunto de tendencias que respondieron al común empeño, si bien con modalidades tan variadas como originales, de apreciar los hechos y manifestaciones de la vida social como formas resultantes —no siempre una simple suma— de expresiones e interacciones de componentes psíquicos individuales.

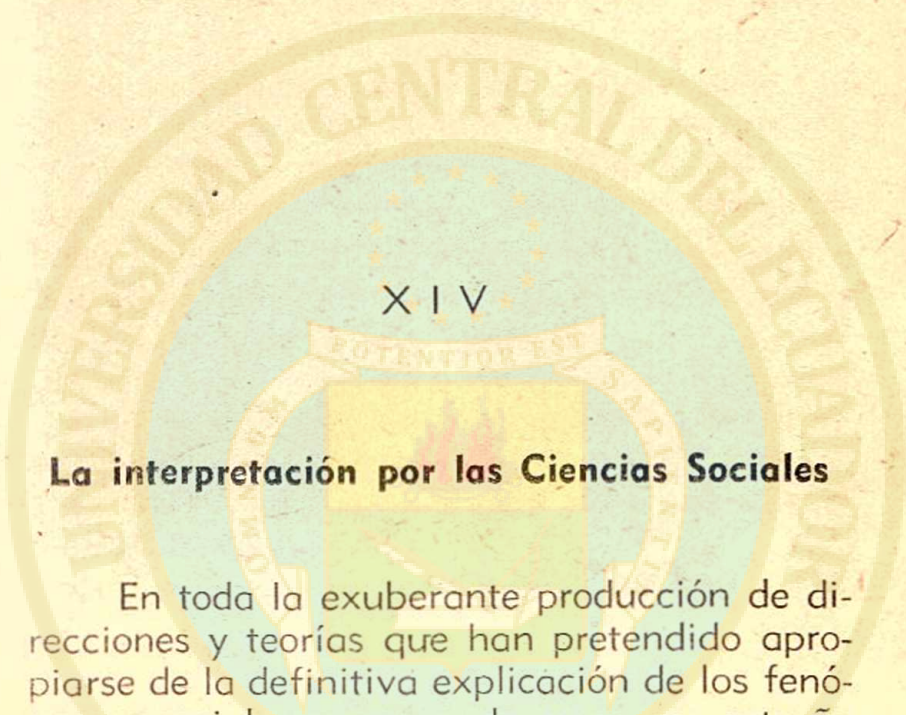
No es posible, sin duda, si se quiere ceñir a un recto espíritu de construcción científica, tratar de penetrar en las entrañas del vivir social y en cuanto a sus manifestaciones se refiere, sin considerar de modo primordial y permanente aquel eje inmediato y básico de la relación interhumana que constituye la psiquis individual. Toda la intrincada realidad de los fenómenos de la conciencia, sus virtualidades en sí y sus centros de relación, de energía y de reacción son precisamente el irrenunciable sustentáculo desde donde será dable ensanchar la visión investigadora al plano más alto y más complejo de las manifestaciones de la existencia social.

Y, cabe añadir, una vez más, que, si ni la propia inteligencia ha podido aún conquistar los dominios que guardan los secretos de la conciencia humana, y menos de poseerlos

en su plenitud, en modo alguno podrían ser los solos principios de la Psicología los que amparen y descubran toda la naturaleza de los fenómenos sociales.

La realidad social se asienta y se desenvuelve de conformidad con el influjo multifásico de incontables factores que se encierran en el inmenso laboratorio del Cosmos. Y aunque la Psicología nos habrá de significar un decisivo aporte en la tarea de investigar los principios que rigen el proceso social, no serán sólo las leyes por ellas descubiertas, las que muestren la totalidad de raíces que están sustentando la génesis, naturaleza y fenómenos de las sociedades humanas.





XIV

La interpretación por las Ciencias Sociales

En toda la exuberante producción de direcciones y teorías que han pretendido apropiarse de la definitiva explicación de los fenómenos sociales nunca pudo, pues, ser extraño un orden de tendencias que la vinculase a las varias categorías de hechos sociales particulares, cada uno de los cuales ha tratado de delimitar y dar sustantividad a su objeto, su esfera de investigaciones y su cuerpo de conclusiones. Estas han constituido, pues, las Ciencias Sociales.

Al tenor de estos diversos ángulos de confrontación social, planteados en forma se-

parada por imprescindibles razones de método y de adecuada ordenación analítica, fueron, desde luego, concretándose numerosas corrientes que buscaron involucrar el contenido central, global, de la fenomenología social en los órdenes de investigación asignados a cargo de las disciplinas particulares.

Este proceso de extensión epistemológica ofrecía posibilidades de mostrarse más aceptablemente ceñido a un rol de estudios afines, toda vez que, de modo invariable, el contenido de aquellas disciplinas, había de identificarse forzosamente con determinado capítulo o materia de la Ciencia sociológica.

En esta virtud, casi siempre, cuantos atisbos interpretativos se ensayaron desde esos planos, no anduvieron carentes de motivos formales, por más que sus alcances hayan sido siempre limitados o demasiado circunscritos. Y de esta suerte, en función de tendencias temperamentales, de vocaciones especializadas o por otros órdenes de estímulos psicológicos o externos, se esbozaron valiosísimas doctrinas que buscaron arrancar los postulados de la Sociología, basándolos en el examen parcial de determinado grupo de manifestaciones sociales.

Ante todo, derivada de la visión de fundamentales imperativos de toda existencia humana se planteó la tesis económica de la

Sociología. Una contemplación de patentes realidades en torno a las bases de la conservación de la vida y a la racional satisfacción de esenciales e ineludibles necesidades inspiró uno de los más vigorosos movimientos de la inteligencia, para proclamar como verdad primaria el apremio económico, objeto y fin a cuyas razones se subordinan el ámbito y las posibilidades de toda evolución social. La interpretación económica de la Historia, que primordialmente se sustenta en la doctrina de Karl Marx, radica, pues, en el hecho económico la estructura elemental, generadora permanente de toda la inmensa urdimbre de virtualidades y expresiones sociales.

Un análisis, que tenemos que denominar filosófico, acerca del derecho considerado en sus orígenes, su formación y su desenvolvimiento a través de la voluntad de los grupos, ha buscado también dar cuerpo de doctrina a una interpretación de los hechos sociales mediante la dirección que se ha denominado jurídico contractualista, a base de principios que conciben la integración social desarrollándose y perfeccionándose como un organismo contractual.

Se ha querido mirar, por otra parte, el eje de las determinaciones sociales tomando como elemento fundamental los móviles de la conducta humana, ya desde los planos de la

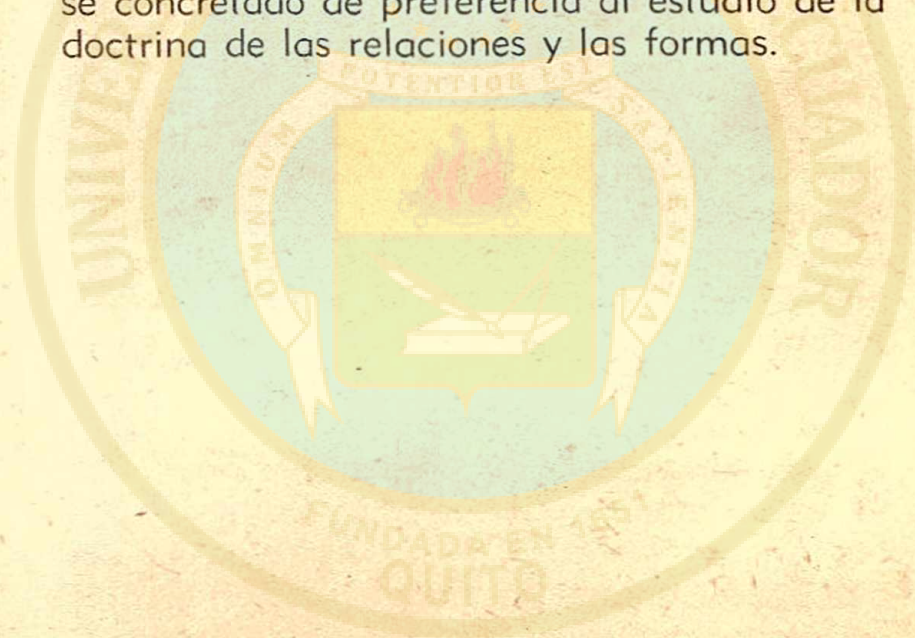
acción psíquica, ya también en orden a las construcciones éticas y religiosas, o aún determinando las categorías de lo que implica mera expresión de las formas sociales y el aislamiento de los hechos que compete dirigir por medio de la sociedad, valiéndose de la abstracción.

Por su lado, también una escuela denominada demográfica quiso atribuir al factor población una importancia decisiva en la marcha y evolución de la sociedad, pretendiendo encontrar, al respecto, todo un sistema de leyes permanentes.

En torno a fenómenos de la vida genética, como aquellos concernientes a los elementos, condiciones y necesidades de la familia, concebida como una célula social, también se ha ensayado esbozar toda una corriente interpretativa de los diversos órdenes de la fenomenología social, inclusive, especialmente, el económico.

Finalmente, como orientaciones que hasta los últimos tiempos se han mantenido con notable persistencia, especialmente en Alemania, cabe anotarse la Sociología histórica o Sociología cultural, que ha querido basar toda su edificación en el sentido y alcance de los procesos acaecidos en la Humanidad a lo largo de los tiempos, mediante la determinación de diversas líneas de tipología social; la

Sociología denominada Metafísica y Epistemológica que, según Von Wiese, se propone interpretar simplemente las fuerzas espirituales y hace una doctrina de las fuerzas de la conciencia, habiéndose resuelto en la actualidad en la Sociología del Conocimiento; y, por fin, la corriente que ha preferido contraerse al análisis de los aspectos empírico-realistas para construir la ciencia, la misma que ha sido llamada Sociología sistemática, habiéndose concretado de preferencia al estudio de la doctrina de las relaciones y las formas.



Deslinde de objetivos

Constituiría un empeño, acaso inconducente y por demás laborioso, el insistir en la revista, aunque sea enunciativa, de las numerosas escuelas y tendencias con que los dedicados a esta disciplina se propusieron trazar los definitivos lineamientos de la Ciencia de las Sociedades.

Se ha prescindido, sin duda, y por mucho tiempo, de dar deslinde y determinación específicos a cuanto atañe a sus estudios. Descartado por entero todo concepto que haya de vincularla a la Filosofía, no era del caso aducir razón alguna para que se alterase la tra-

yectoria normal de su construcción estrictamente científica. Para ello era menester aislar los contornos de su materia, fijar taxativamente su contenido, concretar su objeto y finalidades esenciales y eslabonar sin demora moldes de permanencia que informarían el plan y los métodos a seguirse.

Si las ciencias que la precedían estaban prestándole sus postulados y principios a fin de que pudiese apoyarse sólidamente la edificación que iba a crearse, de ninguno de ellos podía obtenerse que sus proyecciones y regulaciones alcanzasen hasta las esferas del vivir social ya que frente al ámbito que comporta el engranaje de relaciones humanas, siempre había de devenir restringido el plano de relaciones que estarían rigiendo aquellos. Las realidades biológicas llevan en sí poderes inexorables para el animal humano, para su conformación, sus capacidades y aún sus destinos; alcanzan decisivo influjo en bloques de numerosos agregados, pero, ellas solas no determinan todos los resortes que actúan en la intrincada trama de la vida social. Las leyes fisiológicas mantienen su vigor operante de manera ciega y permanente en todo el mecanismo vital del individuo; le confieren, con ininterrumpido ritmo, todo un acopio de energías integrales, y, sin embargo, ellas solas no pueden llegar a regir, por su exclusiva virtua-

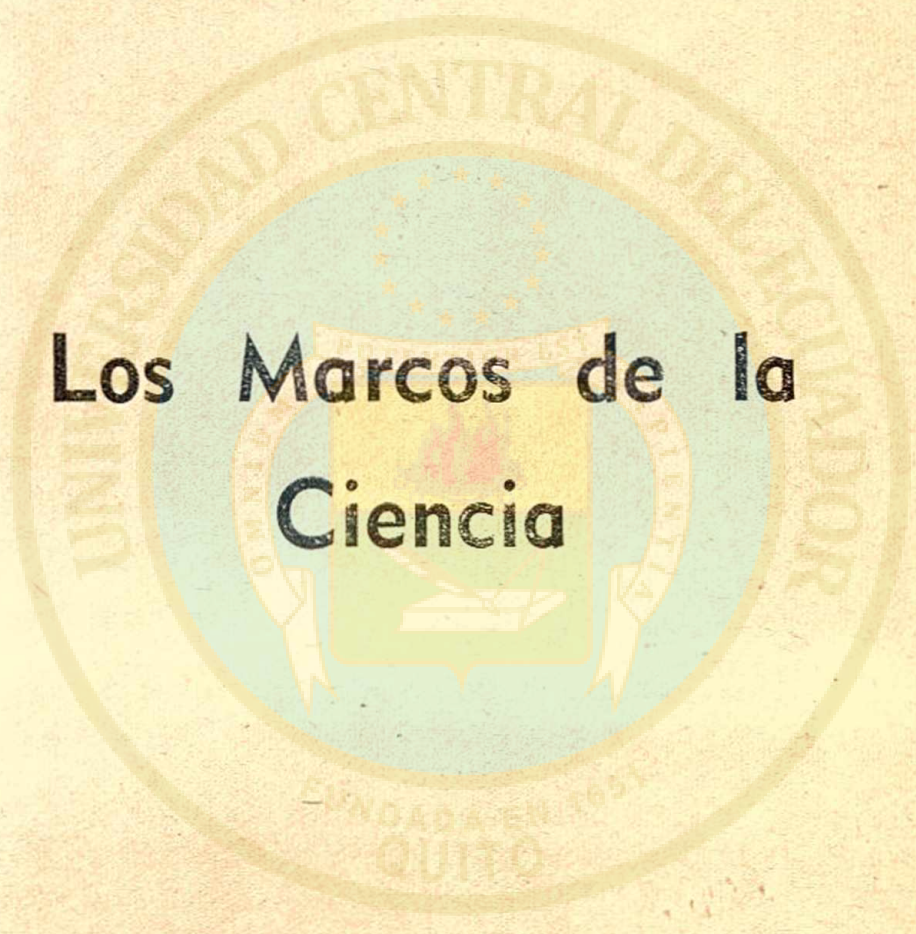
lidad, los movimientos de las relaciones interhumanas. Los principios que presiden las funciones del espíritu, estarán marcando, sin cesar, las rutas de la inteligencia, los vaivenes del sentimiento, las determinaciones de la voluntad, los acicates de la sensibilidad y del instinto, los complejos avatares de la subconciencia, y, en medio de todo, este control maravilloso, no tendrá a su alcance, no obstante, la penetración en el extenso enjambre de realidades colectivas, donde fenómenos y reacciones incontables se producen, se contraponen, se destruyen o evolucionan al compás de las fuerzas actuantes de variados factores.

Al par que la Sociología, también las Ciencias Sociales particulares llevan como objetivos fenómenos emanados de las relaciones entre los hombres. Pero, mientras aquella persigue la confrontación de los problemas fundamentales y aspectos centrales que abarcan y comprenden la médula de todo el extenso cuerpo de realidades sociales, éstas tienen por misión el estudio de los fenómenos que significan aspectos parciales de la fenomenología social, capítulos que por su extensión no pueden ser íntegramente incorporados en el programa de la Sociología, y que, por lo mismo, por sí solas nunca estarán en posibilidad de dar solución a problemas que conciernen a

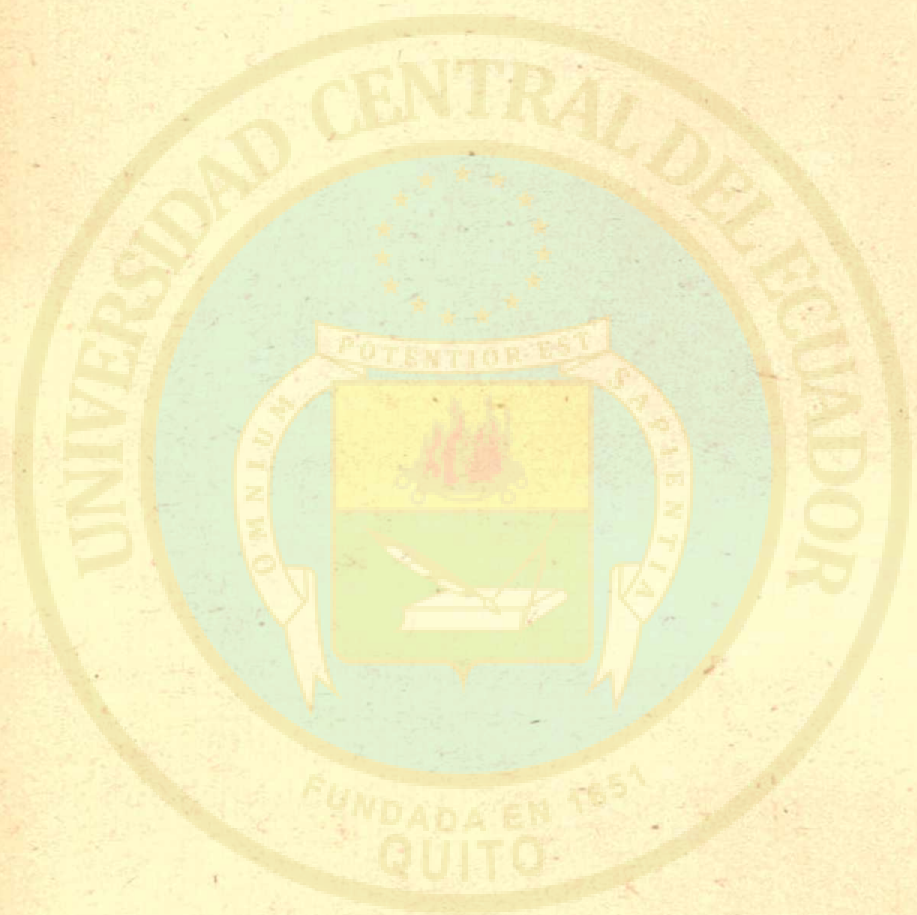
esfera mucho más vasta, ni incluir en la materia de éstos a la mucho más reducida que haya podido llegar a comprender en sus postulados.

Y dentro de los mirajes que encara la ciencia contemporánea, ya no será del caso establecer mayores consideraciones acerca de las tendencias que se hubiesen presentado para situar el contenido de esta ciencia dentro del marco de las lucubraciones que conciernen a las disciplinas filosóficas. Las calidades concretas y reales de la materia, los problemas y finalidades específicos que como positiva ciencia se ha planteado y la construcción netamente analítica de los métodos que le convienen, apartan de modo definitivo toda concepción que tienda a convertirla en simple sistema de enunciados abstractos condicionados por el esfuerzo deductivo.

FUNDADA EN 1651
QUITO

The background features a large, faint circular seal of the Universidad Central del Ecuador. The seal's outer ring contains the text "UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR" at the top and "FUNDADA EN 1655" and "QUITO" at the bottom. The inner circle contains the national flag of Ecuador (yellow, red, and green horizontal stripes) with a central emblem and stars above it.

Los Marcos de la Ciencia



La Ciencia y su significado

Cabe, pues, al fin, delimitar en sus propios y definidos relieves el objeto y la materia que se propone aprehender la Sociología en su estricto rol de categoría científica.

Más de una vez parece que se ha insinuado cierto género de escrúpulo intelectual que repugnaba penetrar en el campo de esta ciencia sin dejar de establecer el sistema de relaciones necesarias y permanentes que, como ciencia, le tocaba dilucidar. En cambio, llegó a incurrirse casi siempre en un sofístico tanteo de falsas posiciones a virtud de las que se daban por establecidas terminantes

conclusiones, sin haberse detenido demasiado a extraer la positiva savia de las realidades.

Era menester, con evidencia, procurarse de antemano un sondeo de fondo en cuanto a la entraña, objetivos y caminos de la Ciencia en sí misma. ¿Qué elementos informan su constitución? ¿De dónde parte el eje de sus elaboraciones? ¿En virtud de qué proceso será posible disponer de la dotación lógica, completa y necesaria que haya de permitir dar perfil y sustancia a sus últimas finalidades?

De modo general, la mayoría de los sistemas forjados al amparo de la Sociología, atribuyéndose siempre valoraciones trascendentales, ha partido de elaboraciones creadas al compás de postulados preestablecidos en el criterio de los autores diversos, buscando dar conformación al espíritu general en que aquellos se inspiraban, todas aquellas aisladas, pocas o muchas manifestaciones de la realidad social que asomaban ajustadas de cualquier suerte, a aquellos principios.

Ya penetrando en el valor y alcance del exacto contenido científico, frente al susodicho género de creaciones, parece oportuno traer a la memoria la enseñanza del pensador inglés que comenzó fijando con más precisos mirajes el verdadero molde de toda investigación que pretendiese alcanzar significaciones mayormente exactas. Refiriéndose

a la tendencia del intelecto humano a determinar la razón de todas las cosas por la sola obra de la abstracción ficticia, quiso Bacon dejar asentado su juicio con vigor definitivo: "más vale hacer un corte en la Naturaleza, que aceptar la abstracción". Proceder, pues, por la aprehensión real y objetiva, el examen concreto, imparcial y paciente y la coordinación neta de cada uno de los elementos que integran el todo cuya naturaleza se trata de conocer.

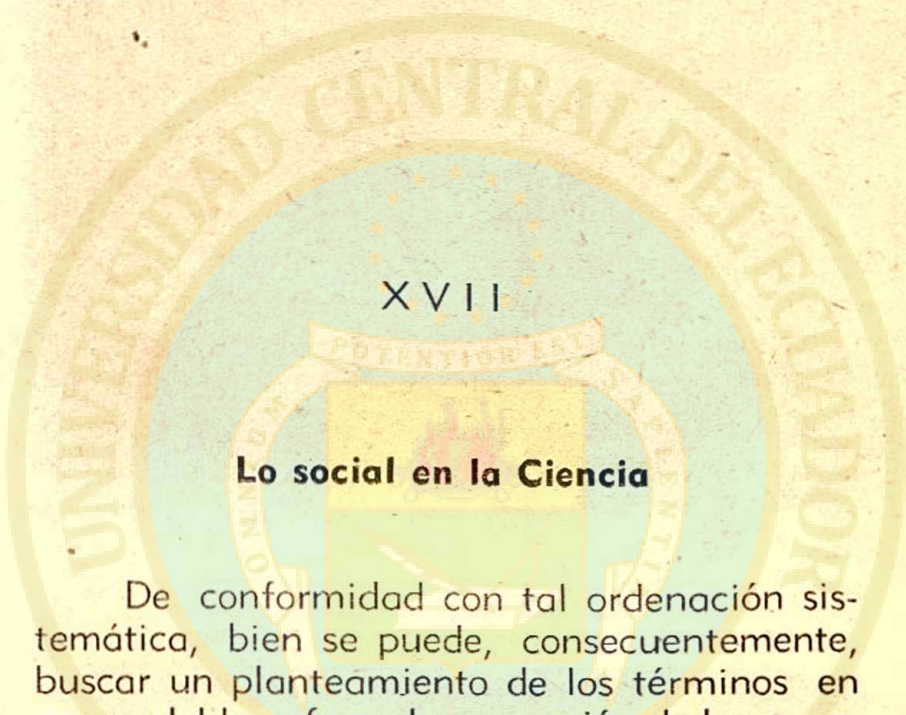
La ciencia, así, no podrá partir sino de la realidad. Será la realidad misma en su posibilidad de ser situada en los planos del conocimiento humano; la realidad, en cuanto el entendimiento puede sintetizarla por medio de verdades en sus relaciones de causalidad y de semejanza y no ya una simple generalización de hechos, como ha llegado a pretenderse por más de un tratadista de Sociología, en el empeño de ahorrarse los procesos demostrativos impuestos por toda categoría científica.

La acción del pensamiento humano, pues, en el marco de la ciencia, no puede intervenir sino para adentrarse en la esencia de las realidades, no para elaborarla. Esa elaboración, en cierto sentido, puede hacerse procedente al momento de haber sido constituida una ciencia, cuando la verdad ha llega-

do a los dominios de la inteligencia en virtud de prolijos procedimientos. Así puede y ha podido llegar el caso de la previsión científica.

La ciencia persigue invariablemente penetrar en las causas profundas de hechos y fenómenos y apoyarse en aquellas para alcanzar la determinación de leyes generales. Estas constituyen sus líneas trascendentales. De ahí su necesidad irrenunciable de servirse de procedimientos que permitan la íntegra captación de realidades, el cuidadoso examen de los sistemas de causación y la confrontación lógica y objetiva de toda la correlación fenoménica en que habrá de sustentar el definitivo cuerpo de principios permanentes. Y esta será la ruta señalada por el Método.

La ciencia, pues, en términos generales, supone investigación e impone demostración.



XVII

Lo social en la Ciencia

De conformidad con tal ordenación sistemática, bien se puede, consecuentemente, buscar un planteamiento de los términos en que es dable enfocar la proyección de los enunciados que la Ciencia entraña, frente al estado de elaboraciones de la actividad social.

Descontada la concreción que se ha hecho en forma concluyente y sin mayores reservas acerca de que la materia propia de la Sociología recae en la sociedad humana, acaso esta sola acepción no bastará para entender trazados sus específicos contornos en razón de su estado actual y de la comprensión que

la realidad contemporánea puede dar de ella.

Bien entendida su posición del momento, en que su actividad ha debido reducirse al acopio y selección de datos e investigaciones, y, limitada como está su disponibilidad de principios relativos a la Psicología, también en formación, y aún en varios aspectos a la Biología, menester será fijar un poco más su papel en el presente, respecto al vivir social. Si un orden de leyes fundamentales no ha podido aún ser formulado dentro de un estricto rigor científico, si ni siquiera las formas analíticas de la experimentación se han llegado a perfeccionar de modo adecuado y específico para este género de estudios, no es posible establecer la definición de esta disciplina científica con la sola referencia de la sociedad humana. Ello daría por hecho el que se la pueda colocar en el rol de otras ciencias, como la Astronomía o la Química, con sus postulados básicos ya debidamente consagrados; o simplemente el que se la presente en la ficticia apariencia de hallarse respaldada por cualesquiera de las corrientes unilaterales y teóricas que han pretendido explicar, cada una, por sí sola, el fondo de los procesos sociales.

Será, por lo tanto, pues, conveniente enunciar en cualquier ensayo de definición, la modalidad importante, —aunque sea, en

verdad, transitoria—, de que trata o **tiene por objeto el estudio de las sociedades humanas y la determinación de las leyes que las rigen.**

Es obvio concebir que toda disciplina científica persigue aquella determinación: penetrar en la esencia de sus realidades, de sus fenómenos y transformaciones, precisar sus causas y establecer los principios generales pertinentes; mas, en el presente caso, no será ociosa tal especificación, toda vez que, en los actuales momentos, la ciencia que nos ocupa, tiene cabalmente ante sí esa tarea, de modo primordial y necesario, para quedar definitivamente constituida.

Y no se puede ni se debe prescindir de pluralizar al hablar de sociedades, si se quiere descender al análisis real y concreto de los diversos grupos en sus propias caracterizaciones que se vinculan a influjos telúricos, como razones de contenido étnico, económico, histórico, entre otros.

La tendencia a hacer de la sociedad una unidad abstracta y aislada, es, sin duda, la que ha debido conducir a que prevalezca la incertidumbre más completa y aún la anarquía en sus variadas interpretaciones, que, no obstante buscaron el amparo de la Sociología.

De otra parte, en dicho término de sociedades, será preciso comprender, así los as-

pectos que se implican en la propia naturaleza de cada una de ellas, en su valor potencial y sus peculiares virtualidades de índole varia, como en todo cuanto se relaciona con sus movimientos, vida, transformaciones y evolución, que ya se resuelven en todo el cúmulo multiforme, complejo y hasta articulado de expresiones dinámicas, que van a constituir los fenómenos sociales.

No sería menester, en verdad, adelantar o hacer una mención, en la fórmula enunciada, la expectativa capital que entraña el dominio de los últimos principios que rigen la existencia social, o sea el **para qué** de esta disciplina científica. Toda la profunda inquietud del pensamiento sociológico que viene desenvolviéndose en una larga centuria y aquellas más antigua y remota que supo inspirar esta obra, enfócanse precisamente en el trascendental imperativo de la cultura humana de aprovechar el conocimiento de las leyes del mundo social y del devenir histórico para buscar un adecuado sistema normativo que asegure un firme y duradero bienestar de los humanos.

XVIII

La comprensión de la Sociología

La Sociología, pues, partiendo de este panorama conceptual, será preciso entenderla, de toda evidencia, como una ciencia simplemente en formación, y para lo cual, imperativamente deberá cumplirse con los procedimientos impuestos para el coronamiento de toda construcción científica, sujetándose estrictamente al encadenamiento metodológico que el objeto y finalidad de sus investigaciones lo requieren.

Hacia esta posición necesaria va orientándose de manera firme y en modo general el pensamiento contemporáneo que objetiva-

mente se preocupa de encarar los problemas de la colectividad, despojándose de toda interferencia metafísica o de prejuicios nacionalistas y raciales, cuyo sólo efecto se reduce a retardar la marcha de la ciencia, obstando el aprovechamiento de sus conquistas en beneficio de la Especie.

Se podría considerar, así, la idea matriz que informa, en cuanto a su acepción básica, según el criterio de tratadistas de nuestros días, entre los cuales es adecuado tomar representantes de bien diverso clima geográfico, étnico y mental.

Así por ejemplo, Antonio Caso (1), de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de México, llega a presentarnos en forma bien clara su pensamiento acerca del objeto específico que concierne, según él, a la Sociología, determinando, consecuentemente, su materia propia, su rol científico y los moldes, dijéramos, de su construcción arquitectónica. Dice Caso, al deslindarla de la esfera que la separa de la Filosofía de la Historia: "... En tanto que la filosofía de la historia investiga un plan u ordenamiento de los sucesos humanos, es decir, algo teleológi-

(1) "Sociología". Editorial Polis.—México D. F.—1939.

co, metafísico y ético por su esencia, la sociología sólo aspira a reducir a leyes científicas, esto es, a uniformidades y repeticiones, el en apariencia abigarrado conjunto de los fenómenos sociales. La filosofía de la historia se preocupa por determinar la intención del desenvolvimiento colectivo; la sociología expresa las semejanzas de los hechos sociales en fórmulas generales, como la biología, la física o la química".

De la misma manera, el profesor René Maunier (2), de la Universidad de París, establece las líneas permanentes de la naturaleza de esta ciencia, al sentar que "el estudio de las sociedades debe considerarse análogo al de los objetos del mundo inanimado o al de los seres del mundo animado. Es la historia natural de las asociaciones humanas. Y es esto lo que debe dejar de manifiesto su definición". Y descendiendo aún más en su análisis, en que perfila de modo mayormente concreto las calidades científicas indicadas, añade:

"He aquí, pues, la fórmula que parece convenir para afirmar este carácter "científi-

(2) "Introducción a la Sociología". Editorial LUXOR.—1939.

la sociedad, pues sin leyes no cabe ciencia alguna".

Y el criterio de buscar como final objetivo esta determinación de las leyes de la Sociología, se ajusta aún dentro de algunas de las tendencias de modernos pensadores alemanes que, asignando a aquélla el carácter de una ciencia cultural, de hechos culturales, bien sea para establecer las **formas** en que los hombres se relacionan entre sí, o bien para penetrar en el contenido histórico de esas formas sociales, manifiéstese inalterable siempre el imperativo científico de hallar la trascendencia de fuerzas incontables que gravitan en lo humano, el respectivo coeficiente de virtualidades y atributos de cada grupo, la correlación de todos los fenómenos sociales, sus recíprocas influencias y su interdependencia, hasta alcanzar finalmente la captación completa de un sistema de leyes generales.

FUNDADA EN 1851
QUITO

Planteamientos de la realidad social

Reviste un alto valor el conjunto de observaciones de fondo que el autor últimamente citado, el profesor Nicolai, nos ha ofrecido, en su empeño de puntualizar con verdadera visión de crítica científica el planteamiento y la constitución de esta ciencia.

Se va acentuando, pues, en términos generales, dentro de la inquietud objetivista del movimiento investigador contemporáneo, el afán, y, más que él, la necesidad de penetrar en la contemplación analítica de los hechos, apoyándose esencial y sistemáticamente en elementos de investigación realista.

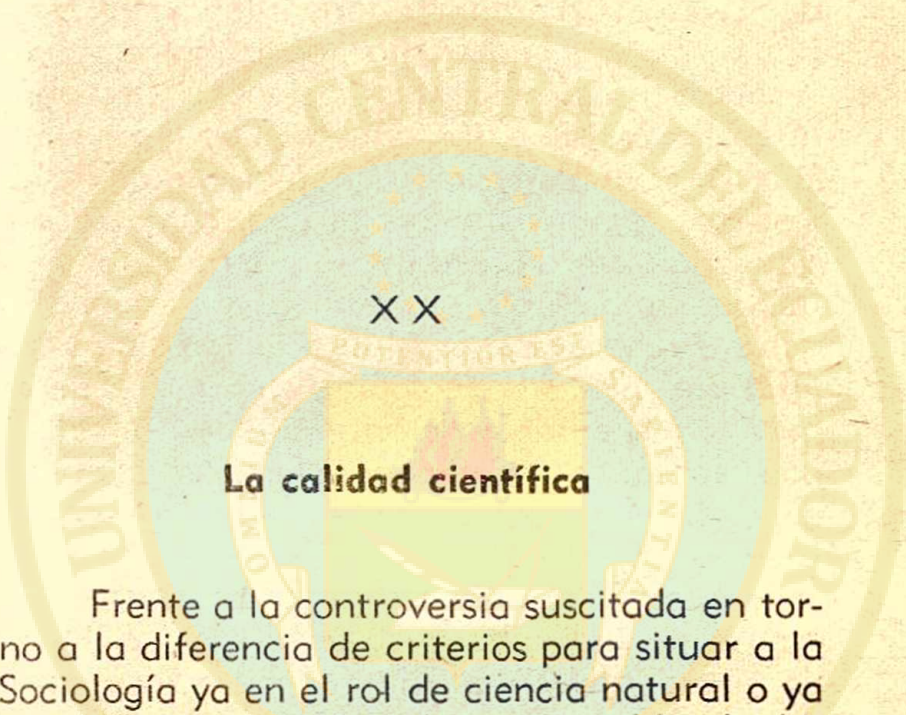
En todos los órdenes de las ciencias de la vida se ha podido advertir, de modo invariable, que cuanta conclusión o postulado ha llegado a ser establecido por simples procesos de construcción teórica y subjetiva, no han conducido sino a toda suerte de descalabros en sus aplicaciones. Aquellos terrenos deleznablestuvieron muy lejos de prestar las permanentes bases de firme sustentación que sólo se encuentran en lo que ha sido inspirado por la verdadera ciencia.

En lo que atañe a la ciencia del vivir humano, la confrontación de los hechos impone sin duda, una labor de más vastas proporciones. La complejidad de la materia, la variedad de elementos, la riqueza de matices, la multiplicidad de contingencias, necesitan ser examinados obedeciendo a un plan de parsimonioso ordenamiento.

No se debe olvidar que la realidad social encarna y resume todo un cúmulo de manifestaciones, las mismas que, a la vez, se están produciendo en virtud de un encadenamiento de factores, cada uno de los cuales es preciso considerarlos y aislarlos así en su capacidad intrínseca como en su marcha operante, condicionando todo el enjambre de expresiones y modalidades que son susceptibles de provocar.

Más concretamente, la realidad social debe ser estudiada y analizada desde los múltiples aspectos y diversos planos que la producen y mantienen. La realidad social se desarrolla, ante todo, en una base física; ésta, a su vez, constituye, sin cesar, un activo laboratorio, en el que se condicionan todas las formas y modos de la vida; la realidad social se apoya fundamentalmente en órdenes y posibilidades biológicos, los cuales determinan, con inexorable permanencia, la esfera psíquica de los humanos; y la realidad social, que, como se sabe, se mueve por el influjo de este contenido espiritual, también lleva en sí la acción recíproca, concomitante de los propios fenómenos sociales. He aquí la tupida urdimbre de todos sus elementos concurrentes.

Menester es agregar que, desde otro punto de vista, el planteamiento de los problemas que aquella realidad entraña, no ha de concretarse de modo exclusivo al examen de las expresiones de fenómenos en sus diversos órdenes, sino que hay que enfocarlo, originalmente, en las características que comporta la propia naturaleza de cada sociedad, en sus calidades potenciales específicas que se insinúan en función de la influencia de la totalidad de factores peculiares, cuyo conjunto de relieves habrá de mostrar una esencia y una virtualidad.



XX

La calidad científica

Frente a la controversia suscitada en torno a la diferencia de criterios para situar a la Sociología ya en el rol de ciencia natural o ya en el de ciencia cultural, no es posible olvidar que, si en verdad lo cultural y espiritual radican específicamente en lo humano, también los atributos de nuestra especie se identifican con el mundo de lo biológico y tienen su raíz en otras fuerzas y procesos que arrancan, según es bien sabido, de la existencia física.

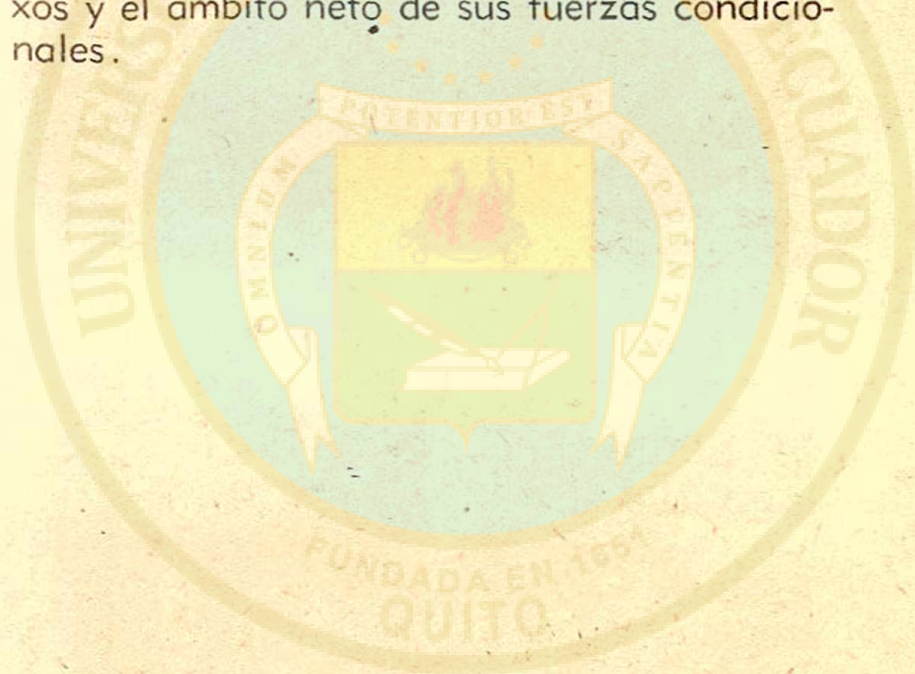
Por consiguiente, si los hechos y elaboraciones sociales se dice que pueden tener un contenido cultural en cuanto representan rea-

lizaciones del espíritu y que por lo mismo no son susceptibles de explicaciones de rigor matemático ya que son realidades que trascienden de nuestro propio mundo interior; en cambio, no es posible desdeñar, en las horas actuales, dentro de las confrontaciones y descubrimientos que día a día van efectuando las ciencias de lo humano, todo el enjambre de influjos, reflujos y factores con que, como se podrá señalar más adelante, la esfera de las realidades ambientales, orgánicas y funcionales actúa sin cesar en los planos de la psiquis, en múltiples líneas de lo social, en forma que se hace indispensable determinar todo un cuerpo sistemático de aquellas relaciones de causa a efecto engendradas por la vasta trama de fuerzas externas y tangibles que se insinúan en nuestra vida interior, en toda la existencia espiritual, individual y colectiva, determinando virtualidades, aptitudes, tendencias y predisposiciones.

Y si toda esta suma de elementos está surtiendo sus efectos en el acaecer social, ¿cómo hacer de la Sociología una ciencia que aisle de su estudio las fuerzas de sustentación de su propia materia, la humana realidad?

El desarrollo espiritual de las sociedades prodúcese al compás de sus elaboraciones de significado cultural; éstas, a su vez, se desenvuelven al calor de las conquistas del saber y

de construcciones ideales; pero la esfera de todas esas creaciones, la vida concien- cial, con sus resortes mentales, éticos, afectivos, voliti- vos, instintivos y subconscientes, muévase tam- bién en función de aquellas otras formas de existencia, junto a factores educativos, influ- jos telúricos y elementos orgánicos, fisiológi- cos y nerviosos, con todos los cuales es menes- ter descubrir la debida sistematización de ne- xos y el ámbito neto de sus fuerzas condicio- nales.



El Método





Contenido y papel del método

Enunciadas, pues, aunque haya sido en modo panorámico, las consideraciones primordiales acerca de la posición científica de la Sociología y el plano de comprensión que le corresponde dentro de las actuales posibilidades de su estudio y de las que atañen a todas sus disciplinas auxiliares, no se puede dejar de mirar todo el condicionamiento lógico que concurre a su constitución definitiva en el rol analítico y en el demostrativo y que se resuelven en sus procesos de ordenación y adaptación metodológica.

Constituye verdaderamente cuestión fundamental para toda disciplina científica la que se refiere a sus métodos, pero, de manera especial y preponderante, tratándose de la ciencia que nos ocupa, en razón de sus calidades de complejidad extraordinaria y por el estado de preparación y formación en que se halla en la actualidad.

Es tanto más importante este estudio si se recuerda que en medio del confuso torbellino de direcciones teóricas que se ha disputado el discrimen e interpretación de los hechos sociales, también el concepto del método, de tan obvio e incuestionable contenido lógico, ha llegado, por su lado, a ser objeto de las más arbitrarias apreciaciones, subordinándolo, a menudo, antojadizamente, al marco peculiar de los sistemas subjetivos que han venido propugnándose.

Ante todo, si con el propósito de guardar una estricta congruencia lógica se penetra en el campo de una ciencia que es preciso contribuir a formarla, no se puede prescindir, en manera alguna, de encarar aquellas cuestiones que se refieren al procedimiento que debe seguirse para que sea posible y viable aquella investigación necesaria; para que el aporte constructivo que se busca pueda llevar una consistencia apreciable a aquel plano de edificaciones en la realidad y fenómenos cuyas causas se trata de descubrir.

Ahora bien, puntualizada debidamente la materia sobre la que recae el objeto medular y los específicos contornos que competen al estudio de esta ciencia, es menester convenir en que, desprendiéndose aquellos estudios de realidades que emanan de condiciones físicas, y biológicas y psicológicas y que concurren, en fin, en las últimas expresiones del vivir del hombre, todo examen que pretenda el dominio de las causas primeras y los principios fundamentales que rigen esa existencia, debe partir ineludiblemente de la confrontación minuciosa, sistemática, objetiva, de los elementos que en forma directa o indirecta están marcando aquella producción. Sólo del aislamiento de aquellos hechos y modalidades así esenciales como accidentales, en sus expresiones más concretas, puede empezar una obra de elaboración ciertamente científica.

De conformidad con este antecedente básico, es dable comprender cómo una construcción en materia sociológica, sólo puede ofrecer la garantía del rigor científico, en cuanto el camino de sus últimas conclusiones ha podido ser inspirado en la investigación objetiva de los hechos, incluyendo en ésta el proceso de la comprobación.



XXII

Ordenes metodológicos

Dentro de la gran división fundamental con que la marcha lógica del pensamiento ha clasificado las dos típicas formas de método, el deductivo y el inductivo, debemos considerarlas en sus posibles proyecciones frente a la Sociología y en armonía con los conceptos enunciados.

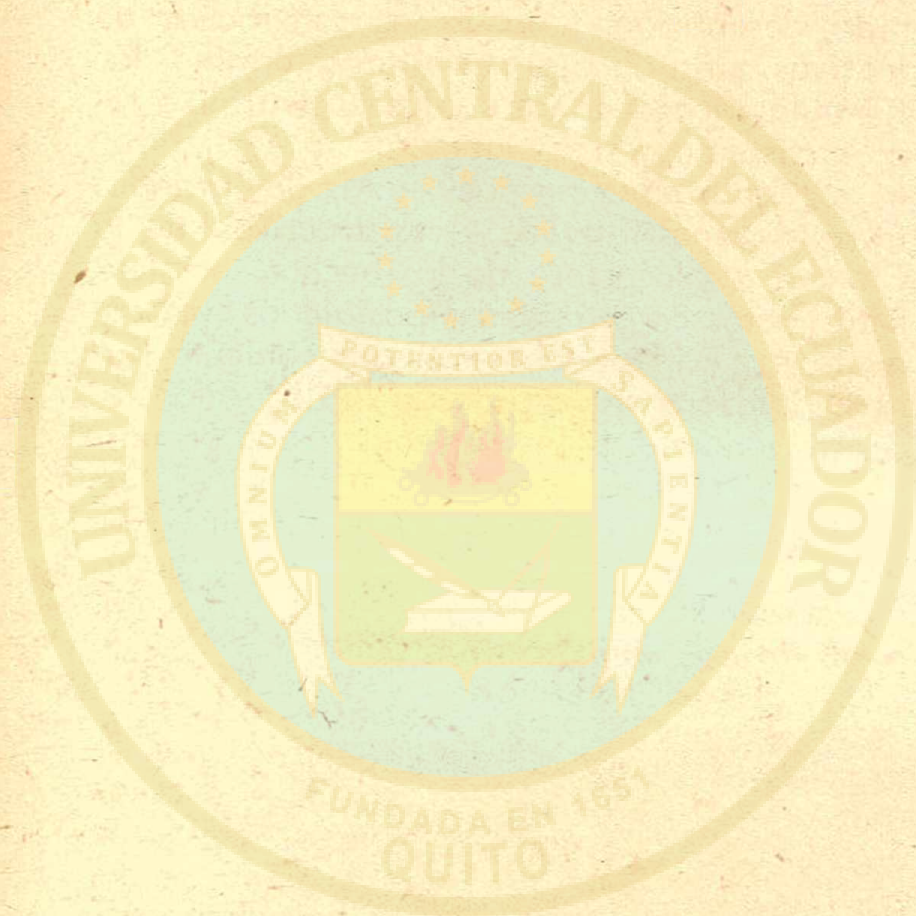
Por la primera forma, la deducción, el espíritu se desplaza del pleno dominio de lo evidente y conocido hasta las esferas de los hechos particulares. En posesión del todo, del principio general, desciende a la determinación del aspecto que en aquellos moldes que-

da implícito por virtud de un simple raciocinio lógico. Sus fuentes están en las elaboraciones del entendimiento a base de la razón, de las definiciones, de los conceptos fundamentales, de los axiomas. Por eso es un método demostrativo; y las Matemáticas tienen en él la forma propia y permanente de sus conclusiones. De allí también que su procedimiento específico se haya concretado en la síntesis.

A la inversa del anterior, el método inductivo tiene por finalidad localizarse de antemano y detenerse en el examen de los fenómenos parciales, de las modalidades aisladas y concretas de la realidad. A cada uno de éstos, los separa, los observa, los compara, los coordina, los reduce en vínculos de causación y busca al fin el coronamiento de las comprobaciones, tratando de reproducirlos artificialmente. A virtud de este proceso lento y laborioso, se modela la ley. Su procedimiento es el análisis, o sea la descomposición de los hechos y su proceso consiguiente para la creación del sistema: observar, comparar, suponer, experimentar e inducir. El valor de la suposición o hipótesis sólo arranca de su comprobación por la experiencia. Por eso la acción subjetiva sólo alcanza un significado de probidad científica y de iniciativa creadora. Su ámbito de construcciones se halla marca-

do por las manifestaciones de la realidad sensible. Hay que operar en ellas, aprehenderlas de manera escueta, penetrar en su contenido, desentrañar toda la concatenación de motivos a fin de fijar, en último término, las fórmulas finales en las cuales se centraliza todo el sistema de relaciones.

¿Cómo enfocar, pues, estas dos grandes formas demostrativas y constructivas de la Ciencia, en la esfera de los hechos sociales? Están éstos contenidos en postulados ya conocidos y evidentes para el conocimiento humano en forma que proceda la deducción, o, contrariamente, el fin que —de modo primordial— se persigue con esta ciencia es la determinación de los principios permanentes que presiden toda la trama de la fenomenología colectiva? He aquí el significado no muy complejo de este importante problema.



XXIII

Aplicaciones del análisis

Bien delineados ya la materia y el objeto propios de la Sociología, esforzándose por hallar relaciones de causalidad y por descubrir leyes, y, si los procesos deductivos sólo revisiten consistencia y valor científicos al tenor de una previa comprobación de los principios que supone, es procedente y lógico concebir, por lo tanto, que en el actual momento de esta ciencia, sólo la inducción puede y debe dar de sí los materiales y la ruta necesarios para su fundamental modelación.

La confusión profunda y hasta la negación de la calidad científica de la Sociología

se han derivado precisamente de la concepción opuesta, o bien, de la incompleta y deficiente aplicación del método inductivo. Ora se ha creado teorías con el fin de explicar los fenómenos sociales acomodándolos a ellas, ora por investigaciones de carácter histórico y procedimientos analógicos se ha llegado a la construcción de hipótesis sin pensar en la necesidad ineludible de su comprobación, ora, en fin, se buscó el apoyo en principios aún no definitivos de las ciencias anteriores a la Sociología, en el afán de establecer urgentes conclusiones. Y de esta suerte hubo de surgir todo el cúmulo de orientaciones y teorías que desvió el rumbo de la ciencia y, apartándose de los esenciales dictados del método propicio, desdeñó también las reglas establecidas para su fructífera y adecuada aplicación.

Un problema se involucraba, sin duda, a propósito de esta aplicación. Cabía considerar, evidentemente, los límites y las posibilidades con que el procedimiento analítico era dable emplear en la investigación de los diversos hechos sociales.

Los procesos de observación y comparación, en sus distintos momentos y formas, hasta llegar al instante de la hipótesis, asomaban enteramente viables en los estudios sociales, con la sola condición de que el sociólogo deba ceñirse con especial estrictez, dada la comple-

alidad de los asuntos, a las normas establecidas para asegurar la investigación y garantizar el éxito deseado con tales procedimientos.

Pero las dificultades hubieron de ponerse de relieve cuando se trató de adaptar los sistemas de experimentación que en las ciencias físicas y naturales determinaron un decisivo y vigoroso impulso.

En tal trance, los investigadores de la Sociología prefirieron detenerse en el plano de las hipótesis, que, aunque no comprobadas ni demostradas en forma alguna, se les quiso revestir de la categoría de postulados estrictamente científicos. Y en esta actividad se utilizó toda la energía que pudo haberse desarrollado precisamente para buscar el perfeccionamiento de los procedimientos más idóneos y aún para alcanzar el indispensable progreso y pleno dominio de los principios que rigen así el campo de la Biología, como el que se relaciona con los fenómenos de la conciencia.



Formas de procedimiento

Las modalidades peculiares de la vida de la sociedad ofrecen nuevas y diferentes condiciones con relación a las posibilidades en que puede ser aplicado el procedimiento del análisis. Estos aspectos que, desde luego, implican complejidades más profundas, permiten también, por otra parte, el empleo de otros modos de apreciación de los hechos, propios de este género de estudios.

La observación, en estas circunstancias, reviste en Sociología, caracteres y formas de positiva trascendencia, ya que, de sus ensayos, severamente realizados, dependerá siem-

pre el éxito final de cualquier proceso de investigaciones.

Siendo en general un aspecto de carácter esencialmente técnico, cabe que se enuncie globalmente las diversas rutas propugnadas, con la ineludible advertencia de que su marcha ha de llevar condiciones de las mayores exactitud y precisión que sean posibles.

Dos calidades se han establecido, desde el punto de vista más amplio, para distinguir la observación: la forma directa y la indirecta. Esta última se contrae al examen de los acontecimientos pasados a través de relación escrita, crónicas, fuentes descriptivas diversas, documentos, monumentos, etc. Es el denominado Método histórico, cuya importancia indudable ha sido debidamente marcada.

Las formas de la observación directa se resuelven en procedimientos más activos e inmediatos por parte del investigador. Es posible de esta suerte poner en juego todos los medios de percepción de que dispone la mente, con el objeto de alcanzar la captación neta y completa de una realidad o un fenómeno en sus realidades esenciales y en sus últimos contornos.

En modos diversos se puede ensayar este procedimiento, ya mediante la descripción objetiva, total y minuciosa de determinado aspecto, mediante la monografía, ya sistema-

tizándola en consonancia con las modalidades propias de la investigación para redondearla integralmente, valiéndose de cuestionarios adecuados, ya también buscando la mayor amplitud posible de datos, informes y observaciones parciales del caso propuesto, fomentando una colaboración colectiva en virtud de sistemas de **encuesta**.

Pero la forma que, teniendo originariamente un carácter de observación, llega a alcanzar eficiencia y valor incalculable, es la Estadística. Aplicada y utilizada con prolijidad, sistema y sana crítica, puede dar de sí alcances definitivos en el conocimiento de la realidad social. El procedimiento estadístico impone momentos diversos de elaboración y aún de discrimen sustancial. De la recolección y selección de los datos, de su metódico ordenamiento y de su distribución en un sistema de relaciones y congruencias concatenadas al compás de directas expresiones de la realidad, puede derivar la Sociología construcciones lógicas, de significado ciertamente objetivo y permanente. Y los grados mayores que comporta el procedimiento de análisis llegan a alcanzar más positivas líneas de certidumbre mientras más subordinados se hallen a las confrontaciones de la Estadística.

El proceso que eslabona y asimila órdenes fenoménicos, luego de observados, al te-

nor de sus semejanzas y sus diferencias, a fin de situarse en los linderos de sus relaciones de causalidad, está constituido por la comparación. Una aplicación detenida y parsimoniosa de este procedimiento puede permitir asegurar conclusiones de carácter general. Y serán más firmes estos resultados si son las bases numéricas de la estadística, los elementos que los han informado.

La elaboración de la hipótesis se produce partiendo de observaciones y comparaciones relacionadas de modo sistemático. En este proceso actúa con fuerza decisiva el vuelo intuitivo y creador de los investigadores. Y también la consistencia de la hipótesis se hallará en razón directa de la precisión de los datos que la documentación estadística le haya de proporcionar. Las hipótesis alcanzan la categoría de principios constantes, a virtud de su verificación por medio de la experiencia.

FUNDADA EN 1951
QUITO

Los aspectos de la experimentación

La experimentación, con todo el significado y el alcance que imponen los cánones del método inductivo, como una forma de reproducir artificialmente el fenómeno a voluntad del investigador con el fin de establecer una comprobación plena de hipótesis planteadas, no es, evidentemente, aplicable en Sociología, dentro de las actuales condiciones de la Ciencia.

Estaría conquistado un ingente acopio de saber, en tan ardua disciplina, si el desarrollo de las ciencias y de la técnica integral hubiese ya permitido provocar en forma directa los fenómenos sociales hasta penetrar en el fondo último de sus leyes y llegar a enrumbarlos con espíritu de altas previsiones.

No han faltado tratadistas que han planteado la posibilidad del empleo, hasta cierto punto, de este procedimiento en los fenómenos sociales. Pero antes de haber aislado y dominado toda la compleja trama de resortes que operan en este orden fenomenológico, imposible asoma entrar en absoluta posesión de un completo sistema de causalidad a cuya virtud fuese dable suscitar y dirigir la producción de un hecho social. Aquellos resortes, que, en último término y en su mayor volumen, llevan un contenido biológico y psicológico, esperan todavía un intenso esfuerzo de la inteligencia para ser alcanzados en su entera plenitud.

Cabe, pues, de esta suerte, afirmar que, por ahora, la experimentación, en los planos de la actividad social, puede reducirse únicamente a formas indirectas. Y también en estas formas el auxilio de la documentación estadística imprimirá una trascendencia decisiva.

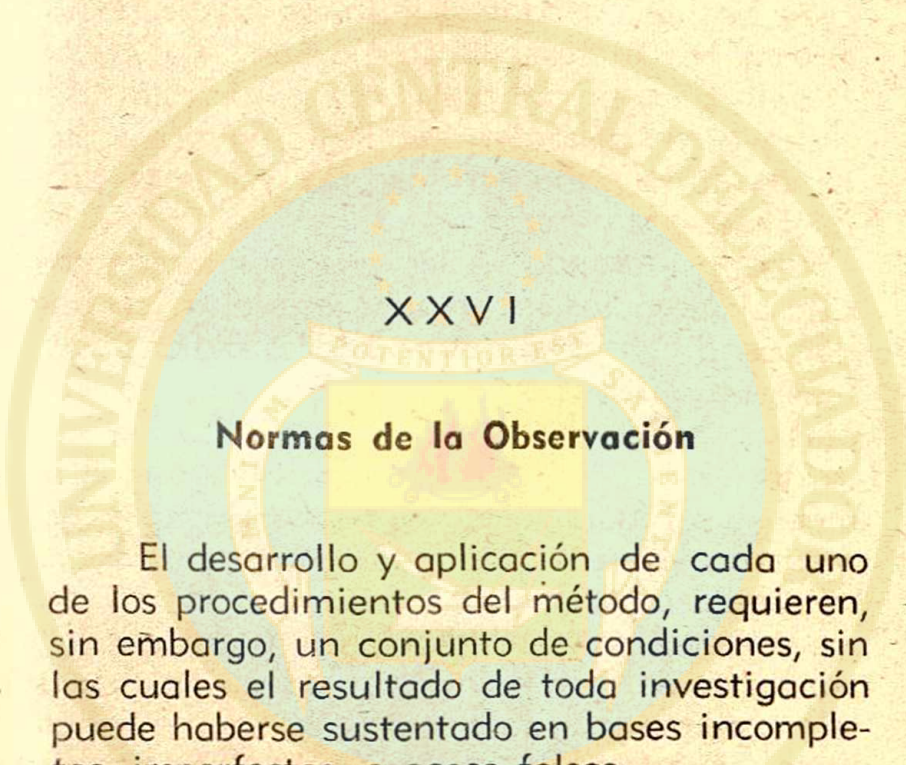
La modalidad más importante de experimentación indirecta que se ha enunciado se refiere al estudio que procede de una sociedad en un proceso de convulsión revolucionaria y sus manifestaciones y reacciones al compás del influjo de los factores y elementos diversos que intervienen directa e indirectamente en aquél.

No menor interés reviste para el investigador el ensayo que se realiza al expedir una ley que comporta transformaciones sea en la estructura, sea en las líneas de convivencia de un grupo humano. En igual orden se halla el resultado que permite analizar el conjunto de derivaciones emanadas de la acción de la guerra, de trastornos sociales de índole económica y finalmente del establecimiento de sistemas coloniales.

El llamado método analógico, como base de investigación en materias sociales, no puede llevar, en verdad, otro alcance que el de una mera aplicación comparativa o acaso didáctica, no obstante entrañar en esta última el grave peligro de sugerir confusiones o extravíos de concepto.

Los caracteres esenciales que se ha atribuido al método genético, están virtualmente involucrados en las operaciones enunciadas y de modo especial en la investigación histórica.

Y frente a otro procedimiento que se ha denominado método finalista, bien se puede considerarlo por entero extraño a la ciencia, toda vez que el fundamento típicamente abstracto de la totalidad de sus construcciones, pertenecen exclusivamente al campo de la Filosofía.



XXVI

Normas de la Observación

El desarrollo y aplicación de cada uno de los procedimientos del método, requieren, sin embargo, un conjunto de condiciones, sin las cuales el resultado de toda investigación puede haberse sustentado en bases incompletas, imperfectas, o acaso falsas.

La regla primordial proclamada por Durkheim en torno a la necesidad de dar entera objetividad al método evitando sistemáticamente todo cuanto constituya interferencia del individuo en sus aspectos conceptual, volitivo o afectivo, representa, sin duda, la orientación más firme para dotar al esfuerzo analítico de la solidez indispensable.

Necesita el investigador penetrar en el campo de sus estudios despojándose radicalmente de cuanto constituya juicio preconcebido acerca de cualesquiera de los hechos o fenómenos materia de su examen, ya sea en cuanto a su propia naturaleza, ya a sus detalles o modalidades, ya en torno a sus orígenes o a los fundamentos primeros de su producción.

Considerando ya los procesos inherentes a la observación, se impone que el investigador deba ceñirse a determinados marcos, por más que reúna en sí condiciones mentales propias de madurez científica, de penetración acaso clarividente. Ello constituirá un elemento sustancial, pero no puede excluir en manera alguna la posibilidad de que aquellos mismos arranques de previsión o de prematuros conceptos y orientaciones determinados por cualquier estímulo psicológico, vayan a interponerse en la realización del examen analítico, apartándolo de los linderos racionalmente establecidos con el fin de dar seguro respaldo a una firme construcción.

En cualesquiera de los aspectos de la observación sociológica será menester no distraer la mente, por ningún resorte, del objetivo concreto y preciso cuya esencia y relieves se propone conocer, debe mantener vigilante un sentido selectivo a fin de poder escoger y

distinguir con sagacidad aquellos órdenes de hechos y detalles que representan positivos valores de relación respecto del sistema examinado; necesita repetir sus procedimientos mediante todas las formas a su alcance y persistir en cada una de sus modalidades hasta hallarse en posibilidad de disponer de todos los elementos de juicio necesarios para la completa captación de la realidad observada; es menester que se ajuste a un plan de escrupulosa ordenación, en forma de obtener una apreciación concienzuda e integral de manifestaciones así esenciales como accidentales; y requiere, finalmente, en la confrontación de sus materiales, aislar de sí toda prenoción que haya de inducirle a conferir a priori preferencia o preponderancia a determinado aspecto parcial de los hechos estudiados.

En la comparación de los diferentes casos debe igualmente mantenerse cada una de las condiciones recomendadas respecto a la observación, dando, sin embargo, primordial cuidado a aquel espíritu de sagacidad e imparcialidad permanentes. Y desde luego, toda agrupación por analogías, no podrá realizarse sino en virtud de observaciones suficientes, continuadas e invariablemente ceñidas a aquellos marcos establecidos para garantizar su objetividad y justeza.



Condiciones de la Hipótesis

Por fin, la construcción de una hipótesis en materia sociológica, debe hallarse condicionada primordialmente, en observaciones y comparaciones realizadas de conformidad con el más severo rigor metodológico. De ello depende, en esencia, la consistencia atribuible a una hipótesis y en esa base se apoyan las normas de su elaboración que son fundamentalmente las propias que han impuesto los preceptos generales de la Lógica.

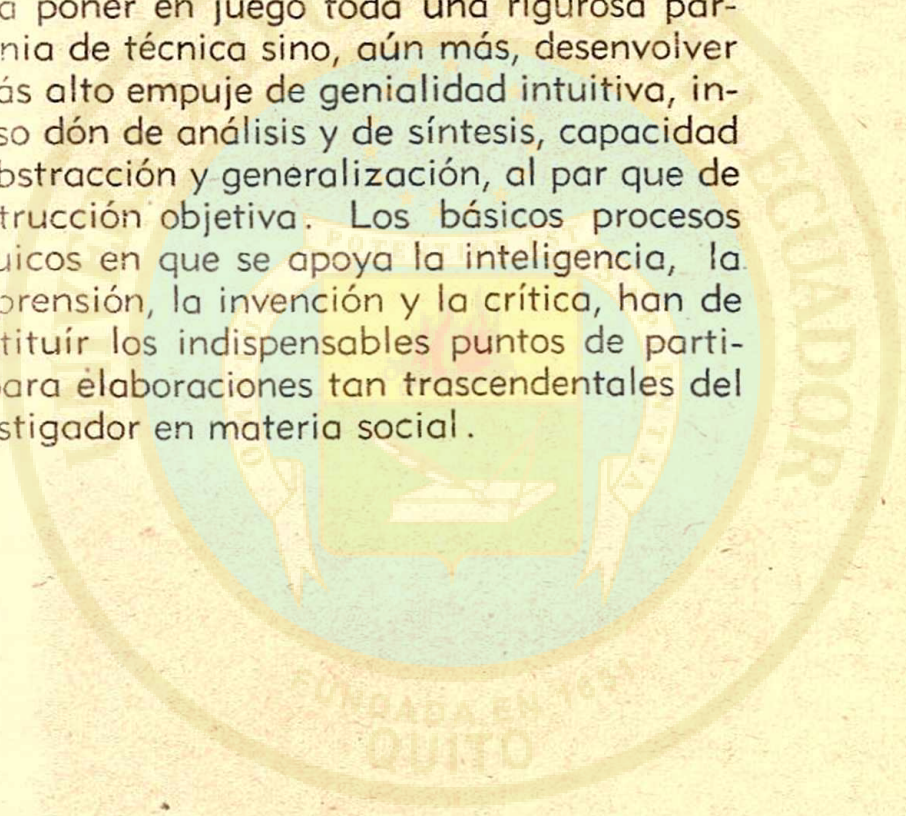
La hipótesis, pues, ante todo, debe partir de hechos, ceñirse a un marco inequívoco de realidades. Toda interpretación provisio-

nal de determinado orden de fenómenos sociales —verificable, de todas suertes, por la comprobación— que no se apoye en un sistema de hechos concretos debidamente aprehendidos por la observación, carece por entero de todo significado analítico y sus posibilidades no le asignan ninguna expectativa de categoría científica.

Consecuentemente, la hipótesis no debe hallarse en contradicción con ninguno de los hechos observados en consonancia con la materia o materias que conciernen a su elaboración. Aquí radica el contenido sustancial de este aspecto del procedimiento de análisis, ya que, aunque la observación de un hecho, en sus repetidas manifestaciones, haya sido todo lo completa y adecuada que sea dable exigir, ningún valor podrá alcanzar ésta frente al proceso general de la construcción, si la hipótesis correspondiente no ha llegado a guardar estricta congruencia con todas y cada una de las manifestaciones fenoménicas pertinentes. Es preciso que una hipótesis se sustente en una total armonía de relaciones de modo tal que el sistema lleve en sí un rol completo de probabilidades en la determinación de las causas y la explicación última de los hechos propuestos. Por esto, cualquier explicación provisional debe incluir en los marcos de su sistema la totalidad de los hechos confronta-

dos cuya interpretación se propone establecer.

La creación de la hipótesis es, en suma, una de las tareas más árduas y más complejas del investigador ya que no únicamente necesita poner en juego toda una rigurosa parsimonia de técnica sino, aún más, desenvolver el más alto empuje de genialidad intuitiva, inmenso dón de análisis y de síntesis, capacidad de abstracción y generalización, al par que de construcción objetiva. Los básicos procesos psíquicos en que se apoya la inteligencia, la comprensión, la invención y la crítica, han de constituir los indispensables puntos de partida para elaboraciones tan trascendentales del investigador en materia social.





XXVIII

Proyección de la forma inductiva

Los procedimientos de investigación de la realidad social, por lo mismo que han de partir de una completa confrontación de todos los elementos que sustentan y condicionan las diversas formas y modalidades de la existencia humana, así como sus características y coeficientes que, en definitiva, devienen una expresión de aquéllas, necesitan situarse fundamentalmente en la contemplación objetiva de toda esa suma de factores y circunstancias.

En tal sentido, el método preconizado por Max Weber, en virtud del cual la comprensión y consiguiente explicación del hecho so-

cial ha de hacerse tomando como base de referencia un tipo ideal, reviste indudable utilidad en cuanto precisa el examen analítico de manifestaciones concretas del vivir colectivo pero limita, tal vez, su alcance, al detenerse en moldes que difícilmente pueden por sí solos dar la clave de un sistema de causalidades tan vasto y complejo. Se trata, según esta orientación, de interpretar las manifestaciones sociales a través de lineamientos típicos y regulares de cada una de ellas, lineamientos que configuran los moldes de un patrón ya establecido, o sea el tipo ideal. Tal punto de partida no está, evidentemente, en posibilidad de dar cabida a una visión conjunta de factores y procesos totales de lo social. Su importancia reside más bien en el criterio general que inspira la investigación en sí, vale decir, en la disposición de captar en cada acontecimiento social toda una trama de raíces y factores, volumen e intensidad variables. Los hechos humanos están en función de fuerzas múltiples que hay que apreciar en todo su valor operatorio. De allí que la importancia del método de Weber estriba en el concepto de **"la variable"** y de **"la función"** en que constantemente ha de encontrarse radicado el movimiento y devenir social.

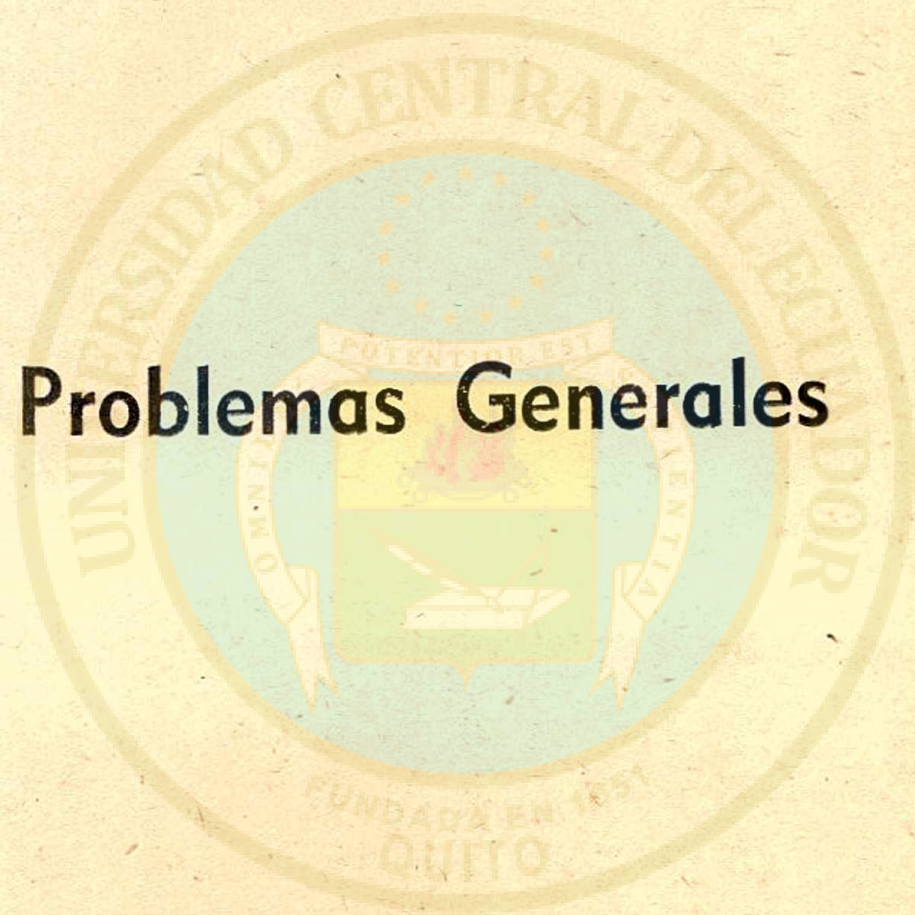
Siendo las sociedades, en sus virtualidades y en sus fenómenos, la resultante vital

espiritual del barro que las sustenta y, en general, de la realidad ambiental que las circunda, hay que examinar toda la variedad de sus procesos a través de una completa valorización de raíces y de nexos, sin perder de vista que cada esquematización de órdenes de causalidad, ha de hacerse señalando relaciones concomitantes, así desde toda la escala de factores que operan en lo social, como en el significado de la interdependencia de los propios fenómenos sociales. Dentro de esta pauta reviste un papel de eficacia incuestionable el sistema preconizado por Stuart Mill, denominado de las variaciones concomitantes.

Y de todas suertes, dentro de las varias aplicaciones inherentes a cada uno de los procedimientos enunciados y aún tomando en consideración el ensayo de las formas experimentales indirectas, menester será que prevalezca un espíritu permanentemente ceñido a cuantas condiciones se han establecido como indispensables en la marcha general de la investigación, a fin de que el proceso inductivo pueda ser integrado a base de normas escrupulosas de probidad científica.



Problemas Generales



XXIX

Relaciones de la Sociología

Dentro de las aspiraciones de la Sociología se halla la de llenar la necesidad imperativa de perseguir el perfeccionamiento creciente de la técnica metodológica, la adaptación más propicia y viable de los procesos inductivos a la realidad social.

Y la Sociología, de conformidad con las circunstancias y antecedentes examinados, se halla, de esta suerte, en su ciclo de formación y su marcha y desenvolvimiento están ajustados a un régimen analítico.

En consonancia con esta posición cabe comprender el alcance y el significado actua-

les de esta ciencia. Ella alimenta sus raíces en hechos, en realidades conocidas, ya en el plano de las conclusiones científicas que le deberán prestar las disciplinas anteriores, ya en el de aprehensión neta de aquellas propias realidades de la sociedad desde las cuales habrá de remontarse al conocimiento de las causas y a la determinación de los principios.

Es, pues, posible fijar, desde este punto de partida, la inequívoca categoría y el contenido taxativo que atañen a la Ciencia que investiga los fenómenos sociales, frente a otras disciplinas que, en un aspecto u otro, enfocan también el objetivo de sus estudios en aspectos y formas del vivir social.

De modo previo, las esferas de relación con otros órdenes científicos surgen claramente de la interdependencia y concatenación íntima, en incontables faces, de todas las realidades del Universo. Y las expresiones vitales de la asociación humana, que comprenden y resumen, de uno u otro modo, la totalidad de influjos de la Naturaleza, habrán de guardar, invariablemente, relaciones mediatas e inmediatas con todas aquellas categorías del conocimiento que tienen por misión confrontar y explicar dichos aspectos.

La realidad del Cosmos, desde la acción solar, intensa y variada, hasta las infinitas manifestaciones de carácter físico vinculadas

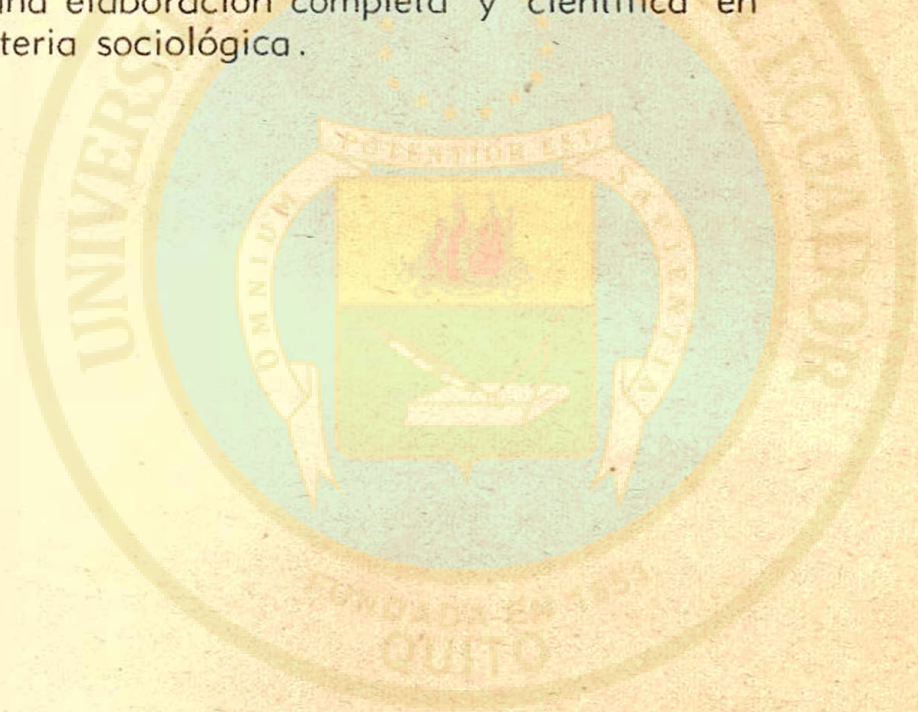
a las condiciones peculiares de cada parte del globo terrestre, lleva de modo inexorable la influencia de sus virtualidades profundas a diversos aspectos de la existencia humana. Son las bases primeras de sustentación y mantenimiento de la vida y de ellas han de partir inicialmente, en resortes de necesidad o de condicionalidad, todas las modalidades y matices que la constituyen, así la más elemental función de los protoplasmas, como las expresiones de la actividad de la conciencia humana. El escenario básico, el ineludible teatro de las raíces fundamentales de la existencia humana y sus disponibilidades y posibilidades están implicados en el dominio de la Cosmología y la Geografía, cuya conexión con la ciencia de las sociedades asoma, pues, firmemente ajustada a obvios principios de causalidad.

De análoga manera, el alcance de la Biología frente a las realidades que confronta la ciencia de las sociedades representa un valor neto e inequívoco. Las fuerzas que determinan las expresiones de la vida, las leyes de los organismos, el poder de todos los influjos vitales, están obrando sin cesar, con acción decisiva, ya en el funcionalismo psíquico de los individuos humanos, ya en la propia realidad orgánica de agregados y de grupos, marcando índices de capacidad ge-

neral, de evolución o de regresión al compás de una variedad de factores que representan normalidad biológica o condiciones patológicas y degenerativas de una sociedad. Y, así, a través de las realidades demográficas, de formas de composición étnica y de sus condiciones higiénicas, de la fisiología hereditaria y de poderes de adaptación, la Biología presta su contingente científico de esencial significado a las conclusiones de la Sociología.

El orden de fenómenos que concierne al estudio e investigaciones de la Psicología surge, por sí solo, a la simple apreciación, con su rol más directo de relaciones respecto de aquellos hechos que se refieren a la actividad de los hombres en sociedad. Desde las formas de simple conexión, el hecho intersíquico que ha llamado Tarde, hasta los modos más complejos de contacto social, en esferas más extensas e intensas que se traducen en reacciones de matices múltiples y en general en fenómenos sociales, las virtualidades de lo psíquico actúan permanentemente en ellos adquiriendo modalidades cada vez más complejas y transformándose a virtud de los nuevos elementos que emanan de la acción combinada de la colectividad. El índice mental de un pueblo, sus disposiciones afectivas predominantes, las tendencias capitales de su conducta y la marcha general de

sus inclinaciones concienciales, confieren calidades específicas a las realidades y a los fenómenos propios de cada sociedad. De allí que el dominio pleno que los principios que rigen la vida del espíritu, debe concebirse como el antecedente indispensable para llegar a una elaboración completa y científica en materia sociológica.





XXX

Linderos de la Sociología

Menester es que se evite toda confusión respecto de las relaciones anotadas con aquellas interpretaciones que ya hemos enunciado en virtud de las cuales se pretende incorporar las manifestaciones del vivir colectivo dentro de los principios que han trazado otras disciplinas. La explicación unilateral de los fenómenos sociales por leyes de contenido biológico, mecánico o psicológico, se halla por entero desligada del enlace positivo y lógico que acaba de ser examinado y que tiene su fundamento en reales y necesarias subordinaciones de causalidad.

La Sociología, pues, al tenor de estos elementos de su constitución, se perfila, sin duda, bien clara y tangible en su posición, en sus objetivos y en sus bases.

Y apoyándose en las consideraciones examinadas, es posible ya, localizar de modo más preciso la línea de separación con que debe distinguirse la esfera que corresponde a la Sociología de aquellas que atañen a otras disciplinas con las cuales más de una vez se ha tratado, si no de identificarla, por lo menos de vincularla con nexos de íntima afinidad.

Este indispensable deslinde permitirá fijar de modo más claro y distinto los caracteres propios que incumben a la ciencia de las sociedades humanas.

Muy lejos del plano de la Sociología, la Antropología se contrae al examen de los atributos característicos de la especie humana sin adentrarse mayormente en las realidades trascendentales de la vida del hombre. Es un estudio descriptivo de las manifestaciones físicas en forma parecida a la que la Zoología considera las inferiores especies. Su papel de esta suerte, representa, antes bien, un valor informativo de especial importancia en la Sociología para cuantas confrontaciones haya menester para la calificación de los diver-

sos factores, especialmente biológicos y genéticos, del proceso social.

Una situación parecida, si bien con una categoría de más acentuadas virtualidades se presenta en el rol que la moderna concepción científica va atribuyendo al análisis de las razas. Asociada la Etnología a las investigaciones que parten de las calidades biológicas, de la acción ingente con que las fuerzas telúricas obran en la totalidad de las realidades humanas, de las composiciones orgánicas derivadas del mestizaje, de los influjos sociales de adaptación y transformación, es pues, posible ir elaborando una posición más exacta y científica de las especificaciones raciales, de la cual habrá de aprovechar eficaz y positivamente la Sociología.

El conocimiento de los hechos y vicisitudes acaecidos a lo largo de la existencia de la Humanidad, su significado y su discrimen, inherentes al objeto propio de la Historia, asoman, desde el primer instante, bien diversos en su contenido de la tarea mucho más profunda y más compleja impuesta a la Sociología. Mientras ésta se adentra en la íntima y última esencia de las realidades humanas y colectivas, empeñada, específicamente en desentrañar sus leyes permanentes, la Historia apenas se detiene a la investigación relativa a los acontecimientos del pasado. La His-

toria, según certera interpretación del Profesor José Rafael Mendoza, ordena los hechos sociales, poniéndolos en sucesión; la Sociología los yuxtapone; aquella los ordena en el tiempo; ésta en el espacio (*). Por esto, el aporte de la Historia constituye un elemento esencial, un material indispensable de información para las construcciones científicas encomendadas a la ciencia que debe abarcar toda la amplitud de la vida social y sus manifestaciones.

Al considerar la posición de la Filosofía de la Historia, el marco de separación surge más claro y más obvio si se ha llegado a penetrar íntimamente en la naturaleza verdadera de la disciplina estudiada. Y en tanto que la una, la Filosofía de la Historia, por su propia esencia, totaliza y sintetiza, desde lo alto de sus principios preestablecidos, el panorama de hechos históricos mediante procesos de abstracción y deducción, la Sociología, despojada por entero de todo carácter metafísico, aspira fundamentalmente a conquistar el dominio de las leyes sociales basándose en severos planos de investigación científica, y por ende, en procedimientos analíticos. La

(*) Manual de Sociología.—Editorial Esfera.—Caracas.

Sociología se construye luego de sondear e internarse en las raíces profundas de las realidades humanas y sociales; la Filosofía de la Historia, al elaborar sus sistemas interpretativos del pasado, las supone. Esta, pues, interpreta los hechos históricos; aquella investiga toda la esencia y las condiciones de la vida social en busca de sus leyes.

Frente a las Ciencias sociales, más propio que establecer una delimitación, será del caso puntualizar una determinación conceptual. Estas disciplinas particulares, como las ha calificado Squillace, constituyen verdaderas ramas de la Ciencia Social General o Sociología, que centraliza y abarca todos los órdenes fenomenológicos de la sociedad, comprendiéndolos en sus principios comunes y generales y en los aspectos básicos de su confrontación. Estas ciencias parciales, al estudiar capítulos limitados de la realidad social, se hallan subordinadas al ámbito de la ciencia que las comprende.

XXXX I

Los cimientos de lo Social

Se han ido, pues, delineando los contornos precisos y propios que permiten una final determinación de las materias que entrañan el estudio de la Sociología. Nos hallamos frente a un orden de investigaciones cuyo objetivo, bien caracterizado y circunscrito, ofrece, sin embargo, una extraordinaria complejidad en cuanto a matices, factores y reacciones, de contenido múltiple y vario, que actúan en su propia existencia y en su evolución.

Generalizando el enunciado que ya se ha establecido, la Sociología dirige sus es-

fuerzos al conocimiento esencial de la sociedad humana. Será un estudio de la sociedad en toda la plenitud de sus realidades, esto es, en su génesis y en sus virtualidades, en su composición y en sus resortes, en sus manifestaciones, en sus últimas modalidades, y, al fin, en sus necesidades. Allí arrancará el definitivo enunciado de leyes constantes, de principios inherentes a cada realidad específica, de sistemas de previsión y normas adecuadas a una existencia y a una convivencia, en estricta armonía con todos los imperativos de la naturaleza.

Constituyendo una categoría de realidades más alta, más vasta, más profunda, de cuantas puede confrontar el pensamiento, sus órdenes de investigación se desenvuelven apoyándose en todo el amplio bagaje de conocimientos relativos a las realidades de la naturaleza y de la vida que la sociedad supone y comprende. En torno a la existencia del hombre confluyen cauces de condicionalidad que conciernen, sin duda alguna, a todas las esferas del dominio científico, desde las fórmulas que encierran simples acciones mecánicas de las funciones de la vida, hasta los más intrincados motivos de las reacciones concieniales; desde las fuerzas cósmicas y telúricas que se insinúan inexorablemente a través de la estructura orgánica, hasta los in-

flujos que las transformaciones químicas determinan en las fundamentales actividades fisiológicas del individuo.

En el estudio de los conglomerados humanos, de sus formas de asociación, sus reacciones, sus potencialidades generales y sus expresiones, entrará el examen de las propias condiciones de la naturaleza del hombre y el equipo de sus disponibilidades ambientales, las que necesariamente habrán de comprender los primeros elementos de información.

La Sociología, pues, abarca el análisis de la totalidad de circunstancias inherentes a la existencia de la sociedad humana. Sociedad, en sí, ya se encuentra, ciertamente, en incontables escalas del vivir zoológico; pero este plano, ajeno, en rigor científico, al objeto esencial de nuestra ciencia, encarna una importancia circunstancial en razón, únicamente, de su significado como faz rudimentaria de una tendencia o de un instinto.



XXXII

La faz estática de la Sociedad

Una sociedad humana estará constituida por una agrupación de individuos que responde, en su conformación constitucional y temperamental a las formas de la energía con que directa e indirectamente actúa, así la base física como la suma de acciones y reacciones psíquicas y sociales en que se desarrolla dicho agregado. Esta combinación de influencias asigna, de esta suerte, al grupo social, un tono general de uniformidad respecto de sus disponibilidades humanas. De este concepto parte la necesidad de que las sociedades sean estudiadas ateniéndose a un

criterio de objetividad frente a sus caracteres específicos.

Cada sociedad humana impone primordialmente una investigación en torno a sus factores y calidades peculiares. Es la consideración fundamental de los valores que lleva en sí, su contenido integral como resultante y como potencia.

El examen de los diversos elementos que concurren en la existencia de una sociedad abarca la especificación circunstanciada y debidamente valorizada de cada orden de factores que proceden de fuerzas cosmológicas, geográficas, biológicas, psíquicas y propiamente sociales. Constituyen estos últimos, verdaderos planos de sustentación que, además de obrar entre sí en una escala sucesiva de condicionalidad, también gravitan con acción inmediata en el modelado humano, como fuerzas de trascendencia total.

El conocimiento de dichos influjos, de diverso grado e intensidad en cada caso, habrá de conducir a establecer con la ayuda de métodos perfeccionados, todo el conjunto de condiciones de una colectividad en cuanto se refieren a los primeros vínculos genéticos, a los índices de los diversos aspectos de su desarrollo, ya como marcha evolutiva, ya como circunstancias de regresión, y, en fin, a los elementos de cohesión y de disgregación que

han llegado a acusar características permanentes.

Y será menester, consecuentemente, alcanzar la concreta apreciación que marque un promedio de posibilidades integrales del propio grupo, ajustándose a las revelaciones contenidas en su potencia adaptativa, su capacidad energética y el alcance de sus reservas bio-psíquicas y sociales.

Estos sustanciales aspectos de información científica que, en términos generales, constituyen lo que podría resolverse en la faz estática de la Sociología, habrán de representar el acopio cierto de materiales y conclusiones sobre los cuales deberá levantarse el cuerpo de fuerzas correctivas, reparadoras y orientadoras que encarnen la verdadera acción constructiva de la Sociología.

FUNDADA EN 1851
QUITO

XXXIII

Los fenómenos sociales

La energía operante de una sociedad, la marcha múltiple, compleja y variada de las expresiones colectivas de la humanidad que se mueven en el espacio y en el tiempo con crecientes vibraciones, está constituida por lo que se ha denominado los fenómenos sociales.

Surgen éstos como resultantes inmediatos de la asociación humana, se manifiestan en modalidades diversas, adquieren extensión e intensidad progresivas en armonía con la evolución y el crecimiento de las sociedades y se entrelazan en profundos nexos de in-

fluencia recíproca y en ocasiones de dependencia.

Y aunque guardan entre sí aquellas estrechas conexiones y presentan, de modo constante o eventual, modalidades variadas y cambiantes, un criterio general de distinción ha permitido clasificarlos ateniéndose al contenido básico y constante que caracteriza e impulsa sus manifestaciones.

Se ha comprendido dentro del concepto de fenómenos económicos a las manifestaciones que se derivan de los apremios esenciales e inexorables tendientes a conservación y desenvolvimiento normales y plenos de los grupos. Este significado invariable, trascendental, de la existencia se ha proyectado a través de todas las formas, modos y aspiraciones de la evolución humana, suscitando transformaciones, modificando el ritmo de los otros fenómenos, creando, entre una lucha renovada, infinitos engranajes, y, prevaleciendo, al fin, por encima de todos los avatares, como un clamor perentorio y vital, ante el problema que en largos milenios, la humanidad no ha alcanzado a resolver en las líneas de lo tangible.

Hay otro orden de las manifestaciones sociales que parte también de realidades vinculadas a fundamentales funciones de la especie, y estos son los fenómenos genéticos.

Todas las expresiones humanas de tal índole, aún insinuadas por entre discretos resortes mentales o afectivos, llevan en sí los incoercibles impulsos de animalidad que las sustentan, y dirigen su objetivo a la perpetuación en nuevos elementos, de las unidades raciales. Como problema y como esencia, este rol de funciones o de hechos, viene mostrando, en el fondo, caracteres de permanencia, por encima de las conquistas que el hombre ha pretendido en su afán de llegar a una regulación estable y reflexiva. Y aparte de la probable pero relativa promiscuidad inicial, aquellas formas de uniones transitorias y vínculos poligámicos de los primitivos tiempos vuelven a ser virtualmente proclamados en un denominado nuevo orden social contemporáneo; la monogamia indisoluble del cristianismo empieza a resentirse seriamente ante los implacables choques del vivir social del presente al que la Humanidad ha desembocado en una marcha ciega; y el fenómeno, finalmente, torna a adquirir los caracteres de un problema incierto, agudo y peligroso.

Las condiciones de relación y medios de convivencia, las formas de integración y organización colectivas, dirigidas a consolidar los moldes de cohesión e integral regulación social de un agregado, representa el fenómeno político. Sus esferas se ensanchan y for-

talecen al tenor de imperativos económicos y ordenamientos jurídicos en cuyos contornos se habrán de afirmar los rasgos de la comunidad, desplazándola hacia amplios fines de perfectibilidad. Y siempre, fundamentales contrapesos de aquellos otros aspectos sociales, de preferencia los de contenido económico, están supeditando, en último término, la trayectoria y la evolución de esta forma de la existencia colectiva.

El plano circunstancial y contingente de las aspiraciones humanas a través de todos los ciclos de su desenvolvimiento y en consonancia con apreciaciones preponderantes de conducta, necesidades e intereses y con valores reconocidos en cada esfera de convivencia, se ha objetivado, por decirlo así, en ordenamientos de exigibilidad para traducirse en aquellas manifestaciones sociales que comportan el fenómeno jurídico. Todo este carácter formal, permanente de los sistemas normativos generadores de la vida del Derecho, han halládose, por lo tanto, rigiendo categorías de contenido diverso al compás de las modalidades surgidas eventualmente, si bien a veces por períodos de extensa duración, en la psiquis social. Aquí se advierte, una vez más, la interdependencia con que se eslabonan los fenómenos sociales.

Elaborándose dentro de linderos más estrechamente incorporados a la vida espiritual, han surgido, además, otras facetas de la realidad social. La contemplación emotiva del mundo a través de las inspiraciones de la mística, de la sensación aplastante de lo ultraterreno o del impulso admirativo y temeroso que estimularan las fuerzas desconocidas y ocultas del Universo, supò prender en la conciencia de los humanos aquel mundo de creencias, de normas y de prácticas que representan el fenómeno religioso.

Otro orden de expresiones de esta índole, las artísticas, nos muestra, por su parte, la vitalidad transformadora del sentimiento. Todas las formas y matices de esta realidad, el juego, las artes, la danza, arrancando siempre de raíces biológicas, traducen una energía espiritual que prevalece, en sus diversos grados, por encima de los imperativos primarios de la lucha por la vida. Y aunque el arte configura y da integral expresión al genio animador, emotivo e intuitivo del que lo crea, es también la resultante del ambiente social que lo alimenta y de los elementos múltiples que gravitan en su constitución.

El fenómeno científico responde, originariamente a necesidades profundas de la existencia social. Sus descubrimientos, inquietudes y conquistas, si bien emanadas de

las interrogaciones del espíritu, han ido creándose en urgentes apremios de la lucha por la vida, estimulando todo el esfuerzo social para la adaptación del hombre a la naturaleza. Y su obra, lentamente perfeccionada por la superposición de una tarea de siglos, entraña una típica expresión de las virtualidades sociales y un empeño definitivo hacia el equilibrio y el bienestar de los humanos.

Se ha insinuado además, en estos estudios, la mención del fenómeno guerrero. La acción de exterminio por la destrucción y la violencia, llevada a cabo preparada y deliberadamente entre sociedades y razas no representa, en verdad, una manifestación propia y normal de los atributos mentales de la humanidad. Pero la valoración de esta misma circunstancia impone a la Sociología su total esfuerzo frente a un orden fenoménico que implica la última abolición de las afirmaciones humanas.

FUNDADA EN 1651
QUITO

XXXIV

Los factores

Los impulsos energéticos que mueven la marcha de la existencia social con toda su compleja urdimbre de atributos, han sido interpretados y apreciados con criterios siempre diversos y en ocasiones contrapuestos.

A través de las orientaciones teóricas y de las tendencias enmarcadas en los linderos irreductibles de cada construcción, el motor de la evolución social ha sido presentado en relaciones de dependencia a menudo arbitrarias y casi siempre unilaterales o conformadas en una concepción parcial de los resortes de la vida colectiva.

Pensadores y tratadistas de abnegada consagración e ingenio vigoroso llegaron a trazar la línea permanente de las rutas sociales con sólo esfuerzos de su propia superación creadora. Pues la tarea de investigaciones inherentes al panorama total del cosmos, de la naturaleza y de la vida, que deberán prestar los indispensables basamentos a los estudios de la realidad del hombre en sociedad, aún continuaban en su proceso de modelación, como continúan en los tiempos actuales.

No obstante, por entre los sistemas científicos contemporáneos que alumbran el paisaje de las realidades circundantes, es posible perfilar por lo menos una contemplación de aquellas posibilidades, antes demasiado confusas y borrosas.

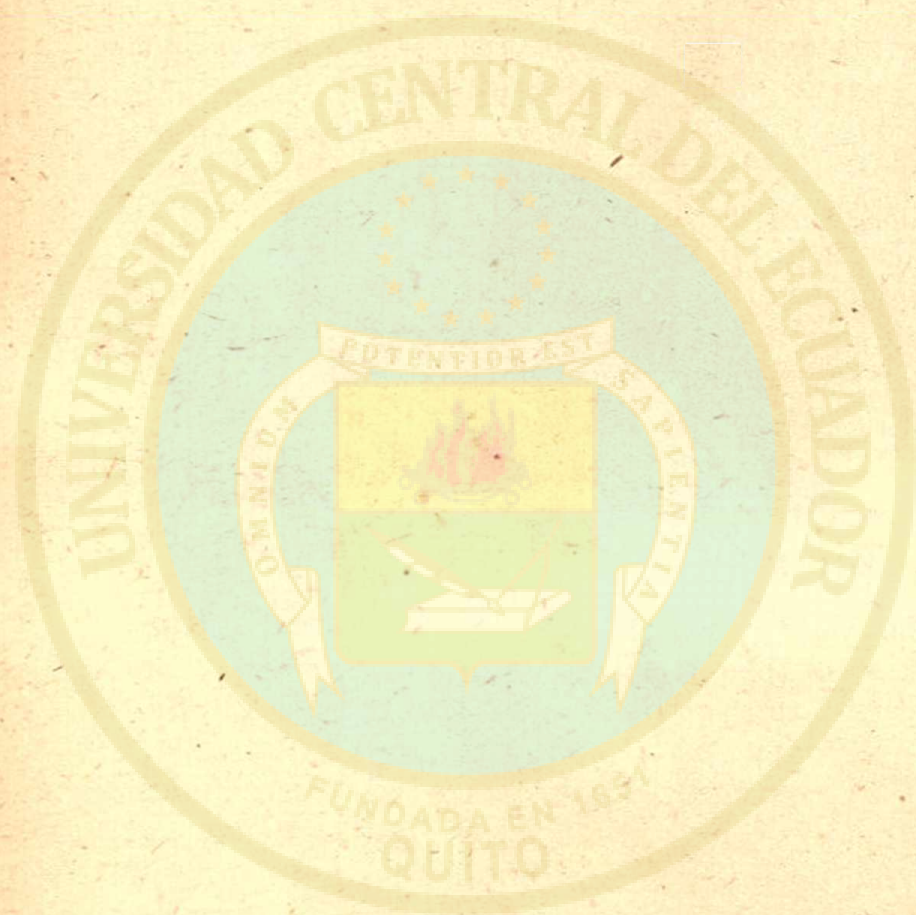
Ya no será pues, el significado excluyente que en el proceso de transformaciones sociales ejerzan las solas fuerzas de la raza o de la geografía, de formas y expresiones de la función psíquica o de particulares modalidades de la propia actividad social.

Los postulados de cada escuela y las hipótesis e insinuaciones propugnadas por múltiples tendencias van adquiriendo su configuración limitada y propia, acaso circunstancial, en el rol de encadenamientos de causalidad o de condicionalidades congruentes en el inmenso engranaje de expresiones de la ma-

teria y la energía que culminan en la realidad ingente de la existencia humana.

La vida y las modalidades de una sociedad, a través del elemento hombre, arrancan de gravitaciones incontables y profundas que tienen su fuente primordial en las fuerzas físicas y en el mundo de lo inanimado. Concurren en la existencia humana desde las composiciones químicas que la nutren, hasta vitales influjos de las vibraciones solares. Ella descansa en condiciones orgánicas fundamentales y en sus poderes de acción que sustentan trascendentales funciones de la vida. Allí se crea y se desplaza en infinitas formas la actividad de la conciencia, así en expresiones primordiales de contenido instintivo como en arranques supremos de vuelo mental o creaciones de belleza. Y los fenómenos de la relación interhumana y la naturaleza intrínseca del grupo, se crean, se conforman y se transforman por la acción compleja, múltiple y constante de toda aquella suma de fuerzas.

La realidad social y sus manifestaciones se determinan y condicionan, por lo mismo, a virtud del influjo concomitante de la totalidad de aquellos factores. Y éstos, al constituir la integración más alta y definitiva de la vida, aportarán sus virtualidades en grado y manera diversos, en armonía con las circunstancias en que se desenvuelva cada sociedad.



Los Elementos de la Realidad Social



XXXXV

La acción solar

Conviene y es posible puntualizar, aunque sea en forma enunciativa, demasiado genérica, la acción de los influjos que corresponden a un mundo de realidades de grado inferior al de la existencia social. Sin embargo, sólo el progreso y el consiguiente perfeccionamiento de las respectivas ciencias podrán fijar, en modo concluyente y preciso, todo el valor y el alcance con que esos elementos ejercen su influencia en la vida de las sociedades.

La acción de los factores físicos parte de las fuerzas emanadas de la actividad solar co-

mo de las condiciones dependientes de la geografía; actúa de manera directa en las esferas de lo humano o se insinúa a través de los múltiples elementos que van condicionando y conformando la última constitución de ellas.

En grados de temperatura y en intensidad de radiación y de luminosidad se manifiestan los influjos del sol en los términos habitables del planeta.

Obra la temperatura en la propia realidad del individuo, en sus condiciones orgánicas y en sus posibilidades fisiológicas y espirituales, y obra, además, en más extenso plano, prestando un tono primordial a las calidades climáticas generales, igualmente que por entre todos los ámbitos de sustentación biológica. La vibración solar, la radiación ultravioleta, en sus diversos grados, determinan, directamente, según estudios últimos, trascendentales modalidades dentro del funcionalismo glandular y especialmente endocrínico; el bombardeo de electrones secundarios del sol, al resolverse en la producción de rayos cósmicos, llevan su poder impulsor y regulador hasta la actividad de las células vivas, con efectos, evidentemente de mayor significado, en los sutiles tejidos nerviosos, en consonancia con los momentos y formas de más intensa actividad;* y las modernas investigaciones, en fin, en torno a las

influencias que la luminosidad mayor o menor, ejerce en el hombre, van revelando que ellas imprimen, ciertamente, transformaciones y alteraciones muy apreciables en los estímulos y en la marcha de vitales funciones humanas, en los procesos de la sensibilidad, en las complejas reacciones del sistema nervioso, y, consecuentemente, en órdenes más elevados de la actividad mental, afectiva y volitiva.

Cada uno de estos aspectos opera en análogas condiciones, y con más vastas virtualidades sobre aquellas categorías de la múltiple realidad que se va subordinando al vivir y al desenvolvimiento de los humanos. La radiación solar, además de hallarse vinculada a muchos órdenes de la actividad meteorológica que, a su vez, determina una variedad de consecuencias en la conformación geográfica, está presidiendo fundamentales transformaciones de elementos que constituyen la base de la nutrición orgánica de cuya composición se derivan incalculables proyecciones en las aptitudes, tendencias y predisposiciones de individuos y sociedades. También aquellas descargas electrónicas traducen su acción en los átomos de los gases de altas capas de la atmósfera, produciendo, a nivel de la corteza, el llamado fenómeno de la ionización atmosférica cuyos efectos, parecidos a

aquellos de los rayos cósmicos, llevan su ritmo alterno a nivel de la vida de los seres como a la de los vegetales que los alimentan. De allí que las consecuencias emanadas de la presencia de las manchas solares —que comportan una acción electrónica infinitamente mayor— se resuelven en fundamentales desequilibrios, a través de una actividad orgánica y nerviosa desordenada e hipertensa.

En definitiva, sólo el esfuerzo creciente de las investigaciones científicas por penetrar en la sustancia de estas realidades y sus repercusiones en la existencia humana, podrá establecer las últimas relaciones que el hombre necesita conocer y dominar en su propio beneficio.

XXXVI

Los aspectos geográficos

La ciencia de las sociedades requiere igualmente desentrañar el papel y el alcance que las condiciones específicas del suelo llevan su acción a la vida de los hombres. A grandes rasgos y en términos generales ha llegado a plantearse un conjunto de circunstancias que, dentro del actual estado de conocimientos, constituyen puntos de partida fundamentales para el estudio de todo aquel sistema de realidades y sus consiguientes efectos mediatos o inmediatos en los aspectos trascendentales de la existencia social.

Suelo, subsuelo y supersuelo se han enunciado como los elementos generales con que la geografía lleva sus influencias en variadas formas a la existencia humana.

Ratzel comenzó sintetizando en su fórmula "el hombre es un pedazo de la tierra" su teoría en torno a las relaciones que existen entre el individuo y las condiciones del suelo de su nacimiento y desarrollo. En lo moderno el ilustre biólogo Carrel ha renovado por su parte y con mayor precisión científica tal concepto de que los humanos "somos un producto exacto del limo terrestre".

El valor de la conclusión últimamente aludida se deriva desde luego de la obvia observación de los procesos funcionales con que el organismo, mediante la nutrición va asimilando e incorporando en su propia naturaleza todo el conjunto de elementos peculiares y naturales de cada medio físico por intermedio de las sustancias alimenticias que éste contiene, produce y forma. En tal sentido, las condiciones nutritivas que ofrece una región se insinúan típicamente en la realidad orgánica de los seres.

Recoge la sangre lo que necesita utilizar de los productos ingeridos, operándose luego la selección y descomposición en virtud de las cuales cada principio alimenticio ha de integrarse en líquidos, tejidos, órganos y glándu-

las de secreción interna. De tal suerte, se mueve, vitaliza y estimula el funcionalismo general, se regulariza o altera cada tono fisiológico, se mantiene normal o deviene incompleta la composición química y biológica de las diversas unidades y formas de esta índole. Y todo el conjunto de expresiones y modalidades del pensar, del sentir, del obrar, los resortes de la subconsciencia, las condiciones neuro psíquicas y los impulsos instintivos, marchan consecuentemente al compás de todas aquellas contingencias de lo orgánico.

A tales realidades se conexionan, por lo tanto, todas las consideraciones alrededor de la constitución química y físico-química del terreno, de las circunstancias climato botánicas, de las condiciones propias de la vegetación y de los tipos característicos de la fauna comarcana.

Por otro aspecto, circunstancias características de altura, presión atmosférica, humedad, obran además, de modo directo en las esferas orgánicas, ya determinando transformaciones en la función cardíaca, ya constituyendo estimulantes fundamentales en los sistemas glandulares y en las reacciones del vago, ya, en fin, marcando un orden de posibilidades en el grado de la tensión arterial. Sabidas son las repercusiones que estos factores representan en la vida concienical.

Y junto a las conocidas relaciones de esta índole emanadas de la acción de la temperatura, en la íntegra actividad funcional del individuo, la influencia concomitante de humedad y de calor, de humedad y de altura, toda la variedad de calidades que arrancan de la climatología y que se presenta en determinada región constituyen, a la vez, modalidades nuevas y diversas al par que variantes apreciables en el rol de la geología, de la fauna y de la flora, en sus posibilidades como valor nutritivo. Todo este conjunto de circunstancias afecta íntimamente a los diversos coeficientes higiénicos, de moralidad y de mentalidad que se insinúan en predisposiciones y tendencias de los grupos humanos, así como en sus realidades demográficas y de crecimiento cuyas consecuencias impondrían un examen separado.

Cabe mencionarse, finalmente, aquel influjo, de índole y alcance vario, que se deriva de las condiciones inherentes al paisaje o la hidrografía, al relieve, a la calidad y a la posición geográficos. Estos, y cada uno de los elementos enunciados exigen investigaciones de fondo de las cuales puedan partir conocimientos ya exactos y concretos que permitan informes seguros a las construcciones sociológicas.

Tales estudios han merecido, sin embargo, extraordinaria atención por parte de los científicos modernos. Ellos, al descubrir ciertas formas de inexorable gravitación con que las fuerzas telúricas operan en todas las manifestaciones de la vida, han mostrado el camino de teorías tan vigorosas como aquella del sabio investigador peruano Gutiérrez Noriega, que sustenta las configuraciones étnicas, en sus amplios atributos, por una regresión hacia los arquetipos, a base de la congruencia geográfica de las formas de vida. La científica fundamentación de tales conclusiones, respaldadas, además por una detenida observación de hechos particulares en todos los tiempos, constituye una de las más fuertes demostraciones en favor de la importancia de los factores mesológicos.

El límite incontrastable que la acción de estos resortes implica en la evolución humana está marcado con virtualidades progresivas por el desenvolvimiento y las conquistas que la ciencia y la técnica puedan ir acrecentando el patrimonio de la cultura. Esta reserva ha sido formulada en términos de una ley sociogeográfica por el Profesor Antonio Caso. Todo el poder transformador que el hombre haya de desarrollar sobre las fuerzas de la naturaleza en su propio beneficio, encauzándo-

las y aprovechándolas eficientemente, podrán modificar también, en determinados planos, el modelado psíquico del hombre y el destino más humano de las sociedades.



XXXVII

La energía biológica

La esfera de lo biológico comporta una realidad singularmente profunda y delicada, cuyos contornos, por parte de un profano, no pueden ser sino someramente esbozados en sus lineamientos más generales.

Y en definitiva, dentro de tal concepto, el enunciado de cada uno de los elementos que actúan en el proceso social, no persigue otra finalidad que la de puntualizar el valor que aquellos hechos entrañan en la fenomenología social, y, que, por tal motivo, deben ser estudiados y analizados en sus últimas manifestaciones y efectos, en forma de permitir un

exacto planteamiento y un acopio suficiente y completo de datos en cualesquiera de las conclusiones sociológicas.

Prescindiendo por entero toda tendencia a la ubicación de lo social en el campo de los principios de la Biología, necesario es reconocer, en cambio, la relación de causalidad con que las fuerzas biológicas y la ingerencia de las necesidades orgánicas se proyectan en lo individual y en lo colectivo, marcando ineludiblemente todas las rutas de la vida.

Los agentes biológicos parten, pues, de las condiciones de la propia naturaleza individual que traduce, al extenderse, el verdadero contenido científico de la composición étnica, y se derivan también de los imperativos funcionales con que se manifiesta sin intermitencias la actividad orgánica.

El capital humano que representa una sociedad está expresado por el índice de uniformidad de las calidades individuales dominantes. Estas calidades en lo biológico se modelan así por razón de los factores congénitos como en función de las formas de existencia frente a las necesidades vitales que el organismo tiene que llenar. El primer aspecto se resuelve en las realidades típicas que ha trazado la herencia, con todo el conjunto de elementos que concurren a ella. Lo segundo se halla implicado en las condiciones que rodean

al esfuerzo de supervivencia, entendiendo por tal cuanto se relaciona con las actividades de la nutrición y con el cauce que hayan alcanzado los instintos de reproducción, de defensa y de lucha. En uno y otro caso actúa con particular importancia todo el cúmulo de fuerzas de adaptación de que el organismo es capaz de producir y mantener ya para su defensa, ya para finalidades de remodelación o de superación.

El promedio de las condiciones de índole biológica que caracteriza a una sociedad tiene un significado capital en su existencia y constituye la medida de sus posibilidades de evolución general y de rendimiento como valor específicamente humano. No debe ponerse en duda que en estas realidades tiene su papel de consideración el influjo de los factores físicos.

Está, sin duda, fuera del plan de esta sintética exposición el detenerse a examinar cada uno de los aspectos de índole orgánica que, presentándose como un denominador común o como un hecho preponderante en una sociedad, pueden marcar su índice general de capacidades.

Cabe mencionar, sin embargo, el significado permanente de circunstancias que se vinculan al vigor orgánico general, a la regularidad glandular, a la consistencia muscular

y todos los demás órdenes de naturaleza fisiológica y nerviosa tienen sus necesarias repercusiones en aquellas condiciones de morbilidad de un grupo, en su resistencia mayor o menor a los trastornos nerviosos y a los estímulos sensoriales, a su inteligencia, control y acciones de contrapesos fisiopsicológicos.

El vigoroso movimiento de la ciencia contemporánea en torno a una investigación más honda de los problemas de tal naturaleza y los estudios de los órganos endocrínicos en su rol antes insospechado frente a actividades de trascendencia psíquica, han permitido perfilar de modo más claro, la necesaria relación de esta suerte de fenómenos, junto a aquellos de la vida social.

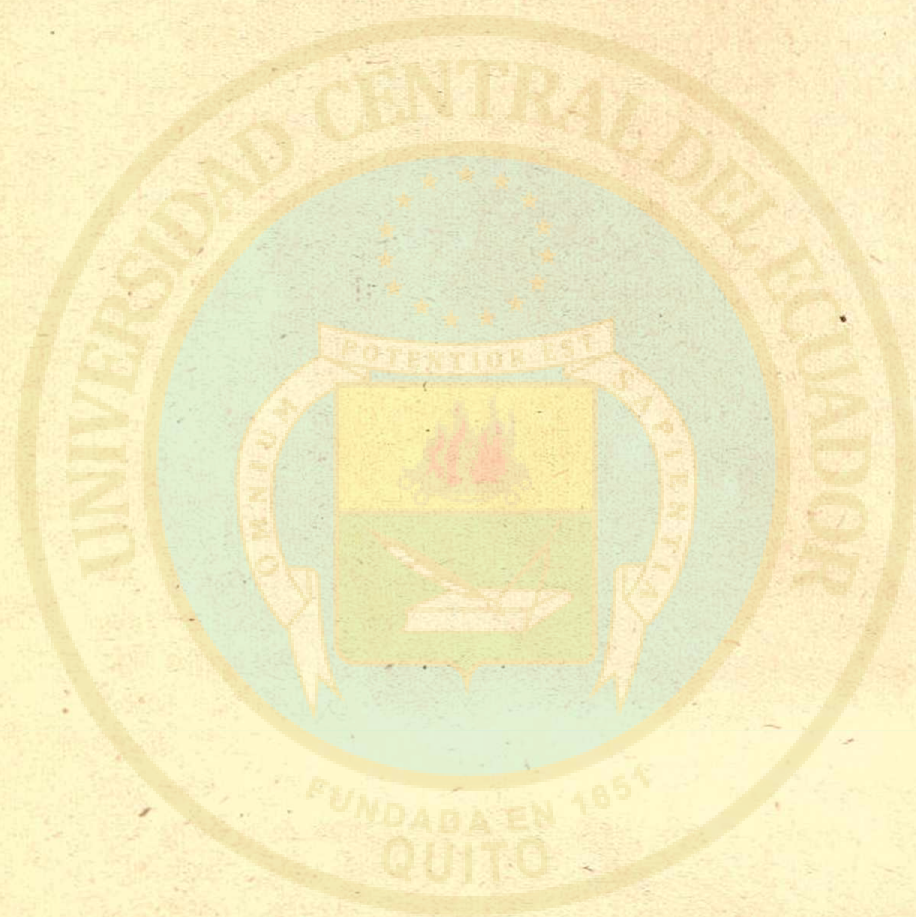
Allí descansa el imperativo de una acción orientadora y reguladora para todos los hechos que tienen su relación con la vida de un agregado humano en cuanto a aquellas actividades que trascienden a sus caracteres biológicos y especialmente a las formas que directamente entrañan esas calidades, como son los problemas que acarrea la nutrición y los que se derivan de la vida sexual.

Los tipos y medios de alimentación y los aspectos relativos a la toxicomanía y al alcoholismo con toda su compleja trama de efectos patológicos; las realidades de la vida genésica asociada a las posibilidades que pre-

senta en la salud colectiva y en los planos de la herencia; las formas generales, al fin, de la vida en relación con las condiciones del trabajo, del esfuerzo y de las costumbres, comportan, incontrastablemente, una red intrincada de profundas influencias en todos los órdenes y modos de la existencia colectiva.

Las calidades de la energía de una raza, o mejor, de un tipo humano, se desprenden de la composición de estos factores.





XXXVIII

Las calidades psíquicas

Bien claros e inequívocos asoman, sin duda, los íntimos nexos de relación con que se desenvuelve la realidad social respecto de la vida psíquica. Sin embargo, a los dominios del conocimiento humano, aún no ha podido llegar la penetración total y definitiva de los complejos resortes y matices que constituyen el denso engranaje de las actividades concien- ciales. Y la Sociología nunca podrá realizar sus elaboraciones últimas, sino ateniéndose a los datos y conclusiones que habrá de pres- tarle aquella rama de la ciencia.

De otra suerte, también en el presente caso, no es dable reducirse sino al somero enunciado de aquellos órdenes del funcionalismo espiritual que más ostensiblemente acusan su influjo en el plano de los hechos colectivos, pero cuyo grado y alcance es menester desentrañar a base de la investigación científica.

Desde las expresiones primarias que arrancan de la vitalidad y los imperativos del instinto, es posible advertir la acción de esta categoría de factores en las determinaciones de lo social. Y si es verdad que dicha forma se condiciona en raíces biológicas, no es menos cierto que su actividad no deja de hallarse ajustada a los impulsos del subconsciente y al control de la inteligencia y del sentimiento. Por eso en aquel plano empiezan ya a sumarse los efectos de la interacción y concomitancia de las fuerzas psíquicas. En tal sentido, todas las formas que se derivan del instinto de conservación, en su más amplio significado, se resuelven en manifestaciones conexionadas, en uno u otro modo, a diversos estímulos de índole espiritual.

El examen de los caracteres de la sensibilidad y los diversos grados de agudeza y reacción representan por sí solos un aspecto cuya aplicación en el vivir colectivo reviste evidente trascendencia. Ligado como está

cuanto con aquella se relaciona con los fenómenos de orden sensorial, con los matices del tono sentimental, virtualmente se alcanza el plano de los hechos afectivos hasta penetrar de lleno en aquel campo mucho más complejo, vasto y multiforme que constituye el sentimiento y cuyo valor en las realidades y transformaciones de la sociedad no necesita ser ponderado en la presente enumeración.

No hay que olvidar, ante todo, que este tipo de manifestaciones espirituales se halla más estrecha y ostensiblemente asociado a condiciones de naturaleza orgánica. De allí que el ingente acervo de la vida sentimental en un individuo o en un grupo, ha llegado originariamente moldeándose a través de las tendencias y predisposiciones que han marcado las leyes de la herencia. Inmediatamente actuarán poderosas fuerzas ambientales al compás de cuyo desarrollo irá luego a modelarse una estructura potente, acaso incontrastable, que patentiza sus virtualidades en diversas formas y esferas de la actividad social.

La corriente de lo sentimental, en efecto, empieza desplazándose hacia la vida colectiva a través de los resortes creados por los lazos de la sangre. Desde allí acrecienta su acción hacia círculos más amplios, alimentándolos con soplos decisivos hasta llegar a la conciencia social en sus variadas líneas y a

las conciencias nacionales. Y, como es obvio observar, esta acción del sentimiento se mueve en diversos cauces y se alienta en las variadas modalidades de su propia naturaleza. Sus impulsos, tanto positivos como negativos para la evolución humana, se acendran al calor de acicates religiosos, obedeciendo a apremios de una ética preestablecida, o bien, empujados por fuerzas que han brotado de contingencias de índole política que dentro de las órbitas de la colectividad llega a adquirir proporciones y proyecciones inesperadas.

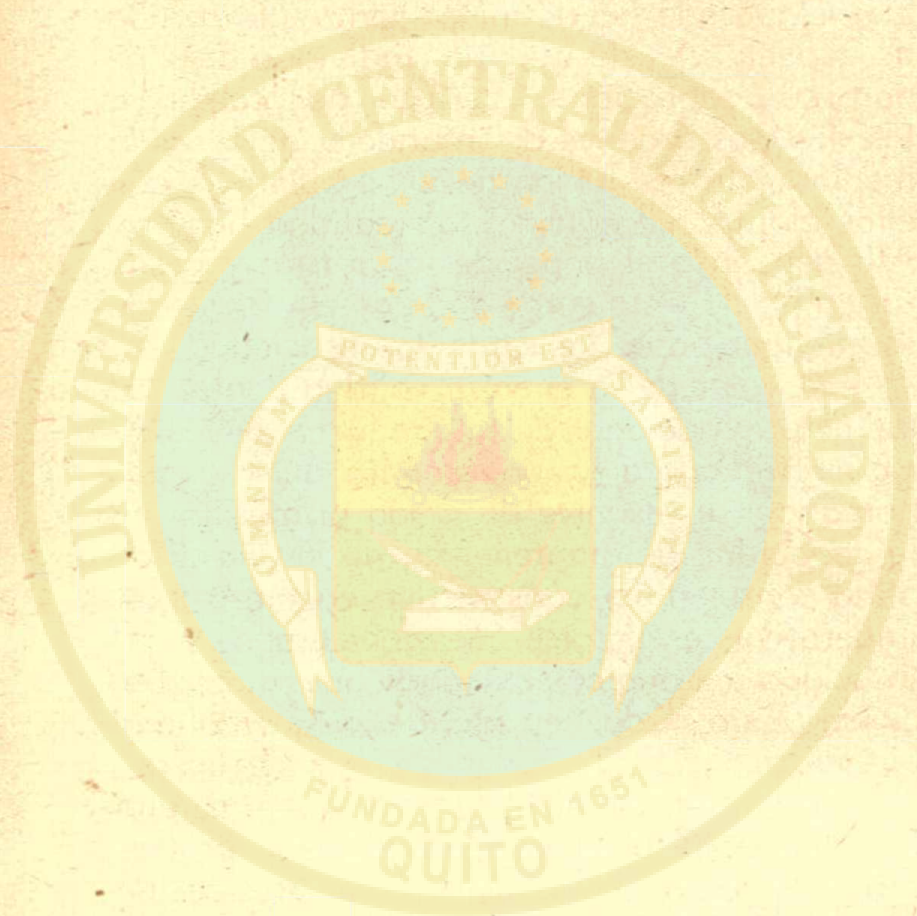
En términos generales el sentimiento ha representado hasta hoy un valor cuya potencia le ha permitido prevalecer por encima de los dictados impuestos por la razón.

En la inteligencia confluye todo un inmenso proceso de elaboraciones que se constituyen por senderos del análisis y de la síntesis, la abstracción y la generalización, asociaciones, representaciones e ideaciones. Y si bien su concepto no siempre ha sido determinado con la debida precisión por parte de los propios tratadistas, será necesario convenir en que, por punto general y de acuerdo con el Profesor Mr. Henri Pierón, en el factor inteligencia están actuando como fundamentales y primordiales elementos, la comprensión, la invención y la crítica. Estas capacidades y operaciones intelectuales se sirven, a la

vez, de otra suerte de actos de análoga categoría con los cuales se complementa y redondea la función integral, hasta constituir lo que Claparede ha definido como "un grupo de capacidades de que un individuo dispone para su adaptación". Será la adaptación a los diversos órdenes del mundo y de la vida mediante la resolución de los problemas que ellos plantean frente a la realidad hombre. Allí descansa el papel de la cultura y desde tal punto de vista surge de lleno el alcance de la inteligencia en las rutas de la sociedad.

El valor de la energía volitiva dentro de las determinaciones de la conducta, de la acción refrenadora y orientadora de los actos humanos, se resuelve de modo primordial en la capacidad de mantener el rol de una disciplina consciente y constructiva en torno a los imperativos esenciales que conciernen a un individuo y a una colectividad. Sus raíces descansan, sin duda, en planos de la realidad biológica.

El planteamiento sustancial de los problemas que éstas y otras expresiones del espíritu entrañan, debe partir, empero, de un análisis de fondo. Hay que precisar los moldes y límites del engranaje con que las correlaciones orgánicas y la interdependencia de sus funciones están supeditando a las actividades del espíritu.



XXXXIX

Los factores sociales

Todas y cada una de las características y modalidades de la existencia social vienen, pues, engendrándose de acuerdo con la acción de preponderancia mayor o menor de cada uno de los factores enunciados. Todos aquellos diversos agentes tienen su momento y su esfera de condiciones que les permiten operar con intensidad y amplitud diferentes en consonancia con las circunstancias específicas que concurren en la producción del aspecto o fenómeno social que se considere.

Pero, además, a todo aquel encadenado orden de influjos es menester sumar otra ca-

tegoría de no menor importancia inmediata: son las propias resultantes de la relación interhumana condicionadas por todas las influencias anteriores, los fenómenos sociales, con su poder de reacción y de interacción, otras tantas fuerzas que coadyuvan, con agudeza varia, a la producción, acentuación o transformación de los peculiares relieves de cada manifestación colectiva.

La posición unilateral y en ocasiones contrapuesta de las diversas doctrinas sociológicas que han venido disputándose la interpretación de los hechos sociales, ha pretendido determinar el primordial significado de tan vasta y compleja realidad, ateniéndose, cada cual, a la preponderante transcendencia del móvil o móviles determinantes propugnados en la respectiva orientación.

Si se examina la fisonomía y los contornos de los diferentes órdenes y expresiones de la vida social, no es posible desconocer, en verdad, una especie de permanente reflujo en las actividades humanas que las va concatenando en relación siempre directa con su naturaleza y su volumen. Cada hecho de significado social lleva consigo proyecciones múltiples en diversas faces del vivir colectivo.

Pruebas innumerables de la Historia o hechos de la gigantesca e intensa trama de la realidad contemporánea, demuestran todo el

valor de aquella concomitancia fenoménica. En todos y en cualesquiera de dichos aspectos es posible ir verificando, a veces, por obra de la simple observación, la constancia de los citados nexos.

La implantación de un sistema que entraña una nueva estructura en el hecho político, acarrea trascendentales derivaciones de índole ética, económica o jurídica. Realidades que brotan del fenómeno genético, repercuten con móviles ineludibles hasta determinar innovaciones a veces radicales en los moldes del ordenamiento jurídico. Y hasta aquellas expresiones que se crean por obra del sentimiento estético, no son extrañas a circunstancias de esencia política, por más de una consideración, y casi siempre a tendencias que surgen de raíces alimentadas en un fondo de múltiple contenido social.

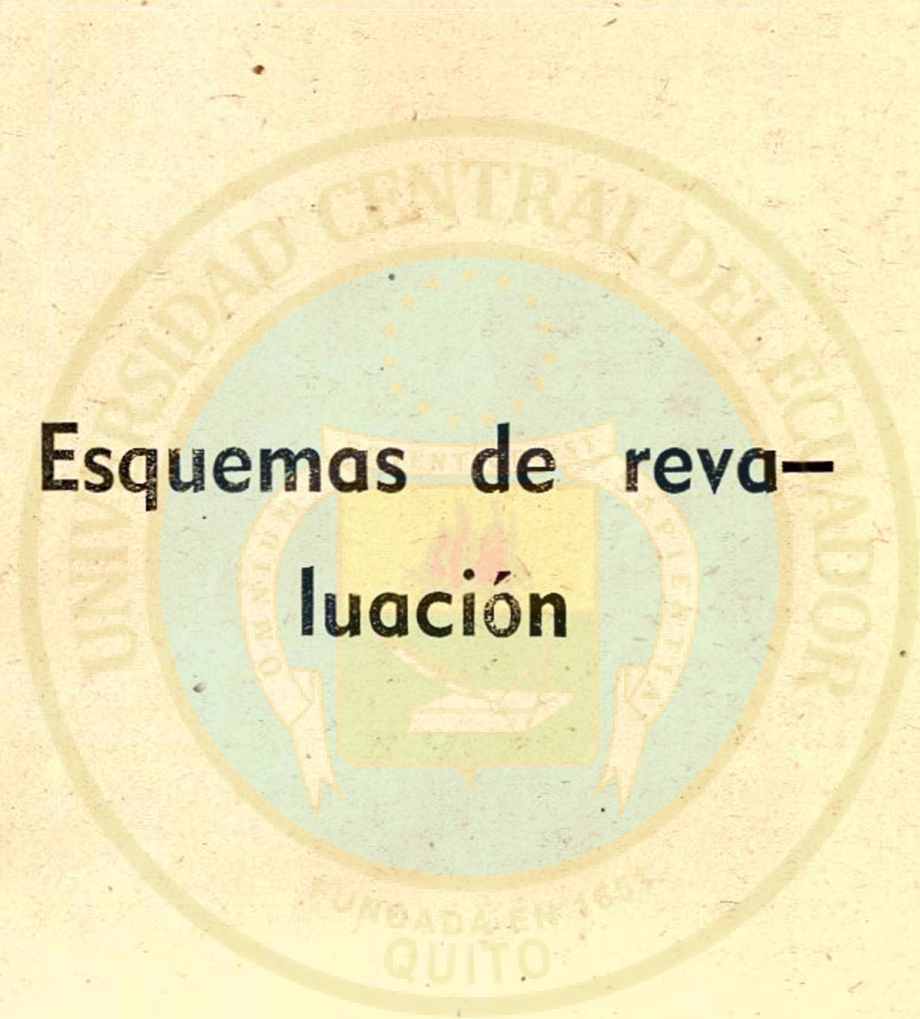
Atribuyendo caracteres de preponderancia y proyecciones fundamentales se ha determinado en las circunstancias de orden económico como la fuente de resortes decisivos de los demás hechos sociales con todo su conjunto de matices. Para analizar, acaso, con mayor cabalidad y en su primera esencia tal interpretación, será necesario no olvidar que la energía matriz que sustenta toda la estructura social emana de aquel otro gran sistema de realidades anteriores a lo netamente social.

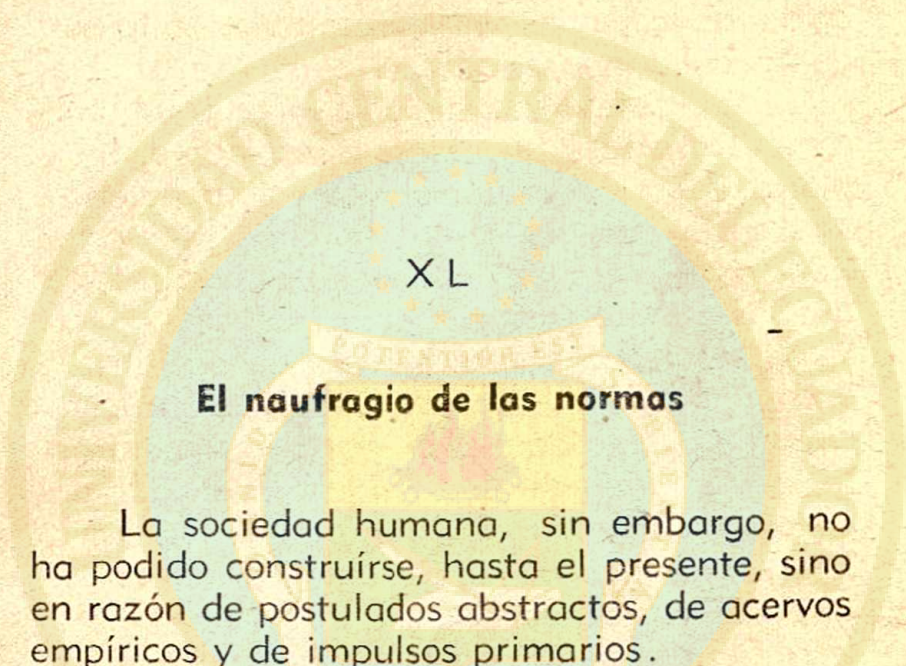
En ellas se mueve con vigor ingente, incoercible, entre otros, el apremio biológico que persigue el primordial objetivo de la conservación del sér. Y cuando las realidades económicas de una sociedad trascienden de aquel imperativo sobre cuya sustancia han llegado a radicarse y centralizarse formas de contenido ya social, la calidad del factor económico podrá alcanzar entonces virtualidades ciertamente decisivas.

El papel de la ciencia se dirige a valorizar la esencia y el alcance de las diversas circunstancias que operan en los hechos que examina y los elementos específicos que concurren, en cada género de casos, a su producción final.

Y posesionada la Sociología de los métodos idóneos para su vasta investigación y de los completos elementos informativos, podrá, apoyada siempre en las conclusiones últimas de otras ciencias, puntualizar las calidades y cada rol de los factores, señalar los verdaderos sistemas de causación en esquemas y enunciados de generalidad constante, y fijar, en fin, adecuadas rutas de previsión y convivencia dentro de una órbita humanamente constructiva.

Esquemas de revaluación





XL

El naufragio de las normas

La sociedad humana, sin embargo, no ha podido construirse, hasta el presente, sino en razón de postulados abstractos, de acervos empíricos y de impulsos primarios.

Los primeros exaltaron noblemente la primacía creadora de los más altos valores del espíritu. Fueron las elaboraciones de la razón ordenadora o del sentimiento depurado para dotar de elevación y de grandeza a las humanas virtualidades, liberándolas de las sórdidas cadenas de la materia.

Por otra parte, la superposición casi anárquica de conocimientos y atisbos de la simple observación de lo vivido, la contribución de las

conquistas de la ciencia y de la técnica del mundo físico, llevaron sus aportes numerosos a la existencia social del hombre, en el empeño de subordinar a sus necesidades todo el fruto de las lecciones de la historia y las formas de la realidad circundante.

Resortes de raíz biológica, por fin, hubieron de constituir el acicate permanente. Inexplorados casi e incontrolados en su potencia y en sus expresiones, ellos ejercieron su acción inexorable a través de la amplia esfera de todas las manifestaciones humanas.

Impulsada por tal género de agentes, la existencia social, careció, empero, de la ciencia y de la técnica específicas que la confrontasen y la orientasen. Creada y delineada para tan vasta finalidad la gran ciencia de la Sociología, se ha visto desprovista de los indispensables antecedentes para su elaboración científica, de los elementos y los métodos necesarios para sus investigaciones y conclusiones esenciales.

Frente a la realidad social, el conocimiento fundamental, preciso, de su naturaleza y sus fenómenos, la captación cualitativa de los factores en todos sus matices, conexiones y contingencias, las fórmulas de constructiva previsión elaboradas al compás de un sistema de causalidad conocida y de principios naturales y constantes, se hallaron invariable-

mente al margen de los linderos mentales del hombre.

En tales circunstancias, aquellos órdenes de cimentación de la vida colectiva no pudieron alcanzar otro significado que el que habría de derivarse de la medular consistencia con que operaría cada uno.

Todo aquel acopio generoso de estímulos morales, de trascendentales planteamientos ideológicos o de direcciones de convivencia justiciera, hubo de estrellarse siempre contra bloques de una realidad extraña, de naturalezas indóciles para una adaptación que suponía diverso género de fuerzas.

El aprovechamiento de experiencias imprecisas, parciales y eventuales y aquel de las conquistas del mundo inanimado para subordinarlas a los menesteres de la existencia humana, revistió siempre caracteres de artificio. Adecuación de fórmulas arbitrarias, nunca vinculadas al conocimiento profundo de las realidades sociales y su esencia biológica, su acción representó un conjunto de simples esfuerzos aislados, incompletos, y, a menudo, contraproducentes.

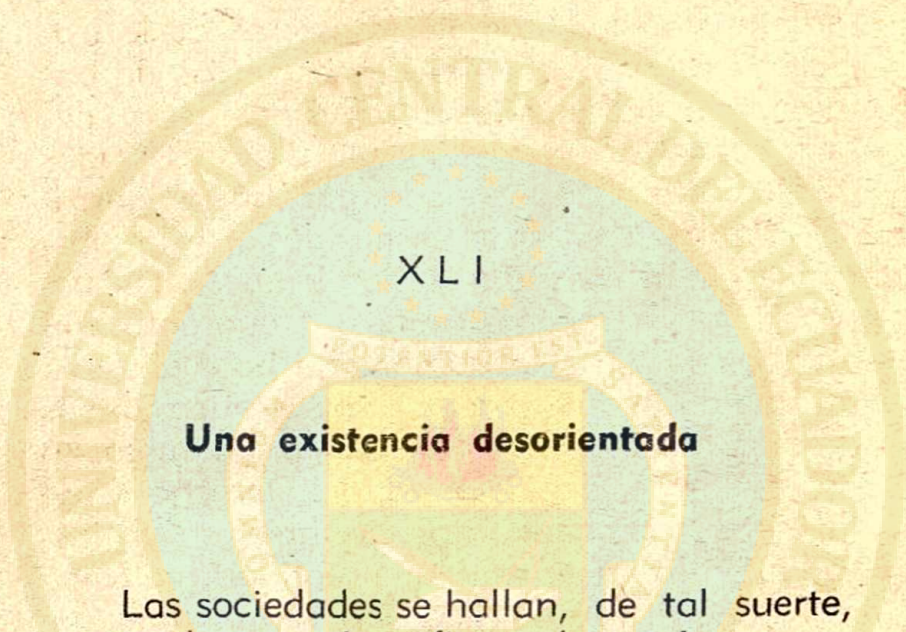
Sólo la vigencia incontrastable, permanente, de los apremios orgánicos, con toda su trama de derivados y complejos pudo prevalecer finalmente para determinar, hasta hoy, los destinos de aquella inmensa realidad atormentada.

La Humanidad, en suma, ha movido sus pasos siguiendo el sendero trazado por direcciones teóricas. Trayectoria ciega, que aco- plando sus móviles a la superstición del convencionalismo y la rutina, llegó a engendrar un cuerpo de doctrinas y de normas, de instituciones y toda suerte de sistemas de existencia, para todas las líneas del vivir de los hombres, hasta arraigarlos en aquéllos con ligá- menes que parecieran irrompibles.

Si orientaciones de tal suerte se buscaba, ya se las tenía suficientes con la doctrina de Jesús. Ninguna más diáfana y más honda para estimular resortes de conducta y garan- tías de convivencia, hacia un mundo de paz, de sosiego y de armonía, por entre rutas de una sabia piedad.

Obvio es hallar que las fórmulas de la ética cristiana representan el más acabado código de todas las sutiles virtudes de la fra- ternidad.

Mas, tratando de aprehender, dentro de los marcos de la ciencia, todo aquel amplio y profundo panorama de manifestaciones de la vida, bien clara surge la exigencia de detener- se en los justos linderos que separan la esen- cia de las verdades averiguadas de todo otro sistema de construcciones hipotéticas o de hu- manitarias normas.



XLI

Una existencia desorientada

Las sociedades se hallan, de tal suerte, intoxicadas por el artificio y la teoría.

Sistemas de vida y formas de relación, hábitos y condiciones de trabajo, instituciones y costumbres han llegado hasta nosotros, sencillamente incorporándose y modelándose a través de generaciones incontables.

Y llegó un día en que la ciencia empezó a encontrar que la mayoría de aquellas formas de existencia no estaban respondiendo a las exigencias esenciales de la naturaleza humana ni a los necesarios imperativos de su

perfeccionamiento funcional en toda la amplitud de sus alcances.

En igual sentido de lo pregonado por Carrel acerca de la unidad individual, concomitantemente, las complejas esferas de lo social, asoman por entero desprovistas de basamentos sustanciales y extrañas a la debida penetración de la ciencia. El lugar de ésta ha sido ocupado por un abigarrado sistema de normas inspiradas en lo abstracto, lo arbitrario o lo simplemente consuetudinario. Y en los treinta o cuarenta mil años de su vida, la humanidad ha elaborado un mundo de civilización tan exótico a sus propios menesteres, que sus magnas creaciones de la Moral y del Arte, del Derecho y de la Ciencia, amenazan precipitarse, en un instante, en la miseria de una realidad biológica estacionaria, si no degenerada, incapaz de sustentarlas.

Las relaciones generales con el mundo físico, las condiciones de la alimentación, marcadas por el criterio de la aparente conveniencia o ajenas a la atención que su importancia vital representa en el papel de lo orgánico, han traído consigo, a través de sistemas viciados y viciosos, un orden patológico permanente, y, casi siempre, un tono de degeneración.

El régimen de la vida sexual, débilmente atemperado por reglamentaciones de la ética, sólo ha podido desenvolverse al empuje de las urgencias de la especie. Turbio, soterrado, rompiendo las características normales y desprovisto de un eficaz correctivo que lo enfrene, el impulso genésico señaló con mil baldones a la humanidad y la castigó con destructores e implacables morbos.

Aquella escala más amplia y más alta de las necesidades colectivas, cuyos órdenes de condicionalidad confluyen en la realidad económica, también se ha venido elaborando en moldes sustancialmente extraños a los apremios esenciales que las sociedades debían resolver para el cumplimiento de sus finalidades irrenunciables. Se concibió un sistema de disponibilidades a base de un acopio de riqueza cuya producción, distribución y consumo plantearon uno de los órdenes más dramáticos del desconcierto humano. Una división del trabajo desarrollada por espontáneo crecimiento, junto al inconsciente fomento de la superpoblación, fueron agudizando cada vez el problema y empujándolo hacia gravitaciones más sombrías. El incremento de la técnica mecánica, al servicio de la industria en extraordinaria magnitud, propiciaron la concentración de capitales y la creación del fantasma de la desocupación. De

las formas económicas establecidas no pudieron surgir sino aquellos dos polos de la decadencia humana, el millonario y el menesteroso. Los financistas, los maestros de la industria, los políticos, hubieron de consolidar progresivamente aquel orden artificial y antepusieron sus objetivos de enriquecimiento a todo otro imperativo de contenido humano, hasta llevar a su más alto grado la tensión de las condiciones de trabajo, sin calificación, discrimin ni orientación de necesidades primordiales.

Se había cimentado en el mundo un régimen de sombras, en que los bloques de la plutocracia esclavizaron al hombre y los agujeros de su miseria aniquilaron su naturaleza e inocularon de odio su conciencia.

Tal sistema supo acarrear en la teoría y en los hechos, reacciones que poco o nada le aventajan como valor humano, principios y regímenes igualmente artificiosos, opresores y precarios.

Semejantes formas de relación no han podido menos que tener la consiguiente y directa resonancia en los sistemas político-sociales, de suyo casi siempre desorientados y contradictorios.

Con caracteres de más vasto alcance, muchos pueblos fueron predestinados a soportar la orgullosa expansión dominadora de es-

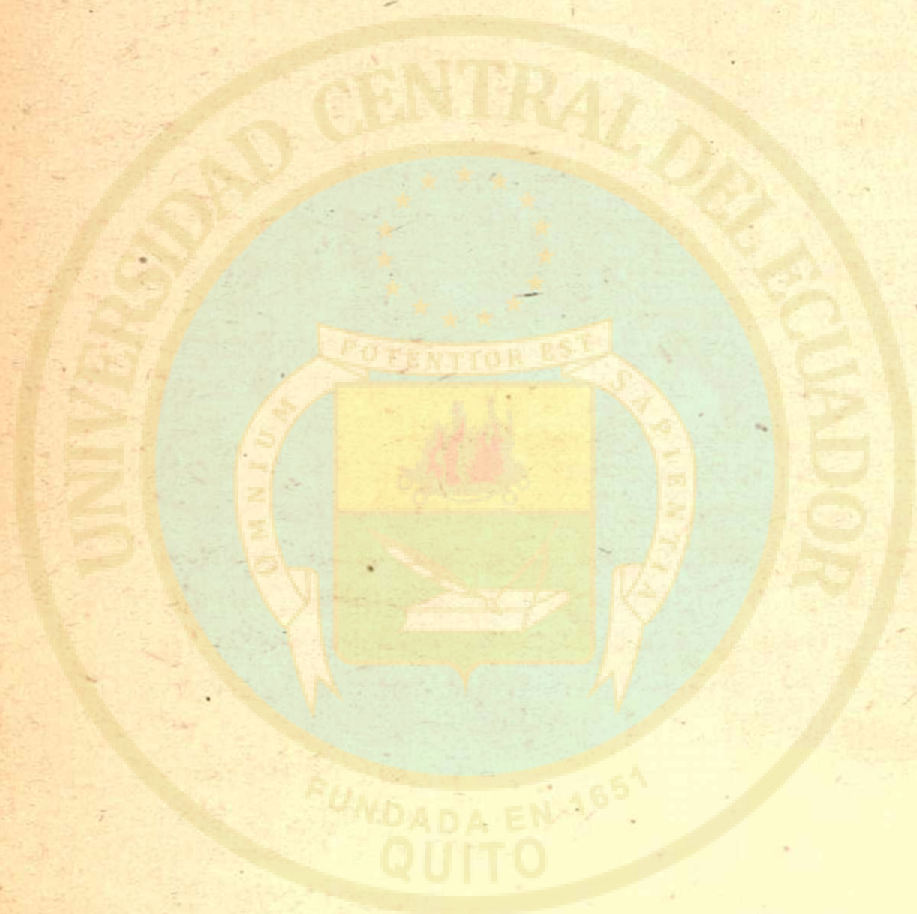
tados extraños que se propusieron subsistir a sus expensas, amparándose en el cómodo enunciado de cumplir una misión providencial. Y el imperialismo, esta expresión de la codicia colectiva, debió ser por su parte, nuevo manantial de descalabros y discordias.

A través de tales impulsos crecieron y se multiplicaron las sociedades, sin orden, sin plan y sin limitaciones. En tal desconcierto surgió, entre otros, el absurdo de las gigantescas concentraciones urbanas, a cuyos influjos sólo pudieron propagarse eficazmente el desmoronamiento corporal y todas las taras y desviaciones de la psiquis.

Y en medio de mil procesos de sacrificios, de luchas y de esfuerzos cruentos por alcanzar un mínimum de elementos de existencia, la humanidad sólo ha llegado a fabricar los instrumentos de su propia desventura.

FUNDADA EN 1827
QUITO

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL
QUITO-ECUADOR



XLII

La suprema crisis

Sometido a confrontar, entre otros, los problemas de su complicada existencia y de su convivencia, el hombre ha dispuesto de la fuerza de la razón para solucionarlos y encarilarlos.

De la razón partió el derecho, como partieron también otras determinaciones y elaboraciones de inmenso significado humano. Pero era la inteligencia la base originaria de donde arrancaba todo el esfuerzo ordenador y director de la vida social. Debía ella dirigir y hacer viables todos aquellos procesos de construcción, de perfección, que había plan-

teado con miras exclusivas de beneficiar a la Especie.

No obstante, aquella función espiritual, sin duda, la más alta de todas, se hallaba, además, inexorablemente sometida al reflujo constante de las virtualidades biológicas. Y todo el vasto, intrincado y profundo engranaje de realidades orgánicas y fisiológicas que operan en las múltiples formas y tonos de la vida concienical, venía desarrollándose, casi por entero, al margen del control del pensamiento.

Encadenada en tal manera la inteligencia al estancamiento de la realidad orgánica que la condicionaba, hubo de malograr sus mejores conquistas entre las contingencias del instinto ciego; los complejos primarios que surgían desde las oscuras profundidades de la especie, desmoronaron su potencia frágil e hicieronla abdicar de sus aspiraciones más excelsas; y quedó vencida por el torrente de otros impulsos que ella no se preocupó de sojuzgar.

Aquel desequilibrio sustancial trascendió desde luego a todos los valores de la existencia, precipitando su haz de proyecciones en cauces decisivos.

El poder de las fuerzas del espíritu, soberanos atributos que confirieron al hombre legítima preeminencia en la extensión del pla-

neta, continuó derrumbándose como un castillo deleznable.

Frente a los dictados de la violencia se produjo la bancarrota del derecho. Surgió patente la imposibilidad de subsistir ateniéndose a los postulados de una inconsistente regulación normativa, cuando un ordenamiento orgánicamente ético que la fundamentara y la hiciera viable, no existía en la realidad de la conciencia humana. La vasta trama de acicates congénitos hubo de imponerse, con superioridad incontrastable, a los ingenuos cánones jurídicos.

La corriente de imposiciones inapelables ha pretendido extender su acción a todas las esferas del vivir colectivo. Entre sus líneas rígidas se trata de ahogar los fueros de la libertad y se proclama no sé qué especie de justicias mutiladas y falsarias como la aspiración triunfante de un orden de realizaciones imperiosas. Invariable, invencible, pareciera que asoma el fondo de animalidad que presidió la barbarie prehistórica, como aquel que brota, sin sonrojos, en el hombre contemporáneo de la cultura occidental.

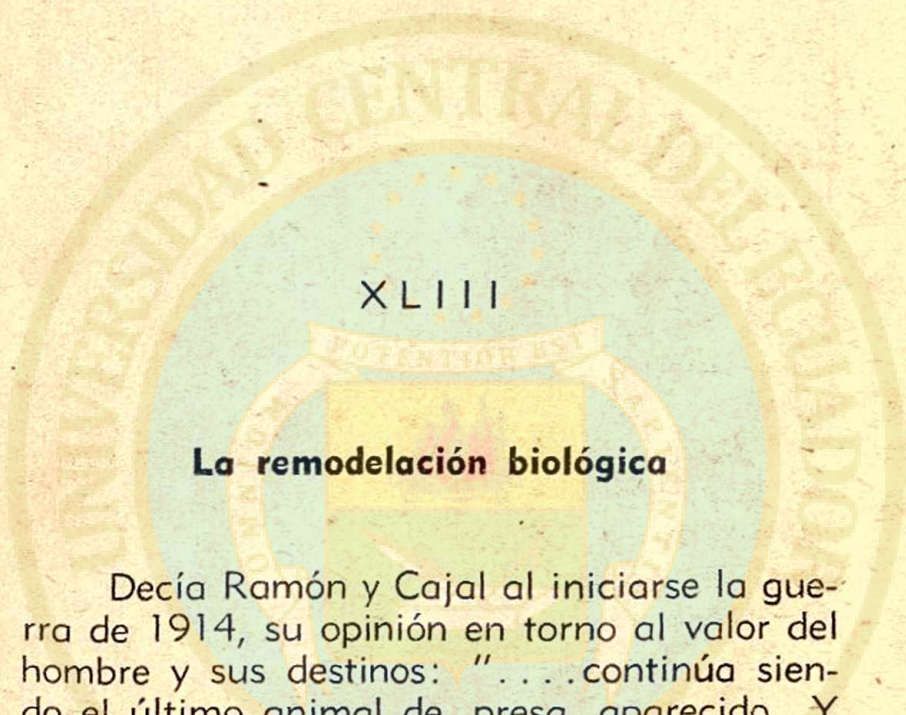
Y el ritmo desorbitado de tal género de embates ha acabado por destruir el magno recurso de la razón, hasta conseguir, acaso, eliminarla del patrimonio mental de los humanos que renovadamente, en último instan-

te, optaron por apelar a la brutalidad incontenible de la fuerza para resolver los problemas sustanciales de su existencia.

Impotente hubo de ser la razón, porque la inteligencia había naufragado en sus propias construcciones. Toda la secular herencia, pacientemente remozada, del tesoro científico; todo el bagaje, casi milagroso, de la moderna técnica, y el genio y el sacrificio y la perseverancia, los supremos resortes del espíritu, quedaron subordinados al servicio de aquel designio implacable que engendró la tarea integral, consciente, de exterminio del hombre.

Si se creyera que esta macabra realidad de hoy constituye la claudicación definitiva del espíritu, el colapso de la inteligencia y sus destinos, podría afirmarse que la especie ha fracasado.

FUNDADA EN 1651
QUITO



XLIII

La remodelación biológica

Decía Ramón y Cajal al iniciarse la guerra de 1914, su opinión en torno al valor del hombre y sus destinos: "...continúa siendo el último animal de presa aparecido. Y como habrá de perseverar irremediablemente en su condición de animal de malos instintos, conjeturo que, cualquiera que sea el resultado de la monstruosa lucha, cambiarán muy poco las normas ideales y morales de la humanidad. Fúndome en este hecho desconsolador: la desesperante resistencia evolutiva del cerebro".

El sombrío diagnóstico del sabio español pudo alcanzar, en el transcurso de escasos lustros, la confirmación más plena. Aferrada la humanidad a una existencia divorciada por entero del conocimiento de su propia naturaleza, sus funciones y sus leyes, toda su marcha hubo de continuar atada, en tal sentido, a los seculares marcos que habían venido rigiéndola.

La guerra, que, en frase de Romain Rolland, no constituye sino el fruto de la estupidez de los pueblos, en el caso actual condensa y resume el total desequilibrio de las potencias humanas como valores de energía espiritual superadora; pero representa, además, la resultante necesaria del abandono a que la humanidad redujo la investigación y el dominio de las realidades de su propia estructura, de donde habían de partir encauzamientos, estímulos y adecuaciones eficientes y eficaces para un normal y pleno desarrollo de sus funciones vitales en sus íntegros procesos.

No obstante, y, por fortuna, dentro de las actuales e intensas preocupaciones de la ciencia, existe una ruta de nuevas visiones, a cuya luz está insinuándose el advenimiento de un ciclo de más propicias perspectivas.

El vigoroso movimiento contemporáneo de investigaciones alrededor de las ciencias biológicas va afirmando cada vez los lineamientos de una comprensión más profunda y más completa de la realidad hombre. Y aunque este esfuerzo analítico bien puede decirse que apenas se halla aún en sus períodos de elaboración, no es aventurado afirmar que, desde ya, se hace posible el esbozo de un esquema general de la actividad orgánica, su fisiología y sus redistribuciones. En tal anticipo de sistematización ha podido encontrarse, en un amplio concepto, el papel sustancial que la inmensa trama de estímulos orgánicos está ejerciendo, de modo permanente, en todo el conjunto de actividades del espíritu.

Desde las formas y calidades de la nutrición a los procesos del sistema neurovegetativo, desde la composición y fisiología de los agentes endocrínicos, hasta el acondicionamiento general de la circulación sanguínea; la capacidad adaptativa, el poder de resistencia y regeneración de tejidos y humores, el control nervioso, la capacidad potencial de los órganos y su marcha funcional, factores son cuya presencia y grado determinan, con influjos fundamentales, todas las incontables modalidades de la conducta, del pensamiento y de la afectividad de los individuos.

Este rol de investigaciones científicas va abriéndose finalmente paso, aunque con ritmo lento en un mundo hasta hoy de inciertas realidades y de intrincados problemas; mas también en el despejarse de cada incógnita va confirmándose un hecho de alcances trascendentales y acaso decisivos: es posible desarrollar una influencia en aquella esfera de lo orgánico, operar transformaciones en las estructuras esenciales, modificar los elementos constitutivos de cada naturaleza, suscitar actividades latentes, corregir funciones defectuosas, estimular reacciones necesarias.

Va poniéndose a la vista de los sabios aquel control maravilloso, casi omnipotente y hasta hace poco insospechado, de aquellos pequeños laboratorios bioquímicos que estudia la ciencia nueva de la Endocrinología. Y al compás del asombroso papel director que en el organismo ejercen las hormonas transportadas en las corrientes sanguíneas, con poderes y funciones de virtualidad sorprendente en diversas modalidades de la psiquis humana, va descubriéndose también la misión correlativa, estimulante y reguladora de las primeras, por parte de aquellos factores de la nutrición que constituyen los elementos vitamínicos. Y sin que sea del caso ahondar por hoy en tal aspecto, bien es dable sentar que for-

mas debidamente orientadas de alimentación, llegarán bien pronto a representar un sistema de previsión biológica.

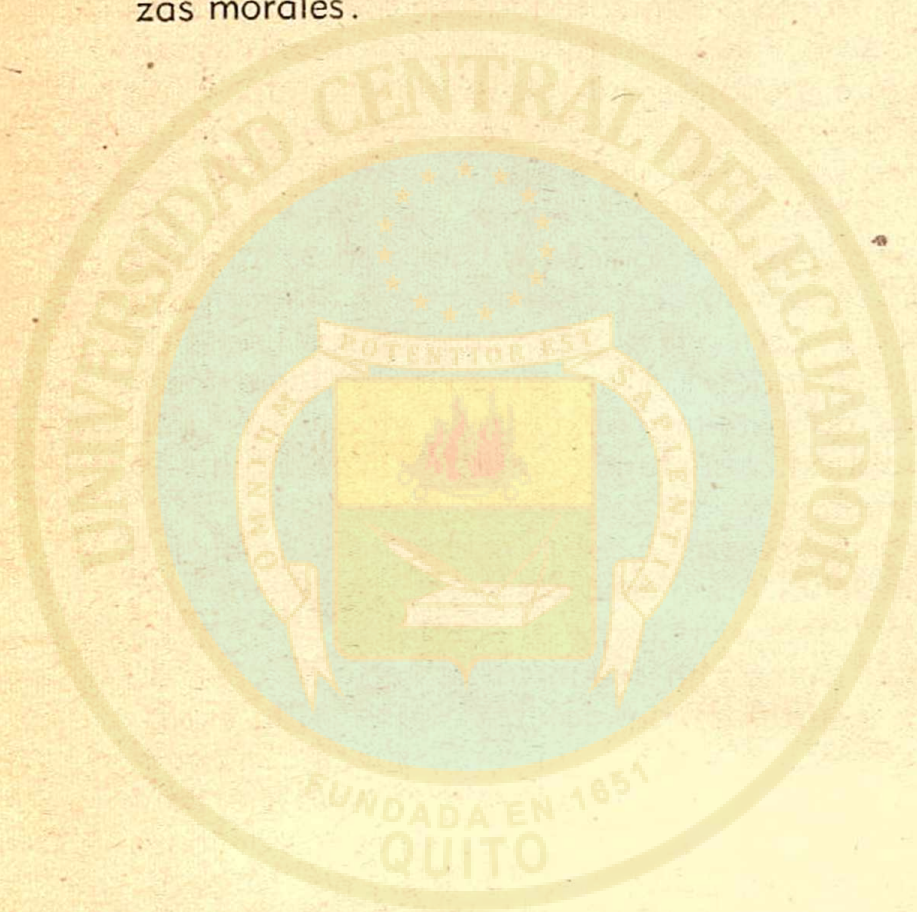
Junto a esta categoría de disciplina constructora, deberá hallarse, con papel igualmente preponderante, la acción salvadora de la eugenesia, en forma de tratar de eliminar en sus orígenes, los engendros morbosos.

Y no es temerario aún adelantar que una técnica perfeccionada de la ciencia biológica plenamente conquistada, se halle en posibilidad de modelar, ciertamente, las líneas de la individualidad, en armonía con las exigencias químico-orgánicas de la vida y sus aptitudes para un funcionamiento consistente y proporcionado a relaciones ya previstas.

Al buscar una permanente regularidad funcional, una ordenada resistencia de las reacciones nerviosas, el equilibrio integral de toda la marcha orgánica se estará creando los resortes primordiales de una vida espiritual más alta, más firme, sustancialmente normal, en que el sentimiento y la conciencia, no se hallen perturbados por inhibiciones o trastornos adversos a los legítimos fines del hombre.

Allí será posible afinar, estimular e impulsar con valor acaso decisivo, las potencias que han de traducirse en facultades que en-

caucen los rasgos sobresalientes y superiores de cada personalidad, en sus peculiares corrientes, y la máxima exaltación de las fuerzas morales.



XLIV

El mundo para la humanidad

La humanidad es el centro y el eje de sus propios destinos. Por eso necesita ampararse al rigor más profundo de la ciencia, hasta arrancar de su naturaleza íntima la sustancia en que deberá labrar los moldes para todas las líneas y modalidades de su existencia.

De la penetración y del dominio de aquella naturaleza podrá partir la obra de construcción, por así decirlo, del basamento orgánico que alimenta las funciones del espíritu. En éstas se cifra y se resume el patrimonio medular de la humanidad y es menester sal-

varlas para rescatar al hombre de su animalidad incontrolada.

La final posesión de los secretos de la Biología permitirá encauzar racionalmente toda la suma de sus fuerzas en beneficio del capital hombre. Podrán, en tal virtud, condicionarse íntegramente las realidades del mundo inanimado y todas las otras formas de la vida a los imperativos de una sólida constitución y perfeccionamiento de los humanos.

A este objeto tendrán que imponerse las finalidades trascendentales de remodelar la calidad, por encima del absurdo empeño del aumento cuantitativo, que hasta la presente ha venido informando. Del exceso de la población sobre la tierra partieron los más dramáticos problemas sociales y su realidad nefasta degeneró a la especie y creó todos los acicates y formas de la lucha por la conservación y la supervivencia.

Al tenor de tales exigencias, la etapa próxima por la que las sociedades humanas habrán ineludiblemente de orientarse, será aquella en que domine y dirija la técnica del biólogo, del médico, del higienista. A sus dictados y a sus contemplaciones deberán subordinarse todos los otros materiales científicos y técnicos. La acción del Estado tendrá en esta esfera un objetivo preponderante y permanente.

La ciencia que confronta los hechos del espíritu podrá entonces desenvolver sus aplicaciones sobre planos ciertos y realidades preparadas.

La Biología, de tal suerte, va a elaborar los elementos de la sustentación de la Psicología, y, ellas juntas, a constituir la primordial sustancia científica en que haya de cimentarse sólidamente la Sociología.

Y a través de aquella nueva vitalidad que consiga alcanzar la naturaleza humana, conquistado el plano de una normalidad regular y firme y duradera de las actividades psíquicas, podrá ya la inteligencia, conscientemente equilibrada, reconstruir las estructuras de un mundo justiciero y libre y desarrollar las expansiones de una auténtica cultura, ajustada a los imperativos, medida y aspiraciones del hombre.

Será entonces dable descubrir cauces seguros de un bienestar integral, no circunscritos a la posesión y goce de hartazgos materiales, sino inspirados por apremios más hondos, valores que la materia condiciona, pero que acendra y serena el espíritu.

FIN

INDICE

Páginas

LA CONSTITUCION DE LA SOCIOLOGIA

I.—Las confusiones de concepto	9
II.—Hacia un esquema de sus contornos	13
III.—Sociología y problemas sociales	17
IV.—Precursores científicos	21
V.—Comte el fundador	27
VI.—Las rutas fundamentales	33
VII.—El advenimiento de las teorías... ..	37
VIII.—El desorden de los sistemas	41

LAS TEORIAS

IX.—La concepción mecánica	47
X.—Orientación sociogeográfica	53
XI.—Las teorías raciales	57
XII.—Las tendencias del Organicismo.. ..	61
XIII.—Doctrinas psicológicas.. ..	65

Páginas

XIV.—La interpretación por las Ciencias Sociales	69
XV.—Deslinde de Objetivos.....	75

LOS MARCOS DE LA CIENCIA

XVI.—La Ciencia y su significado	81
XVII.—Lo social en la Ciencia	85
XVIII.—La comprensión de la Sociología	89
XIX.—Planteamientos de la realidad social	95
XX.—La calidad científica	99

EL METODO

XXI.—Contenido y papel del método.....	105
XXII.—Ordenes metodológicos	109
XXIII.—Aplicaciones del análisis	113
XXIV.—Formas del procedimiento	117
XXV.—Los aspectos de la experimentación	121
XXVI.—Normas de la Observación	125
XXVII.—Condiciones de la Hipótesis.....	129
XXVIII.—Proyección de la forma inductiva	133

PROBLEMAS GENERALES

XXIX.—Relaciones de la Sociología	139
XXX.—Linderos de la Sociología	145
XXXI.—Los cimientos de lo Social	151
XXXII.—La faz estática de la Sociedad	156
XXXIII.—Los fenómenos sociales	159
XXXIV.—Los factores	165

LOS ELEMENTOS DE LA REALIDAD SOCIAL

XXXV.—La acción solar	171
XXXVI.—Los aspectos geográficos	175
XXXVII.—La energía biológica	181
XXXVIII.—Las calidades psíquicas	187
XXXIX.—Los factores sociales	193

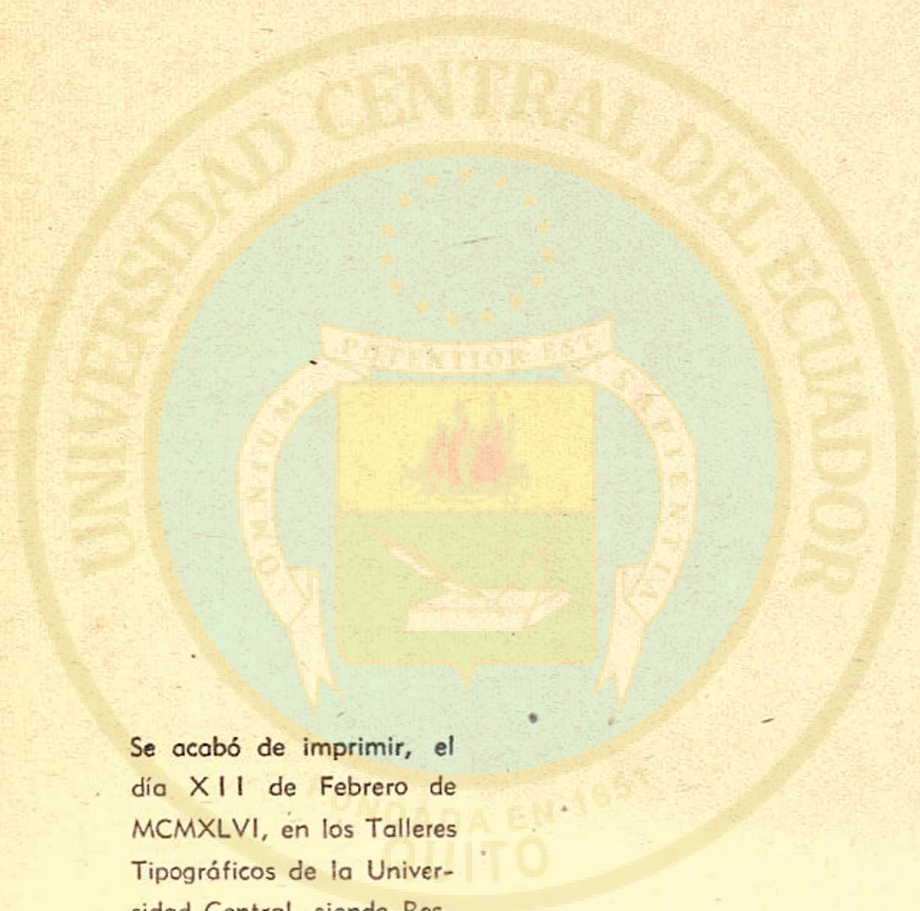
ESQUEMAS DE REVALUACION

XL.—El naufragio de las normas	199
XLI.—Una existencia desorientada	203
XLII.—La suprema crisis	209
XLIII.—La remodelación biológica	213
XLIV.—El mundo para la humanidad	219

INDICE	233
--------------	-----







Se acabó de imprimir, el
día XII de Febrero de
MCMXLVI, en los Talleres
Tipográficos de la Univer-
sidad Central, siendo Rec-
tor de ella el Sr. Dr. Julio
Enrique Paredes C. y Re-
gente de la Imprenta el
Sr. Dn. Alberto Araujo Z.

BIBLIOTECA GENERAL
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
QUITO

301(866)

13090

B745p

Bossano, Luis

1946

Los problemas de la
sociología

FECHA DE DEVOLUCION

28-IX-78 HADELS. FURITA C.

13090

301(866)

B745p

1946

Bossano, Luis

Los problemas de la
sociología

